

LARA SMIRNOV

**ALLEGRA
MA NON TROPPO**



zafiro[♥]

Índice

Portada
Sinopsis
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Epílogo
Agradecimientos
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Tras el chasco de su relación con Koldo, Allegra se refugia en el trabajo y en la música. Cuando consiguió el puesto de representante de los Sauryn pensó que le había tocado la lotería. El problema es que los chicos no tienen muy claras las funciones de una representante, y una tarde Allegra acaba en la fiesta de cumpleaños del primo del vocalista.

Darío es un hombre clásico, de múltiples talentos. Amante de la ópera y de las mujeres, de momento tiene más éxito con las segundas que con la primera. Aunque es una persona ocupada, saca un rato para acercarse a la fiesta de cumpleaños de su sobrino, donde conoce a Allegra, que se había refugiado en el bar del local.

La joven se lanza de cabeza a la relación para olvidarse del hombre que se le metió bajo la piel con su skate y su entusiasmo, pero hay pasiones tan fuertes que ni una orquesta sinfónica es capaz de acallar.

¿Serán capaces de afinar sus diferencias?

Dedico esta novela a Dylan Rieder, gran skater en quien me inspiré para dar vida al personaje de Koldo y que, como todos los grandes, nos dejó demasiado pronto

Barcelona, septiembre de 2016

—¡Aparta, abuela!

Allegra León no supo qué le dolió más, si el empujón que acababa de darle esa descerebrada o que la hubiera llamado abuela. ¡Joder, tenía veintiocho años! Vale, probablemente doblaba en edad a la *banshee* adolescente que acababa de arrollarla para acercarse a los chicos de la banda que representaba, pero ¿de ahí a llamarla abuela?

—¿Estás sorda? —le gritó otra fan que aparentaba unos quince años pero que iba más escotada de lo que ella había ido en toda su vida—. ¡Que te quites de en medio, momia, que no me dejas ver a mi Kevin!

«¿Momia? ¿Abuela?» Allegra se miró en el espejo de la pared. Llevaba unos vaqueros negros y una camiseta blanca con una gran estrella dorada en el centro que dejaba un hombro al aire. Se había puesto sus botas negras favoritas, con las que se sentía cómoda en cualquier situación, ya fuera en los pasillos de una cadena de televisión o en una firma de autógrafos en una gran superficie como la de esa tarde. Estaba orgullosa de su imagen, al menos, hasta ese día.

«Tonterías, estás estupenda. ¿Eres una León o no eres una León? Pues no te dejes comer la moral por esta panda de gacelas histéricas.»

—No, no estoy sorda —replicó recuperando la autoridad—. Y tú no te salgas de la fila o te envío al final de la cola.

La chica le dirigió una mirada de incredulidad.

—No te atreverás... ¿Tú sabes el rato que llevo esperando?

—¿Quieres comprobarlo? —Allegra alzó una ceja en un movimiento heredado de su madre, la gran Matilde de León, a la que cada año que pasaba se parecía más.

—No te pongas así, tía. Sólo quiero ver a mi Kevin. Él aún no lo sabe, pero un día será mi marido. No querrás interponerte entre los dos, ¿no?

Allegra estaba acostumbrada al fervor de las fans. Si algún día tenía hijos —cosa de la que cada vez dudaba más—, ya tendría experiencia. A ratos se sentía la madre de todos ellos, lo que la convertía en una especie de suegra a los ojos de los centenares de chicas que llevaban horas haciendo cola para acercarse a sus ídolos.

—No, no quiero interponerme en esa preciosa historia de amor, pero tampoco quiero que se arme aquí una guerra mundial, así que no te salgas de la cola y todo irá

bien. Tranquila, estás a punto de llegar.

—¡Tranquila, dice! —La chica empezó a dar botes en el sitio—. Tú no sabes lo que se siente cuando has encontrado al hombre de tu vida. Es como si volaras, como si no tocaras el suelo con los pies.

«¡Barcelona, allá vamos!», gritó Koldo en su cabeza un instante antes de lanzarse con ella sobre *Lobo*, su monopatín favorito, montaña de Montjuïc abajo.

Legs sacudió la cabeza para librarse del *skater* que había *okupado* su cuerpo. De una patada, le había abierto la puerta del corazón y se había colado hasta el último rincón. Su mente le pertenecía; cualquier cosa que veía o que oía le recordaba a él. Las frases que le había dicho durante su breve encuentro se le habían grabado a fuego en las neuronas, y se reproducían en su mente cuando les daba la gana, sin contar con su opinión. Era como tener el servicio de megafonía del Mercadona en la cabeza las semanas antes de Navidad, ofreciéndole en oferta los mejores productos. El subconsciente de Allegra siempre saltaba como un cachorro inquieto, meneando la cola contento al pensar en él, pero la realidad regresaba como un jarro de agua fría, empapándole la cara una y otra vez. Lo suyo con Koldo había sido precioso, pero había terminado. Cuanto antes pasara página, antes dejaría de sufrir.

Se volvió hacia la chica, pero ya no estaba allí. Su lugar lo había ocupado otra fan, vestida con una camiseta en la que estaban estampadas las caras de sus cinco chicos, los Sauryn. Eso le indicó que la camiseta tenía ya unos meses, ya que Óscar había sucumbido a las tentadoras ofertas que le había hecho una representante rival —Martina Martinelli, una antigua compañera de clase, obsesionada con ella— y había dejado el grupo. Los Sauryn eran una *boy band*, explotaban su simpatía y su carisma, pero aparte de Kevin, que tocaba varios instrumentos, los demás estaban en la música básicamente para ligar. Kevin era el principal vocalista, el compositor de casi todas las canciones y el que tenía las cosas más claras. Era el líder del grupo, que habían creado en el instituto como diversión. Gabi —el emo, cada día más siniestro, más pálido y lánguido—, Héctor —el hípster, el que siempre ponía paz entre todos— y Sergio —un año más pequeño que el resto, era como la mascota del grupo— eran los otros tres integrantes.

Allegra reconocía que no echaba nada de menos a Óscar. Era un pesetero al que sólo le interesaba hacerse rico en cuatro días, pero que no estaba dispuesto a sacrificarse por lograr el éxito. Como solía decir su madre, en el pecado va el castigo. No le deseaba ningún mal a ninguno de los dos, pero estaba segura de que Óscar sacaría de quicio a Martina en cuatro días, y de que Martina lograría que Óscar la echara de menos a ella. En cualquier caso, ya no era su problema.

Una hora más tarde, la directora de comunicación y eventos del centro comercial la informó de que tenían que cerrar. Llegaba ese horrible momento que Legs tanto

temía: el de decir a los fans —porque, aunque pocos, algún chico había también— que iban a tener que irse a casa de vacío.

—Chicos, escuchadme bien. Por favor, mantened la calma. Sintiéndolo mucho, la tienda tiene que cerrar. Ya nos hemos pasado treinta minutos de su hora de cierre habitual y...

Los gritos, los abucheos, los lloros y los empujones no se hicieron esperar. Allegra vio horrorizada cómo una avalancha de chicas empujaba hacia la puerta tras la que se ocultaban su Paraíso, su Shangri-La, su Arca Perdida y su Anillo Único, los cuatro jinetes del Apocalipsis adolescente.

—¡Seguridad! —exclamó antes de pegarse a la pared.

* * *

Media hora más tarde, al entrar en la sala donde los chicos estaban firmando los últimos autógrafos y sacándose los últimos selfis con sus admiradoras, Allegra vio que la chica del escote sin fin estaba sentada sobre Kevin y, al parecer, su relación había avanzado ya varios niveles. En ese momento le pareció que estaba conociendo íntimamente las amígdalas del vocalista, y no precisamente con la intención de pulirlas para que afinara mejor en el próximo concierto. No sabía si llegaría a ser la esposa de Kevin, pero, desde luego, no sería por falta de empeño.

—Legs, anda, llámame un taxi —le pidió Sergio—, que me voy con..., ¿cómo te llamabas, preciosa?

—Señora de Sergio Villazón.

La representante puso los ojos en blanco. Qué obsesión tenían todas con el matrimonio, si aún no debían de ser ni mayores de edad.

«¡Mierda! Se me olvidaba. Toca hacer de guardia civil.»

—A ver, bonita, ¿en qué año naciste?

—Yo, eh, tengo dieciocho, es decir, que nací en el..., eh...

—Sergio. —Allegra miró a su representado alzando una ceja.

—¡Mierda! —Él se levantó malhumorado—. Anda, vuelve cuando seas mayor de edad y ya lo vamos viendo.

—Pe... pero, Sergio, yo te quiero. ¡Estoy a punto de cumplir los diecisiete! Sólo me falta medio año. Por favor, dime que me esperarás. Júrame que no mirarás a ninguna otra hasta que cumpla los dieciocho o... ¡o te prometo que me mato!

Sergio se volvió y con la mirada le suplicó a su agente que lo librara de esa amenaza andante.

Cuando la chica se lanzó a la espalda de su amado, Legs la agarró por la cintura, dándole tiempo al benjamín del grupo a desaparecer.

—Déjame, zorra, ¿no ves que se escapa?

—Te dejo, pero venga, a tu casa. Disfruta del autógrafo y de las fotos. Ve a colgarlas en Instagram, tus amigas se van a morir de la envidia.

Resignada, la chica se marchó.

Desde que el grupo había despegado, poco después de su participación en el Festival Estéreo Picnic de Brasil y del abandono del grupo por parte de Óscar, la vida de Legs había cambiado mucho. Ya no necesitaba buscar locales ni festivales donde los chicos pudieran actuar; como suele decirse, se los quitaban de las manos. Pero el trabajo se le había multiplicado por mil. Debía controlar las agendas de los cuatro, concertar las entrevistas que más les convenían, quitarles de encima a las aprovechadas que esperaban el menor descuido para endilgarles un embarazo y asegurarse así una pensión vitalicia y...

—Legs, necesito que me hagas un favor.

Y se pasaba el día haciendo recados para los cuatro.

Acercándose al líder del grupo, Allegra le dirigió una mirada inquisitiva a la fan, pero ella se le adelantó. Se sacó el DNI del bolsillo y se lo mostró.

—Nací en mayo del 98 y tengo las tres T. Tú verás si quieres enemistarte conmigo.

—¿Las tres T? —Vaya, ésa era nueva; no la había oído nunca.

—Eso mismo. Soy de Terrassa, tauro y tigre. ¿Tienes algún problema conmigo?

Allegra le devolvió el carnet de identidad.

—Ninguno, tigresa, pero yo soy una León y no me impresionan tus rayas.

Kevin se echó a reír.

—Tranquilas, fieras. Legs, te presento a Ana. ¿Te acuerdas de que me invitaron a pasar un fin de semana en el balneario de Caldea en Andorra?

—Ajá.

—Pues he decidido aceptar la invitación.

—Vale, pues buen viaj...

—Pero mañana es el cumpleaños de mi sobrino. —Allegra abrió mucho los ojos. «¿No será capaz?»—. Necesito que le compres un regalo molón y que se lo llesves.

«Ha sido capaz.»

—No me jodas, Kevin.

—No lo va a hacer, tranquila, bo-ni-ta —replicó Ana, enroscándose el pelo en el dedo—, de eso ya me encargo yo. Tú ocúpate del regalo y de soplar las velitas de parte del tito Kevin. —Lo agarró por la nuca y le susurró al oído, lo bastante fuerte para que la oyera la representante—: No te pongas triste, que Anita se va a encargar de hacer realidad tu deseo y va a soplar tu velita.

Con la voz estrangulada por el calentón, Kevin logró decir:

—Luego te envío la dirección del local y la hora de la fiesta.

Mientras la pareja se dirigía a la salida tambaleándose y metiéndose mano mutuamente, Legs le recordó:

—¡Y el nombre y la edad de tu sobrino, si no es mucho pedir!

Por suerte, el niño tenía casi la misma edad que Benito, el sobrino pequeño de Allegra, así que, tras pedirle consejo a su hermana y visitar una juguetería, Legs se plantó a las seis de la tarde en el local especializado en fiestas infantiles, uno de esos maravillosos oasis para padres, donde pueden soltar a sus fieras sin miedo a que el televisor acabe convertido en un puzle de cinco mil piezas en medio del salón.

Al entrar, le hicieron dejar el regalo en un gran cajón de madera con todos los demás. Al niño —Camilo, se llamaba el angelito— ni lo vio. O sí, pero era incapaz de distinguirlo del resto de los moscardones que zumbaban arriba y abajo de aquella especie de pista americana. Recorrió el local más de una vez para felicitar al menos a los padres, pero se estaban celebrando varias fiestas al mismo tiempo y ninguno de los adultos a los que preguntó conocía a Camilito.

El sitio era impresionante. El centro de la antigua fábrica textil reconvertida en local para fiestas estaba ocupado por una especie de pista americana de plástico inflable de colores. Un castillo de tres alturas dedicado a la diversión de los pequeños; un laberinto sin fin.

Los trabajadores del local, vestidos con uniformes rojos, iban de un lado a otro tratando de poner orden en aquel caos. Vio que uno intentaba que dos niños soltaran a otro al que sostenían boca abajo, por los pies, sobre la piscina de bolas. En un lateral, una chica enseñaba a un grupo de niños y niñas la coreografía del último éxito de Meghan Trainor. A Allegra le encantaba la canción y los pies se le fueron solos, pero, tras bailar un rato con los niños, recordó su misión y siguió buscando.

Más tarde, vio el bar. Agobiada, agotada y muerta de sed, se dirigió a la barra con avidez, como si fuera Jack al ver la puerta de un armario del *Titanic* al lado de la de Rose.

—¡Una cerveza! —le pidió a la camarera. Le pareció oír una risa burlona a su espalda, pero no se volvió para no perder la atención de la chica.

—Lo siento, no tenemos nada que lleve alcohol.

Legs alzó una ceja incrédula.

—¿Me estás diciendo que aguantáis esto cada día sin tomar nada?

Al ver su cara, la chica le dirigió una sonrisa de complicidad.

—No, te estoy diciendo que no vendemos nada que lleve alcohol. Lo que cada uno se traiga en el bolso ya es otra cosa. —Le guiñó el ojo.

La representante estaba a punto de pedirle un sorbito de lo que fuera que llevara

en el bolso, pero un grito digno de un jugador de fútbol americano neozelandés en plena kata la distrajo.

Al volverse, vio a un niño de unos seis años que se lanzaba sobre un hombre algo mayor que ella. Llevaba el pelo rubio, ondulado, en una melenita corta que le llegaba por las orejas. Tenía algo que hacía que destacara de los demás hombres sentados a las mesas de colores del bar. No era sólo su ropa, aunque desde luego era el único que iba vestido con traje y pajarita. Parecía que estuviera a punto de ir de boda.

—¡Tito Darío! —gritó el niño—. Elena me ha invitado a dormir a su casa. ¿Puedo ir, porfa, porfa?

El hombre sacudió la cabeza con admiración.

—Caramba, ¿no me dijiste que tu novia se llamaba Clara?

El niño dejó de dar botes y miró al que debía de ser su tío como si estuviera loco.

—Sí, ¿y qué? Elena me ha invitado a jugar con su aeropuerto de Super Wings. ¿Puedo ir, porfa, porfa? Mis padres seguro que me dejan.

Allegra disfrutaba del espectáculo apoyada en la barra. Tito Darío era muy guapo, y se notaba que estaba tan fuera de su elemento como ella en esa fiesta de cumpleaños..., por llamarla de alguna manera. Aquello se parecía más a un macrobotellón de cumpleaños; una *rave* de cumpleaños.

«Pero sin alcohol: el infierno», se dijo.

—No, Oriol, le prometí a tu madre que...

—No te preocupes —lo interrumpió una mujer de la edad de Allegra que acababa de entrar en el espacio al que llamaban «bar» para dar falsas esperanzas a los incautos que se acercaban buscando el olvido en el alcohol—. He hablado con tu hermana. Ponte. —Le dio el teléfono con tanta autoridad que a tito Darío ni se le ocurrió negarse.

Mientras el hombre recibía instrucciones, la supermami despedía actividad por todos los poros. Le sonó la nariz a la que debía de ser Elenita; encamisó a Oriol —aunque la camiseta se le volvió a salir de dentro de los pantalones al tercer bote que dio—, recogió la mesa de Darío y llevó la bandeja a la barra. No podía parar.

«¡Dios, qué marcha lleva! Ésta se ha echado diez cucharadas de bífidus activos en el café con leche.»

Allegra sentía una enorme admiración por las mujeres que eran capaces de combinar su carrera profesional con la vida personal; en especial, con la maternidad. Ni Xena, ni la princesa Leia ni la teniente Ripley: su hermana mayor, Marta León, era su heroína. Marta era capaz de llevar la consulta de los doctores Gutiérrez perfectamente organizada, de criar a sus dos sobrinos —Arturo y Benito— sabiendo qué necesitaba cada uno, y de hacer feliz a Nico Sierra, su pareja, el arquitecto que antes de conocerla había sido el tipo más borde y agresivo que había recorrido las

calles de Barcelona.

—Bueno —el tío de Oriol le devolvió el teléfono a la madre de Elenita con una sonrisa radiante—, parece que uno de los dos no se va a ir solo a casa esta noche.

—¿Perdón? —La supermami frunció el ceño.

—Hablaba con mi sobrino. —Agachándose, se dio una palmada en los muslos para llamar al pequeño—. Oriol, puedes quedarte a dormir en casa de Elena. —Le dio un abrazo y le susurró al oído—: Estoy muy orgulloso de ti, campeón; has salido a tu tío.

Darío estaba de espaldas a Elena y a su madre. De pronto, alzó la mirada hacia Allegra, que, divertida, no se perdía detalle, y le guiñó el ojo.

Cuando los niños desaparecieron a la carrera y la madre fue tras ellos cerrando la retaguardia con precisión militar, Darío se volvió hacia la guapa chica de melena cobriza que seguía en la barra.

—Debía quedarme con mi sobrino hasta las ocho, pero la madre de su ligue de esta noche me acaba de liberar. Hasta las nueve estoy libre, necesito alcohol y beber solo es muy triste. ¿Me acompañas?

Allegra sonrió.

—No conocerás a Camilo, ¿verdad?

—¿Camilo Sesto? No, pero me sé todas sus canciones —replicó y le hizo una demostración en directo que hizo que todos los presentes se volvieran hacia él.

Allegra se lo quedó mirando impresionada.

—Guau, pero qué vozarrón. Ya lo quisiera Kevin.

—¿Kevin? —repitió él alarmado—. ¿Es tu novio? ¿Es miembro de alguna mara? Olvídalo. No te he dicho nada; no te he mirado.

—¡Eh, eh! Calma, tito Darío. No tengo novio. Kevin es mi representado, es cantante. Y, sí, estoy de acuerdo contigo: beber solo es muy triste y yo también necesito alcohol. Te acompaño.

Los ojos color caramelo de Darío se iluminaron con un brillo travieso.

—Bien. Esta tortura ha valido la pena, aunque estoy en desventaja: tú sabes cómo me llamo y yo no.

—Allegra, me llamo Allegra, pero mis amigos me llaman Legs.

Él se llevó la mano al corazón, como si Cupido acabara de atravesárselo con una flecha.

—Si alguien te llama Legs pudiendo llamarte por un nombre tan maravilloso como Allegra, merece que lo fusilen.

«Al fin solos, Legs.» La voz de Koldo volvió a apoderarse de su mente.

Sacudiendo la cabeza, se agarró del brazo de su nuevo mejor amigo, al menos por esa noche.

—Eres un tipo curioso, Darío. Tienes una historia y me la vas a contar, pero con una copa delante.

* * *

Un par de horas más tarde, cualquiera que hubiera visto a la pareja habría pensado que eran amigos de toda la vida. Es más, Allegra habría jurado que eran almas gemelas. Tal vez las dos cervezas y los cuatro vermutos que se había tomado tenían algo que ver, pero en aquel momento a ella no se lo parecía. No era la primera vez que sentía que había encontrado por fin al hombre que le haría olvidar a Koldo, pero esta vez algo le decía que todo iba a salir bien.

Su acompañante, alto, con el pelo color rubio ceniza y unos preciosos ojos que le recordaban a los caramelos Werther's Original, era sofisticado y elegante. Se llamaba Darío Encinas, era tenor y no podía ser más opuesto al desenfadado y vital *skater*. Allegra amaba la música y llevaba muchos años metida en el negocio musical, pero él era el primer tenor profesional que conocía. Al principio le había dado la impresión de ser un poco estirado, pero, tras el segundo vermut, empezó a parecerle francamente gracioso.

—Y entonces ¿puedo ir a escucharte cantar?

Él hizo un amago de mueca antes de dirigirle una sonrisa deslumbrante.

—¡Claro! Ahora mismo están todas las entradas vendidas para los próximos recitales, pero algún día...

—¿En qué teatro actúas?

—No lo conocerás.

—Conozco todos los locales de la provincia y buena parte de los del país; ponme a prueba.

Él suspiró hondo.

—Es una casa particular, la casa de la viuda Recasens. Su marido era el dueño de la fábrica de pastillas de sopicaldo Gallina Vieja.

—Ah, sí. ¡Recuerdo el anuncio! «Gallina Viejaaaa...»

—¡«Buen caldo hará»! Pues sí, esa misma. La señora Cecilia Recasens es... una mujer peculiar, pero es un encanto. Organiza veladas musicales en su casa de Pedralbes. Le gusta ayudar a los jóvenes talentos a darse a conocer.

A Allegra le pareció que hacía otra mueca al pronunciar la palabra «jóvenes».

—Y ¿qué cantas? ¿Has cantado *La bohème*? ¿Y *Madame Butterfly*? ¿Y *El anillo de los nibelungos*? —le preguntó, citando los títulos que le sonaban, tratando de parecer una mujer sofisticada y de mundo. Había apoyado un codo en la mesa y sostenía el vaso de vermut entre dos dedos, pero el codo se le resbaló y la bebida

estuvo a punto de regar a su acompañante.

Cuando Darío le dirigió una mirada de asombro, ella pensó que había logrado impresionarlo con su amplio conocimiento del bel canto, pero en realidad él estaba admirando su capacidad para no derramar ni una gota del licor de hierbas.

Darío suspiró antes de responder.

—No, ninguna de las tres. Soy tenor ligero.

Ella lo miró de arriba abajo como si lo escaneara y le dio un puñetazo juguetón en el bíceps.

—No tan ligero. Tienes buenos brazos. ¿Te los machacas en el gimnasio o son de levantar sopranos por el escenario?

Él le dirigió una mirada entre escandalizada y divertida.

—Allegra —respondió, alargando tanto la doble ele que le recordó a Salvador Dalí—, las sopranos no son bailarinas. Nadie las va levantando por el escenario. Bueno, a menos que se topen con un director de escena de esos modernos, pero en general no lo hacen. —Al ver que ella ladeaba la cabeza coqueta, añadió—: Así que, sí, supongo que podríamos decir que me machaco mucho... en el gimnasio.

—Y, si no has hecho ninguna de esas óperas, ¿qué has cantado?

—De momento estoy haciendo un espectáculo de mi propia creación. Se llama... Sapore d'Italia. Es un homenaje a la canción italiana.

—Ah, me encantan los italianos: Ramazzotti, Tiziano Ferro, Nek...

—No, no. —Darío hizo un movimiento despectivo con la mano—. De esos, no; yo sólo canto música de gente que ya está muerta.

Allegra alzó las cejas.

—Jo, eres un vicioso de esos... ¿Cómo se llama lo tuyo?... ¿Necrofilia, necro...?

—¡Ópera! ¡Se llama ópera!

—Vale, vale, tranquilo. ¿Cuál es tu ópera favorita?

La expresión de Darío le dijo que esa vez había acertado con la pregunta. Mientras él se explayaba hablándole de *El barbero de Sevilla*, *Così fan tutte* o *La hija del regimiento*, Allegra fingía escucharlo y se dedicaba a comerse las aceitunas de su bebida a falta de otra cosa más sustanciosa que llevarse a la boca.

—¿Y en el Liceu has cantado alguna vez?

Darío volvió a hacer la mueca que Allegra empezaba a conocer demasiado bien.

—Aún no, pero todo llegará. El mes que viene vuelvo a presentarme al Concursc Viñas y este año lo ganaré, estoy seguro. —La miró a los ojos—. Vas a traerme suerte, Allegra, lo presiento.

Al ver que se abalanzaba hacia ella para besarla, Legs alzó el vaso de vermut como barrera protectora. Darío le gustaba, pero los tipos con los que había salido últimamente le habían dejado muy mal sabor de boca. Tras los últimos chascos se

había prometido ser más cuidadosa. No por nada; el sexo le encantaba y no tenía ningún problema en acostarse con alguien a quien acababa de conocer, siempre y cuando fuera algo consensuado y... ¡normal! No pedía tanto, en serio, pero es que el patio estaba cada vez peor.

El penúltimo hombre con el que había estado le había parecido monísimo. Bebieron, rieron, follaron..., hasta ahí todo perfecto. Pero, a la mañana siguiente, el tipo se sacó un anillo del bolsillo, plantó la rodilla en el suelo y le pidió que fuera la madre de sus hijos.

«¿Tú cómo te llamabas?», le había respondido ella, apartándose el pelo de la cara.

El último no le había ofrecido un anillo, sino un collar. Un collar de BDSM que pretendía que se pusiera antes de entrar al club de intercambio al que pensaba llevarla en la segunda cita.

«Tentador, pero no, gracias —lo había rechazado, sosteniendo con dos dedos el collar de cuero adornado con púas metálicas—. Prefiero elegir mis propios complementos.»

Comparado con ese par de flipados, Darío le parecía de lo más normal.

—Claro que sí. ¡Brindo por tu éxito! —exclamó con entusiasmo para que no se ofendiera por la cobra que acababa de hacerle—. Como les decía siempre a mis chicos, cada nuevo intento nos acerca más al triunfo. Te irá bien, estoy segura, pero si no lo consigues este año, será el que viene.

El tenor vació la copa de un trago y pidió otra.

—El año que viene ya no podré presentarme. La edad tope son los treinta y cinco años.

Allegra abrió mucho los ojos.

—Vaya, pensaba que los hombres no teníais problemas con la edad.

Él se encogió de hombros.

—Los demás hombres, no lo sé. A mí, cumplir años me aterra. El tiempo cada vez pasa más deprisa. Los treinta y cinco están al caer y, cuando caigan, ya no habrá nada que impida que los cuarenta se acerquen a toda velocidad. Y después...

Esta vez fue ella la que vació el vaso de un golpe y lo levantó en dirección al camarero.

Habían parado en El Velódromo, un precioso bar restaurante que estaba en la calle Muntaner, justo por debajo de la Diagonal, es decir, muy cerca de casa de su hermana. Cada vez que la visitaba a ella o a sus sobrinos, el reloj biológico de Allegra se ponía a hacer horas extras a doble velocidad. La edad empezaba a ser algo molesto. Los treinta se alzaban ante ella como una amenaza, aunque eso no significaba que estuviera dispuesta a formar una familia con el primero que se lo propusiera.

Miró al tenor con desconfianza.

—No llevarás un anillo encima, ¿verdad?

Él le devolvió una mirada aún más desconfiada.

—Encima, no —respondió al fin—, pero en casa tengo un anillo vibrador, si te sirve.

Allegra se echó hacia atrás en el asiento y se relajó.

—Creo que tú y yo nos vamos a llevar muy bien.

* * *

Una hora más tarde, Legs caminaba calle Muntaner abajo, escuchando música cor sus grandes cascos. Su nuevo amigo tenía que irse a trabajar, pero se habían intercambiado los teléfonos y habían quedado en verse otro día con más calma. Mientras caminaba, escuchaba una lista de reproducción en Spotify que le había recomendado Darío.

«Darío», repitió en su mente, paladeando las sílabas. Era un nombre muy musical, igual que el suyo. Eso tenía que significar que estaban hechos el uno para el otro, ¿no?

«No te pongas moñas, anda. Hay que ver lo blanda que te pones por un par de copas y unos ojos color caramelo.»

La mente de Allegra bailaba al ritmo de las notas del Brindis de *La traviata*.

—«*Libiamo, libiamo, la, la, la, la, la, la, la, laaaaa, nai, no, ni, tirorirorí, tirorirorirooo...*»

Sus pies cobraron vida y empezó a bailar un vals mientras cruzaba la Gran Vía. Uno de los coches que esperaban a que el semáforo se pusiera en verde dio las largas para iluminarla. El alcohol y las endorfinas que le recorrían las venas cada vez que pensaba que se había enamorado le subieron a la cabeza; empezó a dar vueltas, como si fuera Violeta bailando el vals en un lujoso salón. Otro coche tocó la bocina y un tercero abrió la ventanilla para aplaudirle.

Con paso liviano y feliz, llegó a la otra acera y se adentró en su barrio, el de Sant Antoni. Y aunque por costumbre no pudo evitar volver la cabeza hacia la izquierda — hacia la plaza Universitat, situada a pocos metros de allí—, por primera vez en muchos meses no se le formó un nudo en el corazón al pensar en el *skater* que casi la había arrollado una noche, haciendo una doble pirueta con su corazón.

«Esta vez sí, Koldo, esta vez te voy a olvidar.»

—Tarta, no te creas que no sé lo que estás intentando —protestó Allegra el viernes de esa semana, a media mañana—. No te va a servir de nada una cena de parejitas. Nacho es un tío de puta madre, pero no me pone, no insistas. Además, he conocido a alguien.

Marta, la hermana mayor de Allegra, dejó de remover un momento los macarrones que estaba preparando.

—Vaya, qué calladito te lo tenías, Legs. Cuenta, cuenta.

—No, que aún no me lo he llevado a la boca; así no te cuento nada, que luego estas cosas se gafan.

—Qué bruta eres, *sister*, pero eres mi hermana y te tengo que querer, con tus cosas. Justamente de eso se trata la cena de esta noche.

—Pe...

—No me interrumpas, Legs; escúchame hasta el final.

Allegra resopló. Adoraba a Tarta, pero cuando se ponía en plan hermana mayor, le venían ganas de sacarle la lengua.

—El otro día Nico me contó algo.

—Eso está bien. Seguro que el tío folla como Dios, pero hablar de vez en cuando es importante en una pareja.

—¿Legs?

—Perdón, perdón. —Allegra se mordió la mejilla por dentro para aguantarse la risa. Sus genes de hermana pequeña eran más fuertes que ella.

—Nico tuvo un hermano.

La pequeña de los León frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Nico no siempre fue hijo único. Tuvo un hermano; se llamaba Tomás.

Allegra guardó silencio unos segundos, asimilando la idea, antes de preguntar:

—¿Por qué no nos había contado nada?

—Murió. Tuvo un accidente de coche por culpa de las drogas. Su madre nunca lo ha superado..., y su padre y él lo llevan como pueden.

—Joder, qué fuerte.

—Mucho. La verdad es que si te pasara algo... —Marta hizo una pausa—. No puedo ni quiero imaginármelo.

Allegra trató de aligerar el ambiente con alguna tontería, pero fue incapaz de

encontrar nada adecuado que decir. Mejor, porque tampoco podría haberlo hecho; una gran bola de emoción se le había instalado en la garganta. Por suerte, Marta siguió hablando.

—Por eso he montado esta cena. No estoy haciendo de celestina en mis horas libres; ya sé que eres capaz de buscarte tus propias citas. Pero quiero celebrar la hermandad.

—¿La hermandad? ¿Qué hermandad? ¿Vas a llevar algún paso en Semana Santa?

—No, loca. Pero existe el día de la madre, el del padre, el día del amor y el de la amistad, hasta el día de la marmota..., ¿por qué no celebrar el día del hermano?

—Y ¿no te da miedo que Nico se lo tome a mal?

—No, ya lo he hablado con él: le ha parecido muy buena idea.

—Di la verdad: se lo propusiste en la cama, ¿no?

—Y ¿eso qué más dará?

—No hay más preguntas, señorita. De acuerdo, esta noche a las nueve y media. Ahí estaré. Por cierto, ¿dónde es «ahí»?

* * *

Allegra entró en el restaurante diez minutos tarde. Con las prisas, no se fijó en el cartel que había sobre la puerta.

—¡Perdón, perdón, perdón!

Los demás estaban ya sentados a la mesa, ojeando las cartas.

—Tranquila —la saludó Nacho, el socio de Nico, poniéndose en pie para darle un beso en la mejilla—. Aún estábamos eligiendo.

—Déjame sentarme al fondo del banco, si no te importa. Así dejo el bolso en la esquina. Cada vez llevo más cosas dentro; Mary Poppins a mi lado era una aficionada.

—Claro.

Una vez sentada, envió besos aéreos a Nico y a Marta, que estaban en el banco de enfrente.

—¿Han traído ya las bebidas? Estoy seca.

Nico alzó la mano y una guapa camarera, muy elegante con un vestido largo, rojo, se acercó a ellos.

—¿Saben ya lo que van a pedir?

—Aún no —respondió Allegra—, pero ¿puedes traerme una cerveza, por favor?

Marta puso los ojos en blanco.

—Íbamos a pedir vino, Legs.

—Y ¿quién te lo impide? ¡Vino para todos! Yo os acompaño enseguida, en cuanto

me termine la cerveza.

Nacho y Nico las miraban divertidos. Los dos hombres iban muy elegantes, con camisa pero sin corbata. Nacho, el arquitecto y amigo del alma de Nico que había vuelto de San Francisco para relanzar el estudio de arquitectura que habían tenido que cerrar durante la crisis, estaba realmente impresionante.

—Te ha sentado bien el aire del Pacífico —lo piropeó Allegra, soltando un silbido—. ¿Has hecho temblar muchas paredes, arquitecto?

Él le dirigió una sonrisa ladeada.

—No me puedo quejar. Y una noche temblaron tanto las paredes que se me cayó encima el cuadro que había colgado sobre el cabecero de la cama.

—¡Bien, así me gusta! Dejando alto el pabellón.

—No creas. Estaba con una chica esa noche, pero lo del temblor fue un terremoto.

—¡Joder!

—Lo intenté. Le dije a la chica que, ya que íbamos a morir, al menos nos fuéramos a gusto, pero no coló. Se dio la vuelta y me dijo: «Bienvenido a San Francisco, ya has aprendido algo: nada de cuadros sobre el cabecero de la cama mientras estés aquí».

—Una cerveza para la señora y vino para todos. —La camarera iba a servirlo en las copas, pero Nacho le dijo que ya lo haría él, con lo que se ganó una mirada de agradecimiento de la chica—. ¿Les tomo nota de la cena?

—Sí, por favor, estoy muerta de hambre —admitió Marta—. Yo querré el *carosello di funghi alla Norma*, con *gongonzola e pomodori secchi*.

—Una lasaña Rossini para mí —pidió Nico.

—¿El señor ya sabe lo que desea? —preguntó la camarera, dirigiéndole una mirada a Nacho que era pura invitación.

Él echó una última ojeada a la carta antes de decidirse.

—Sí —respondió con un brillo travieso en la mirada—. *Penne arrabiata con speck e cipollotto*.

—*Penne alla Aida* —anotó la chica, ruborizándose—. Mis favoritos; yo también me llamo Aida. ¿Y la señora?

Allegra le dirigió una mirada asesina. Aunque Nacho no era su pareja, ni tan siquiera su tipo, no le gustaba que trataran de levantarle a su cita de esa noche delante de sus narices. Y le estaba repateando el hígado que no dejara de llamarla «señora».

—¿Qué me recomiendas? —replicó con otra pregunta porque no le había dado tiempo a mirarse la carta.

La chica miró por encima del hombro como si buscara a alguien antes de responder, aguantándose la risa:

—*Linguini alla Turandot*.

—Venga, pues.

Tras recoger las cartas, la camarera se retiró.

Las dos parejas bebieron y brindaron por los hermanos, los que la vida nos da y la vida nos quita, y por los otros, los amigos, que son los hermanos que elegimos con el alma.

Al cabo de unos minutos, la camarera se acercó a ellos con un plato.

—*¿Carosello di funghi alla Norma?*

Cuando Marta levantó la mano, la chica empezó a cantar:

—«*Caaaaaaasta Diva, casta Diva che inargentiiiiiii...*»

Los otros tres ya llevaban un rato en el restaurante y habían sido testigos del espectáculo que acompañaba la llegada de cada especialidad, pero Allegra se quedó boquiabierta.

Las notas del aria de *Largo al factótum* de *El barbero de Sevilla* cantadas por un barítono anunciaron la llegada de la lasaña Rossini de Nico, a la que siguieron los *penne arrabiata* de Nacho, aliñados con la melodía del *Ritorna vincitor* de *Aida*.

—¡Tengo que traer a Darío aquí! —exclamó Allegra, aplaudiendo entusiasmada—. ¡Le va a encantar! ¿Cómo se llamaba el restaurante?

—Sapore d'Italia —le respondió Marta—. ¿Quién es Darío?

—«*Nessun doooooormaaaaa!* —empezó a cantar entonces otro camarero—. *Nessun dorma! Tu pure, o principessa, nella tua fredda stanza, guardi le stelle che tremano d'amore e di speranzaaaaa... aaaaa...*» ¡¡Aaalleeeegraaaa!! ¿Qué haces aquí?

Ella se volvió hacia su hermana y lo señaló con el pulgar.

—Él es Darío.

* * *

Un par de horas más tarde, Allegra esperaba frente a la puerta del restaurante a que Darío acabara de trabajar, escuchando música sentada en su Vespa roja, la que se había comprado con el dinero del primer bombazo musical de los Sauryn, *Valentine's Day*.

Al reconocerla, el tenor se había marchado sin decir nada y, aunque ella había oído su voz de vez en cuando en otros puntos del local, no había vuelto a acercarse a su mesa. La cena no había estado mal, aunque Allegra se había sentido un poco desplazada, fuera de lugar. Nacho y Nico habían cumplido ya los cuarenta y Marta era siempre tan responsable que la hacía sentir inmadura por cosas tan tontas como pedirse una cerveza con la cena.

Para acabar de empeorar las cosas, en las pantallas de televisión del restaurante habían sintonizado un programa de cotilleo, «Cazamariposas». Al ver unas imágenes

de Koldo, pillado en una playa de Miami con la modelo Cara Delevingne, sintió un puñetazo en el estómago y no pudo comer más. Se pidió otra cerveza, lo que le valió una mirada preocupada de su hermana.

Cuando acabaron de cenar y propusieron ir a tomar una copa a un local que Nico y Nacho habían reformado, Allegra se excusó diciendo que la noche anterior no había dormido nada y que estaba hecha polvo. Nacho también se excusó diciendo que tenía que acabar un proyecto, así que Nico y Marta se fueron, abrazados por la cintura, a disfrutar de una noche sin niños.

Allegra subió a la moto, dio una vuelta a la manzana y volvió al mismo sitio. Aparcó frente al restaurante y se dispuso a esperar a que Darío acabara su turno. No sabía por qué se había molestado tanto al verla. Se imaginó que sería un problema de ego; que le habría dolido que ella viera que se ganaba la vida trabajando de camarero. Por eso había decidido esperarlo, para asegurarse que le parecía un trabajo tan digno como cualquier otro y decirle que a ella no necesitaba impresionarla.

Los recuerdos de lo cómoda y a gusto que se había sentido en la única cita que había tenido con Koldo —el *skater* de élite con quien hacía un año había vivido una cita de ensueño, tras la que no había vuelto a ser la misma— la asaltaron una vez más. Todo había sido tan fácil pero al mismo tiempo tan intenso que creyó que había encontrado al amor de su vida. Lástima que hubiera desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra.

Cinco minutos después de volver a aparcar la moto, vio aparecer a Nacho. Al reconocerse, compartieron una sonrisa de complicidad.

—Vaya, ¿se te ha olvidado algo, Nachete? ¿Tal vez una soprano?

—Hum, tal vez. ¿Y tú? ¿Te has quedado con hambre, Allegra? ¿Has venido a pedir que te pongan un tenor para llevar?

Ella rio soltando el aire por la nariz. En ese momento, Aida, la soprano del vestido rojo, salió del local y Nacho se acercó a recibirla dándole un beso en la mano. Mientras se alejaban paseando calle Balmes abajo, Legs los observó.

No le extrañaba que su hermana tratara de emparejarla con el socio de Nico. Nacho era un auténtico encanto, divertido y educado, pero no era para ella. No le removía nada en el estómago, ni una mariposa.

«¡Mierda!», exclamó, porque al pensar en mariposas, la imagen de Koldo en el programa de televisión volvió a clavarle un puñal en el corazón.

Por suerte, en ese momento el tenor salió del local con la cabeza agachada y las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—¡Darío! —lo llamó ella, levantándose de la moto y echando a correr tras él—. ¡Darío, espera!

—Allegra, ¿qué coño haces aquí? Déjame en paz. Si has venido a reírte de mí,

llegas tarde; se te han adelantado.

—¡Qué tontería! ¿Por qué dices eso? Te he esperado porque me apetecía tomarme una copa con un colega, pero vamos, que ya te dejo en paz, tranquilo, ¡adiós!

Malhumorada, se volvió hacia la moto, pero él la agarró del brazo e impidió que se alejara. Le dio la vuelta, la agarró por los hombros e inspiró hondo antes de disculparse.

—Tienes razón. He tenido un día de mierda y lo he pagado contigo. ¿Me perdonas?

Allegra ladeó la cabeza.

—Depende. ¿Me invitas a una copa?

Rodeándole los hombros con un brazo, Darío empezó a andar en dirección al centro.

—Sí. A champán francés no te podré invitar porque los clientes de esta noche han sido una panda de rácanos y han dejado unas propinas de mierda, pero para una copa me llega.

Ella abrió la boca indignada.

—¿Has intentado ser un poco más simpático con los clientes?

Él la agarró con más fuerza por el cuello, la atrajo hacia sí y le plantó un brusco beso en la boca para hacerla callar.

—Una noche traté de sonreír, pero los dos niños que había en la mesa se pusieron a llorar asustados. No he vuelto a intentarlo.

Allegra se echó a reír.

—¡Qué exagerado! Yo te he visto sonreír, tienes una sonrisa preciosa cuando quieres.

—Me cuesta encontrar motivos para sonreír ahí dentro —replicó, señalando con el pulgar por encima del hombro.

—No es tan malo. Es un trabajo; paga las facturas, ¿no? Y tiene que ver con la ópera.

Él resopló y sacudió la cabeza.

—Eso me dije yo al empezar. Pensé que el dueño y los clientes sentirían respeto por el bel canto, pero todo es una pantomima. No hay respeto por la música y menos por los cantantes.

—¿Por qué dices eso?

Al pasar frente a un pub irlandés, Darío señaló la puerta.

—Te lo cuento con una pinta en la mano.

—¡Hecho!

La penumbra del local, la música y un par de pintas hicieron que la pareja se relajara.

—¿Por qué se ha reído Aida cuando me ha recomendado la pasta *alla Turandot*?

—Menuda hija de... —susurró Darío, que dio un buen trago a su cerveza antes de responderle—. Fui un idiota. Cuando el gerente del local me explicó lo que se esperaba de mí, traté de hacerle entender que yo no podía cantar las arias que me pedía porque no eran para mi voz. Puccini escribió *Turandot* para un tenor dramático y yo soy un tenor ligero, pero el gerente me miró como si estuviera loco. «Ésta es la lista de los platos de chico, y ésta, la de los platos de chica. Ella es soprano y canta los de chica; tú eres tenor y cantas los de chico. ¿Dónde está el problema?» Insistí; busqué ejemplos que pudiera entender. Le dije que la pasta era pasta, pero que no era lo mismo un fideo que un canelón. Que mi voz era demasiado pequeña para cantar esas arias. Hace falta una voz muy grande para que se te oiga con orquestas de cien instrumentos tocando a la vez.

Allegra asintió por encima del vaso.

—¿Y lo entendieron?

—Qué va. El tipo me miró de arriba abajo antes de decirme: «Vale, lo pillo, la tienes pequeña. Lo siento, macho, pero ¿yo qué culpa tengo? O cantas o te vas. Es lo que hay». Busqué apoyo en Aida, pero la muy cabrona se estaba partiendo el culo a mi costa. Se cree que no lo sé, pero sé que me llama *Fideo* a mis espaldas. Estoy harto del cachondeíto cada vez que me acerco a la cocina.

A Allegra estuvo a punto de escapársele la risa, pero cuando él la miró, logró contenerse.

—Hay días en los que pienso que me iría mejor como gigoló. Total, todo el mundo da por hecho que para triunfar en la música hay que arrodillarse ante algún productor. Al menos, ya iría aprendiendo.

Legs se inclinó hacia él y le acarició la cara. Los artistas desanimados despertaban su vena maternal.

—En todas partes pasa lo mismo. Hay quien se gana las cosas con esfuerzo y paciencia y quien prefiere tomar un atajo, pero, por muy bien que la chupes, si luego no das la talla en el escenario, no sirve de nada.

Darío suspiró.

—Eso pienso yo, pero estoy a punto de tirar la toalla. Me he dado de plazo hasta los treinta y cinco. Si el año que viene no he despegado, volveré al pueblo y me dedicaré a vender queso y naranjas en la tienda de comestibles de la familia, como han hecho mis padres durante toda su vida, y mis abuelos antes que ellos.

—No te desanimes. Nunca he llevado a un tenor y no estoy muy metida en este mundillo, pero moveré unos cuantos hilos y me informaré.

—¿En serio? ¿Harías eso por mí?

Allegra le sonrió. Con el pelo alborotado, la pajarita torcida y los ojos brillantes,

Darío tenía su punto.

Lo agarró por la pajarita y tiró de él hasta que su boca quedó a un milímetro de sus labios.

—Vivo aquí al lado, tenor. Vente a mi casa. Quiero comprobar qué tal se te da eso de ponerte de rodillas.

—¿Notas la diferencia? —Hundiéndose entre las piernas de su anfitriona, Darío repitió las notas de *Ah!, mes amis*, la animada aria de *La hija del regimiento* de Donizetti, en una escala más baja.

—Hummm —gimió Allegra, echando la cabeza hacia atrás.

El tenor alzó la cara para mirarla a los ojos, pero ella se los había cubierto con un brazo.

—¿Eso es que sí o que no?

Allegra gruñó. Empezaba a pensar que lo de haber invitado a Darío a casa había sido una mala idea. El breve paseo hasta allí había sido muy divertido, porque el tenor se había venido arriba al ver que había triunfado esa noche y había ido cantando arias a todo pulmón por la calle, ganándose risas y aplausos de la gente con la que se cruzaban.

Lo que no le hizo ninguna gracia fue tener que subir los cuatro pisos a pie, ya que la antigua finca donde vivía Allegra no tenía ascensor. Fue refunfuñando todo el rato, y ella no pudo evitar acordarse de Koldo una vez más. Recordó su fluidez de movimientos al deslizarse por la barandilla con una alegría de vivir propia de un niño mientras ayudaba a mudarse a un grupo de *skaters* a los que acababa de conocer. Y, al cerrar los ojos un instante, lo vio saltando un tramo de escaleras y plantándose ante ella. Frunció los labios y levantó la cara, entregándose a su beso, pero la voz del Koldo que vivía en su cabeza la sacó de su ensoñación: «Nunca robo más de un beso, Legs. El próximo me lo darás tú voluntariamente».

Allegra había acabado de subir la escalera a toda prisa, había servido dos copas y se había llevado a Darío al sofá, donde él se había empeñado en darle un cursillo acelerado de ópera. Ella empezó a protestar, pero él la sorprendió haciéndola callar con un beso, reclinándola en el sofá, quitándole la ropa y acariciándola como si fuera un delicado instrumento.

El tenor se arrodilló en el suelo e inició una serie de escalas musicales al mismo tiempo que recorría las piernas de Allegra con los labios, desde la rodilla hasta la ingle. Ella, muerta de cosquillas, trató de incorporarse, pero él se lo impidió apoyándole una mano en el pecho y volviendo a tumbarla de un brusco empujón.

La habitación comenzó a darle vueltas por el alcohol y el golpe contra el cojín. Darío continuó con su asalto musical, mostrándole qué era la coloratura, las agilidades o la *mezza de voce* con la boca pegada a su vientre, a sus pechos o a su

cuello.

—¿Lo notas, Allegra? ¿Notas cómo vibran las cuerdas vocales?

Ella, harta de cultura musical, lo agarró por el pelo y lo atrajo hacia sí.

—Me da igual cómo uses las cuerdas vocales, tenor, siempre y cuando no dejes de usar la lengua al mismo tiempo. —Al ver que él abría la boca, le plantó un dedo sobre los labios—. ¡Y no precisamente para hablar!

Darío sonrió.

—Menudo fuego llevas en tu interior. Serías una soprano muy apasionada, una perfecta Tosca.

—Tú no me has oído cantar.

—Aún no, pero voy a hacerte cantar muy pronto, *bellissima* Allegra —replicó él, acariciándola entre las piernas.

—Dios, sí, así. Háblame en italiano.

—*Aaah, ti piace que io te parlo italiano.* —La sonrisa del tenor se volvió canallesca—. *Ma va benne, bella. Nessun dorma. Al alba vincerò* —le susurró al oído, provocándole un escalofrío de placer—. *Sempre Libera, perchè la donna e mobile, sí, mi chiamano Mimi, e si non e vero e ben trobato.* —Le deslizó un dedo en su interior y, al mismo tiempo, le mordió un pezón, inundándola de sensaciones. El placer era la tonada dominante, pero el contrapunto de dolor le daba la intensidad necesaria.

Allegra no tenía ni idea de si lo que estaba diciendo era italiano auténtico o no, pero le daba igual. Que sus amantes le hablaran en otros idiomas la excitaba muchísimo y, de todos los idiomas, el escocés, el portugués y el italiano ocupaban el Top 3 de su lista. Levantó los brazos por encima de la cabeza y alzó las caderas animándolo a seguir.

Darío sacó el dedo de su interior y se lamió la punta mientras le dirigía una mirada tórrida. Ella protestó gimiendo y acariciándole la entrepierna con el pie para que no se entretuviera.

—Chist, quieta, Violetta.

—No soy Violetta.

—Violetta Valery es la protagonista de *La traviata*. ¿Sabes qué quiere decir «traviata»?

«¡Aaarrggg!»

—*La traviata* quiere decir «la extraviada», la que se ha perdido en la vida por culpa de los hombres.

—¿Me estás llamando puta?

—Chist, *celestes Aida, casta diva.* —El tenor unió un segundo dedo al primero y la penetró con movimientos largos y lentos, como un *adagio*—. *Libiamo, libiamo; viva*

il vino spumeggiante; cara, oh, Parici, oh, cara.

Los movimientos y las musicales palabras de su amante bandido hicieron que ella se olvidara de protestar. Darío fue acelerando el ritmo de sus acometidas, mientras declamaba:

—*Adagietto... Andantino... Allegro... Dolcissima Allegra, deliciosa Allegra.*

La menor de las León levantó las manos para agarrarlo y tumbarlo sobre ella, pero el tenor no se dejó atrapar.

—Relájate, Allegretta. Luego me das lo mío; ahora quiero oírte cantar.

Rindiéndose, se agarró con las dos manos al sofá y echó la cabeza hacia atrás. Darío no había dejado de penetrarla con los dedos en ningún momento. Uniendo un tercer dedo a los otros dos, le acarició el clítoris con el pulgar antes de volver a recuperar el ritmo. Instantes después, ambos estaban entregados a la música y a la pasión.

—*Vai, bella, vai. Vivace! Presto! Allegro prestissimo con fuooooo!*

La voz desgarrada de Allegra hizo retumbar los cristales del salón mientras el orgasmo se apoderaba de ella y la recorría de arriba abajo en un *crescendo* que no parecía tener fin.

Darío se entregó a fondo; pasión no le faltaba. Cuando los últimos coletazos del clímax se disolvieron y las vibraciones que habían llenado el aire se calmaron, se puso en pie y saludó como si fuera un director de orquesta.

Ella quiso aplaudir, pero el maestro la había dejado totalmente relajada, sin fuerzas.

—Bravo, virtuoso —susurró, dirigiéndole una sonrisa lánguida.

—*Piacere* —replicó él en un tono sugerente que provocó una réplica en el vientre de Legs—. Me alegro de que te haya gustado, porque soy un artista generoso con su público. —La levantó en brazos y le preguntó—: ¿Tu cama? —Ella señaló la dirección del dormitorio con la cabeza—. Y no hay concierto que se precie sin un bis... o dos... o tres.

* * *

La noche del estreno de la relación entre Allegra y Darío tuvo buenas críticas. Fiel a su promesa, el tenor fue generoso en sus actuaciones. Allegra no se quedó atrás y lo sorprendió arrodillándose ante él para deleitarlo con un solo de flauta travesera que casi lo hizo llorar de emoción. Ella estuvo a punto de derramar una lagrimilla también, pero de alegría, al darse cuenta de que el mote de *Fideo* era totalmente injustificado.

Durante la obertura en el sofá, ella había tratado de quitarle los pantalones, pero

él no se había dejado, y eso había despertado sus peores sospechas. Sin embargo, no debería haberse preocupado. Tal vez la voz del tenor no fuera muy grande, pero su instrumento estaba perfectamente proporcionado al resto de su cuerpo. Rondaba el metro ochenta y, sin ser un atleta, estaba en buena forma física. Se notaba que se cuidaba. Si no se quitó antes los pantalones fue porque era un hombre con una gran conciencia estética.

Era muy elegante y refinado y, aunque disfrutaba de un buen polvo como el que más, gozaba también muchísimo a otros niveles. Para él, la vida era arte y procuraba compartir ese arte con los demás en cualquier momento. En su mente se veía como un director de orquesta, responsable de que todos los elementos combinaran de manera armónica, de que nada desafinara. Había llegado a marcharse a casa, dejando a una amante despechada sobre la cama, al descubrir que la braguita no le combinaba con el sujetador.

Por eso se desesperaba en el Sapore d'Italia. Había dejado el trabajo como profesor de solfeo y piano en una academia para niños pensando que las actuaciones en el restaurante le abrirían las puertas de alguna alma sensible, de algún mecenas que fuera a disfrutar de una buena cena con buen acompañamiento musical. Pero al llegar al local se dio cuenta de que lo que la soprano Liudmila Popova le había vendido como «un local refinado, perfecto para ti» había sido la venganza de una amante celosa. Era imposible que ningún aficionado a la buena música visitara aquel antro de mal gusto.

Desde luego, Allegra no era su ideal de mujer, pero es que su ideal de mujer no respiraba, ni sudaba... Básicamente no existía. Estaba enamorado de las Hepburn, de Audrey y de Katharine; de Grace Kelly, de Jackie Kennedy y, sobre todo, estaba enamorado de Maria Callas, la única, la irrepetible, la Divina.

Había renunciado a encontrar a su mujer ideal en la Tierra, así que se conformaba con disfrutar de una chispa de la perfección femenina allí donde la encontrara. Gozaba de los maravillosos agudos de las sopranos que lo elevaban al cielo, de la calidez aterciopelada de la voz de las *mezzos* o de la intensidad de las emociones que le transmitían las contraltos.

Darío Encinas tenía una reputación de rompecorazones ganada a pulso en los teatros de aficionados de todo el país. Disfrutaba de sus encuentros mientras duraban y no esperaba nada más. Lo llamaban donjuán, casanova, infiel, veleta, pero por muchas veces que lo insultaran o le tiraran metrónomos o partituras a la cabeza, no lograba entender cuál era el problema de esas mujeres.

A nadie se le ocurría pensar que los miembros de un reparto siguieran juntos una vez acabada la representación. Cuando concluía el espectáculo, cada integrante recogía sus bártulos y se iba a su casa. ¿Por qué no podían funcionar las cosas igual

entre los amantes? Él no engañaba a nadie; no les ofrecía una vida en común ni una familia con dos niños y un perro. Cuando se marchaban con él, todas sabían a lo que iban. Entonces ¿por qué ese festival de decepción cuando se vestía y se iba a la mañana siguiente? ¿Por qué los insultos, los gritos y los lloros? Él tenía tanto derecho como ellas a gritar y a llorar por no haber conseguido lo que quería, ¿no?

Le parecía muy injusto, pero había aprendido a callar, ya que sus protestas sólo servían para que lo tildaran de cínico, de machista y de egocéntrico. Tal vez tuvieran razón, pero él era así y no engañaba a nadie. ¿Por qué tenía la sensación de que cada mujer que se cruzaba en su camino quería cambiarlo? No podía evitar sentir que trataban de domarlo, no porque lo amaran y se preocuparan por él, sino por ponerse la medalla. Por conseguir lo que las demás no habían conseguido, someter al donjuán, en una palabra: castrarlo.

Darío hizo una mueca de dolor al darse cuenta del rumbo que habían tomado sus pensamientos. Se volvió hacia la descarada representante con la que había pasado la noche y sonrió. Aunque era una auténtica fierecilla, tras varios asaltos la había dejado saciada y se había dormido ronroneando como una gatita. Era un buen momento para hacer mutis por el foro.

Mientras se ponía los pantalones, con cuidado de no despertarla, se le cayeron al suelo las llaves de casa.

«¡Mierdaaaa!»

Al volverse hacia la cama, vio que ella se apartaba el pelo de la cara y abría un ojo.

—¿Te vas ya? —le preguntó adormilada—. Estupendo, así no tengo que echarte.

Darío alzó las cejas.

«¿Así? ¿Sin gritos ni lloros? No puede ser; tiene que ser una trampa.»

—Sí, eh..., tengo que, eh..., ensayar. Te llamaré.

—Cierra la puerta al salir —murmuró ella antes de empezar a roncar suavemente.

Darío le dirigió una última sonrisa antes de marcharse. Alegre tenía tantos defectos que si empezaba a nombrarlos no acabaría nunca, el peor de todos, su pésimo gusto musical, pero había algo en ella que lo atraía. Era fresca, sincera, auténtica; no sabía mentir ni disimular. No pretendía cambiarla, pero tal vez podría hacerle un favor mostrándole que había música más allá de los... ¿*Sauros*? ¿Cómo se llamaban sus representados?

Bajó los cuatro pisos y salió a la calle. Mientras se dirigía andando hacia su casa, iba silbando una alegre tonada de su ópera favorita: *La hija del regimiento*. Por primera vez en mucho tiempo tenía un proyecto personal que lo ilusionaba. Alegre sería su Eliza Doolittle y él sería Henry Higgins en *My Fair Lady*. La puliría y la invitaría al Concurso Viñas. Nadie notaría que era una analfabeta musical. Le

encantaban los desafíos, y Allegra acababa de convertirse en su nuevo reto.

Diciembre de 2016

En la terraza del ático de la calle Muntaner, Nico se palpaba los bolsillos con ansiedad. Como cada vez que hablaba con Pilar, su ex y madre de sus dos hijas, se arrepentía de haber dejado de fumar.

Marta no le había pedido que lo dejara. Cuando decidieron que él se trasladara a vivir al ático, le pidió que fumara en la terraza, pero hacía tiempo que él quería dejarlo, y convivir con Marta y los niños le pareció una buena motivación. Ella se había ofrecido a ayudarlo a «controlar» los niveles de ansiedad, y Nico le había tomado la palabra. Siempre que podía se escapaba a media mañana para que su enfermera particular le hiciera una «revisión».

Marta no era enfermera, era la recepcionista de un consultorio privado, pero desde que una noche Nico fue a buscarla y se lo montaron sobre la camilla de una de las salitas, se había convertido en su fetiche particular. Una noche en que los padres de Marta —Ricardo y la gran Matilde de León— se habían quedado con los niños, la pareja había ido a cenar a su restaurante favorito, el Ría de Vigo. Al salir, fueron al piso que Nacho le había dejado prestado al irse a San Francisco y Nico la sorprendió. Le había comprado un modelito completo de enfermera sexy.

A Marta, animada porque era viernes, por el vino que había acompañado la *fideuá* y por el *gin-tonic* que habían tomado en la terraza frente al mar, no le importó hacer horas extras como enfermera cachondona, pero a cambio le pidió que la próxima vez cumplieran su fantasía.

Si a Nico le importó ponerse un *kilt*, un *sporrán* y nada más, lo disimuló muy bien. Hasta volvió a ver *Braveheart* la noche anterior para motivarse, y luego, durante su siguiente noche sin niños, se la cargó al hombro y se la llevó a la cama gritando: «Podrán quitarnos la vida, pero nunca nos quitarán ¡¡la libertaaaad!!».

Desde que Nacho había regresado, no habían vuelto a tener una noche sin niños. Matilde y Ricardo mantenían el acuerdo al que habían llegado tras su crisis de pareja. Vivían en el pueblo de jueves a domingo y los lunes bajaban a la ciudad y se quedaban en casa de su hija mayor y sus nietos. Eran una gran familia feliz y, durante la mayor parte del tiempo, Nico se sentía muy afortunado. Pero los encuentros rapiditos y casi clandestinos que compartían por las mañanas, cuando podía escaparse entre inspección e inspección, no lo llenaban lo suficiente. Por un lado, tenía miedo

de que Ricardo apareciera en cualquier momento con su escopeta de caza. Y, por otro, echaba de menos pasar la noche entera haciendo temblar las paredes con los gritos de Marta. Por si eso fuera poco, añoraba a sus hijas. Cuando Matilde y Ricardo estaban en la ciudad, la casa estaba a reborar. Si sus niñas fueran a pasar unos días en Navidad tendrían que dormir en el comedor.

Y ésa era precisamente la causa de la ansiedad de Nico. Acababa de hablar con su ex y, como cada vez que hablaba con la rubia y esbelta Pilar Sainz de Vicuña, notaba que el frío de su corazón de hielo le congelaba las entrañas.

Marta se le acercó por detrás y lo abrazó por la cintura. Lo conocía tan bien que supo que estaba tenso antes de oírlo hablar, sólo por su postura. Verlo palparse los bolsillos le dijo que necesitaba nicotina. No era el único que la echaba de menos. Sabía que era absurdo, pero ella era adicta al punzante regusto que la nicotina dejaba en sus labios. Por supuesto, nunca le pediría que volviera a fumar sólo por disfrutar de sus adictivos labios; lo amaba y quería lo mejor para él. Se preocupaba por él y lo cuidaba porque quería que le durara muchos años.

«Puro egoísmo», se dijo.

Apretó el abrazo y, con la cara pegada a su espalda, le acarició el torso y el vientre.

Él se estremeció al notar que sus dedos se hundían bajo el cinturón. Echó la mano hacia atrás, la agarró y la puso ante él, con la espalda pegada a la barandilla de la terraza.

—¿Se han dormido ya?

—Sí. Y ya he hablado con mi madre.

—¿Cómo están tus padres?

—Bien, mañana irán a buscar setas con otro matrimonio de veraneantes jubilados que se ha instalado en el pueblo. Me alegro de que al fin mi madre tenga otra mujer con la que poder criticar a mi padre.

—¿A tu padre? ¿Por qué iba a criticar a tu padre, ese santo varón, con el buen carácter que tiene? —Nico alzó una ceja con ironía—. Qué manía tenéis las mujeres con criticar.

—Claaaaro, porque los hombres nunca criticáis, ¿verdad? —Marta le pellizcó la cintura con saña.

—¡Auu, salvaje! No, qué va, nosotros no hacemos eso.

—Entonces no querrás contarme por qué estás más tenso que Donald Trump en una boda con mariachis después de haber hablado con Pilar, ¿no?

Nico tenía muchas ganas de desahogarse, pero acababa de caer en su propia trampa y no pensaba reconocerlo, así que negó con la cabeza.

—Ajá, lo sospechaba.

Marta se acuclilló, apoyó la espalda en los barrotes y le desabrochó el pantalón al tozudo arquitecto.

—¿Qué haces?

Ella le dirigió una mirada provocadora mientras se retiraba la melena leonina de la cara.

—¿Tú qué crees? ¿Te hago un plano a escala 1:1?

—Marta, no... Los niños...

—Los niños están perfectamente; tienen todo lo que necesitan, pero yo no. Es viernes por la noche y estoy como una moto, arquitecto. Llevas toda la tarde provocándome, paseándote ante mí de esa manera.

Él la miró divertido.

—¿De qué manera?

—Así, tan... tan... hombre. Con estos vaqueros —le acarició las piernas—, esa camiseta negra que sabes que me pone a cien, ese pelo revuelto —lo miró a la cara mordiéndose el labio inferior—, esa barba tan dura, que sé que me dejaría los muslos irritados si enterraras la cara entre mis piernas...

Marta gimió y Nico se endureció en segundos. Al ver asomar su erección por los pantalones desabrochados, ella le dirigió una mirada que podría haber desencadenado una guerra entre troyanos y aqueos.

—Eso que tienes ahí es mío —susurró.

—Y que lo digas —replicó él, tragando saliva con dificultad—. Te quiere a ti más que a mí.

Ella le bajó un poco los vaqueros; lo justo para acceder con comodidad. Agarró con decisión lo que tanto deseaba y, tras observarlo un segundo con deseo, le dio un lametón en la punta. Luego lo succionó con un gemido de placer que se fundió en el aire de la noche con el gruñido de alivio de Nico. Disfrutó de su sabor salado y de las sensaciones que parecían viajar directamente desde la lengua y las paredes de la boca hasta su vientre y más abajo.

Él le sujetó la cabeza con las dos manos y Marta se estremeció. Últimamente, estaba siempre muy excitada. Se pasaba el día pensando en Nico, esperando a que llegara la hora de quedarse al fin a solas con él. El cuento que le había leído a Benito para que se durmiera se le había hecho eterno; parecía que las páginas nunca llegaban a su fin.

Le recorrió los muslos de abajo arriba, arañándolos con las uñas antes de clavarle los dedos en las nalgas, animándolo a echar las caderas hacia adelante y succionando al mismo tiempo.

—Tarta, me matas —susurró él.

Ella replicó sin hablar, acelerando el ritmo de los movimientos de cabeza, arriba

y abajo, una vez, y otra, y otra, mientras su erección crecía, cada vez más dura, más caliente, más palpitante.

—Mar... Marta..., no... Va... vamos a la ha... habitación.

Ella se mantuvo inflexible. Con una mano lo sujetó con fuerza por la base del pene mientras con la otra le acariciaba los testículos. El contraste entre la delicadeza de una mano y la fuerte presión de la otra era increíble. Nico dejó de resistirse y se rindió al placer que le proporcionaba la dueña de sus orgasmos y de su corazón.

Ni la posibilidad de que los viera algún vecino, ni la de que alguno de los niños los interrumpiera, nada; ya nada podía evitar lo inevitable. Echando la cabeza hacia atrás, el todavía inspector de habitabilidad a tiempo parcial dio gracias a las estrellas que lo habían guiado hasta ese piso meses atrás. Luego, cerrando los ojos con fuerza, dejó que el fuego que Marta había prendido en su vientre hiciera hervir su esencia, que ascendió por su miembro y se derramó sin remedio en la boca ávida que lo esperaba.

—¡Dios!

A sus pies, ella succionó por última vez para no dejar ni una gota

Nico sacudió la cabeza lentamente a un lado y a otro y la miró con los ojos muy abiertos.

—¡Joder! Y yo que iba a proponerte ver series esta noche. Me han dicho que «Narcos» está muy bien.

—Ah, si es lo que te apetece, no te cortes. El sofá es tuyo y nadie te va a quitar el mando a distancia, pero yo me voy a la cama. —Se levantó, se pasó la lengua por los labios y se dirigió al comedor—. Si no vienes, tendré que empezar sin ti.

Nico corrió tras ella y la levantó en brazos.

—¡A la mierda «Narcos»! Ni plata ni plomo. La única sustancia ilegal que necesito son tus besos. Deberían estar prohibidos.

Ella le tomó la cara entre las manos y le dio una pequeña dosis para que aguantara hasta llegar al dormitorio.

* * *

Un par de horas más tarde, Marta alzó la cabeza, que tenía enterrada en el cuello de Nico, y contempló los rasgos angulosos del que se había convertido en el hombre de su vida.

—Tu ex me cae bien, no puedo evitarlo.

Nico abrió un ojo y la miró con escepticismo.

—¿A qué viene eso?

—Cada vez que hablas con ella, te tensas como un arco y luego yo disfruto de tu

rabia mientras te desahogas entre mis piernas.

Su mirada se volvió preocupada.

—No te habré hecho daño, ¿no?

Ella se tumbó boca arriba y estiró los brazos por encima de la cabeza.

—No. —Suspiró—. Me encanta cuando te pones tan intenso.

—Si algún día te hago daño, me lo dirás, ¿verdad?

Marta volvió la cara hacia él.

—Depende. Si piensas dejar de hacer todo lo que me haces, no te diré nada.

—Marta —gruñó él, haciendo retumbar la cama.

—Madre mía —murmuró ella—, si ahora te pones así de protector, el día que te cuente...

—Que me cuentes, ¿qué?

—¿Lo he dicho en voz alta?

Él asintió muy serio.

—Si quieres que te cuente algo, vas a tener que contarme tú primero por qué estabas tan tenso en la terraza.

Nico cruzó los brazos detrás de la cabeza, clavó la mirada en el techo y suspiró.

—Estaba hablando con Pilar de las vacaciones de Navidad y me suelta: «¿Qué excusa vas a poner este año para no llevarlas a Disneyland París?».

Marta se incorporó de golpe.

—No será capaz...

—Ya te digo si es capaz.

—Será zorra, la tía.

Nico respiró hondo. Un año antes habría aprovechado para llamar ¡¡¡ZORRA!!! a su ex a gritos. Las sesiones con Pablo, su psicólogo, habían hecho maravillas con su autocontrol, aunque cuando la madre de Abril y de Anastasia —sus dos niñas adoradas— le hacía comentarios como ése, no le habría costado mucho recaer en su mala costumbre. Por suerte, con Marta a su lado, la rabia se evaporaba rápido.

—Hablé con las niñas el otro día —dijo Marta—, sobre la Navidad y sobre sus planes para los próximos meses. Anastasia me comentó el libro que estaba leyendo, y con Abril hablé de chicos. —Nico frunció el ceño—. No, no pongas esa cara de cromañón. Abril pronto cumplirá catorce años; tiene que aprender a relacionarse con chicos. Pero lo que intento decirte es que no me pareció que ninguna de las dos quisiera ir a Disneyland. Tus hijas son muy distintas, pero las dos son muy maduras para su edad.

Nico asintió con la cabeza con una mezcla de orgullo y de culpabilidad al sentir que tal vez las habían obligado a madurar demasiado rápido por culpa del divorcio.

—Sin embargo...

Perdido en sus pensamientos, Nico tardó unos segundos en darse cuenta de que Marta había vuelto a tumbarse y permanecía callada a su lado, mirando al techo. Se volvió hacia ella, se apoyó en un codo y le acarició la cara con un dedo.

—¿Sí? —Siguió descendiendo por el cuello hasta llegar a sus pechos. Al fijarse, le pareció que estaban un poco más grandes de lo habitual. Se inclinó hacia ella para darse un festín con sus tartaletas favoritas y sopló sobre sus pezones.

Ella gimió antes de responder:

—Sin embargo, hay algo en lo que las dos están de acuerdo.

Nico le tomó un pecho en la palma de la mano, disfrutando de su peso y de su suavidad, mientras le besaba el otro.

—Para, por favor. Así no puedo hablar —protestó ella entre jadeos.

—Hablar está sobrevalorado.

—Tal vez tengas razón. —Marta le quitó la mano del pecho y se la llevó al vientre.

Sólo en ese momento, Nico se dio cuenta de que tenía la tripita un poco abultada y los ojos llenos de lágrimas.

—Las niñas... —Marta tragó saliva—. Las niñas me dijeron que nada les haría más ilusión que tener un hermanito como regalo de Navidad.

Nico no podía apartar la mirada del vientre de su leona. No quería sacar conclusiones precipitadas, pero... los cambios en su cuerpo, las ganas insaciables de hacer el amor a todas horas..., esa mirada preocupada...

«¿Preocupada? ¿Por qué preocupada? ¿Acaso duda de mi reacción?»

—¿Me estás diciendo que te has encargado de que las niñas tengan el mejor regalo de Navidad del mundo?

—Pues sí. Dudo que Pilar pueda competir con nuestro regalo. —Le guiñó un ojo.

—¡Eres increíble! —Nico la miró maravillado unos instantes y se abalanzó sobre ella, fundiendo sus cuerpos en un abrazo.

Marta le apoyó la mano en el pecho para poder mirarlo a la cara.

—Bueno, no lo he hecho sola. Me temo que con la emoción del momento *Braveheart* nos olvidamos de tomar precauciones.

—¡Pues que viva *Braveheart*, Escocia, los *kilts* y el monstruo del lago Ness!

Nico la besó, la abrazó y volvió a besarla hasta que a ella no le quedaron dudas de la alegría que acababa de darle. Marta le dio un empujón para tumbarlo de espaldas y se subió sobre él. Le besó el torso y siguió ascendiendo hasta llegar a sus labios. Nico le sujetó la cara entre las dos manos y fundió sus bocas en un beso que era al mismo tiempo una declaración de amor y de profundo agradecimiento.

—Me has hecho el hombre más feliz del mundo. Voy a trabajar el triple para construir una casa donde podamos reunir a esta maravillosa familia que hemos creado

juntos.

Ella frunció el ceño.

—¿El triple? Pero si casi no te veo el pelo —protestó.

—Valdrá la pena. Y, si no podemos vernos durante el día..., siempre nos quedarán las noches. —Nico le dio la vuelta y se alzó sobre ella—. Así que la noche de *Braveheart*, ¿eh? —le preguntó con una expresión triunfal.

Marta tuvo la sensación de que, de no haber estado ya embarazada, la habría preñado sólo con la intensidad de su mirada.

—Ajá.

—Pues, si es niño, se llamará William Wallace.

Ella se echó a reír con ganas.

—¿William Wallace Sierra León de Todos los Santos? Menudo nombrecito. ¿Y si es niña?

Nico le guiñó el ojo.

—¿Hay alguna enfermera famosa?

—Bueno..., está Florence Nightingale, una de las pioneras. Vi un documental muy interesante sobre su vida y...

—¿Florence? ¿Florencia? ¿Te gusta?

—Hum..., no sé —titubeó Marta—. ¿Y si lo hablamos con los niños primero y que nos ayuden a decidir?

—¡Gran idea! ¿De cuánto estás? ¿Cuándo llegará el pequeño William?

—La semana que viene cumple los tres meses. Había pensado anunciarlo en Navidad. ¿Qué te parece?

Nico la besó con ternura antes de responder.

—Siempre consigues sorprenderme. Hace un año, la idea de pasar la Navidad solo me aterraba. Pero tú me abriste las puertas de tu casa y de tu familia y... —se interrumpió emocionado— mira todo lo que hemos conseguido desde entonces. Me has cambiado, Marta. Me has convertido en otro hombre. —Le dio un cariñoso beso en el vientre—. Tendrás el mejor nido que te puedas imaginar, pequeño. Ya lo verás.

Marta miró la escena con los ojos empañados por la emoción.

—No te he cambiado, Nico, ya eras así. Siempre fuiste un constructor, un protector. El hombre al que conocí no eras tú; eras un ser herido que atacaba porque te estaban arrebatando a tu familia y no entendías nada. Como dicen en *Braveheart*, «Tu corazón es libre, ten el valor para seguirlo». Tú fuiste valiente, seguiste tu corazón, y ésta es tu recompensa.

—Nunca voy a poder agradecerte todos los regalos que me haces, amor mío.

—Bueno, tal vez no, pero, por si no te has dado cuenta, este embarazo me tiene cachonda perdida, arquitecto. Así que, ya que te sientes tan generoso y agradecido...,

¡aaaahhh! —exclamó Marta cuando él le dio un empujón que la hizo caer de espaldas sobre el colchón.

—Tus deseos son órdenes, mi leona —susurró Nico antes de enterrar la cara entre sus piernas.

El sábado por la noche, Allegra había decidido ir dando un paseo desde su casa — que quedaba al lado del mercado de Sant Antoni— hasta el Liceu, en pleno corazón de Les Rambles. Podría haber ido por la calle Hospital, que era el camino más recto pero sin darse cuenta sus pies la llevaron en dirección a la plaza Universitat. Al llegar a la altura de la calle Tallers, no pudo evitar echar la vista atrás un instante al oír los golpes secos de los monopatines chocando contra el pavimento de la plaza; era un acto reflejo. Vio que un chico moreno se deslizaba con seguridad hacia una chica que lo esperaba junto a la entrada del metro y entornó los ojos.

«No, no es Koldo; claro que no es Koldo. Olvídalo de una vez por todas, idiota.»

La calle Tallers era una de sus vías favoritas. No sólo porque siempre estaba llena de vida, sino por las tiendas. Si uno buscaba marcas lujosas o artículos exclusivos, no estaba en el lugar adecuado, pero si lo que quería era revolver discos de vinilo a la caza de algún tesoro, comprar artículos de papelería o ropa *vintage* para conseguir un *look* a lo Cindy Lauper, había acertado.

Mientras se entretenía mirando unas gafas de sol en un escaparate, notó que el teléfono vibraba con una llamada entrante. Se quitó los cascos de la cabeza y se los dejó alrededor del cuello a modo de collar.

—Hola, Tarta. ¿Cómo? —Esquivó a un ciclista que venía de cara—. Sí, claro, cuenta conmigo para Nochebuena... No, este año ya no tengo ningún viaje más. En marzo vuelvo con los chicos a Brasil, pero de momento no hay nada más previsto... Sí, genial. La semana que viene quedamos y vamos juntas de compras, ¿vale? Ya sabes que yo con los regalos no me aclaro. —Dobló la esquina de Les Rambles y bajó por la parte central de la concurridísima avenida mientras su hermana le contaba las últimas ocurrencias de sus sobrinos—. Yo también tengo muchas ganas de verlos. Dales un beso baboso de mi parte. Venga, hermanita, cuídate.

Acababa de colgar cuando el teléfono volvió a sonar.

—¿Cómo *eshtá* mi *garota* favorita?

—¡Vin! —exclamó al reconocer la sensual voz del que había conocido siendo camarero en un bar de Barcelona y que actualmente estaba metido en el mundo de los festivales musicales de Río de Janeiro—. ¡Qué alegría hablar contigo? ¿Cómo estás *garoto*? ¿Rompiendo muchos corazones?

—*Naaao*, son las *mulheres* las que hacen conmigo lo que quieren.

—Ay, Vin, qué ganas tengo de verte. ¿Vas a volver pronto a Barcelona?

—De momento, no. Y tú, ¿cuándo vendrás a adornar las playas de Río?

Allegra se echó a reír. Vin siempre la animaba. Era cálido como el sol de Río, sensual como la samba, adictivo como la caipiriña. No le extrañaba que se colara en sus sueños eróticos de vez en cuando.

—En marzo acompañaré a los chicos al Estéreo Picnic otra vez. Mi idea es quedarme unos días en Río cuando pase la locura, para relajarme un poco. Ya te contaré.

—Vale. Y, dime, ¿sigues con el director de orquesta?

—No es director de orquesta, es tenor y, sí, sigo con él.

—¿Qué tal? ¿Tengo que comprarme un frac para ir a tu boda?

—Naaah, qué va. Él no cree en esas cosas.

—¿No es romántico?

Allegra se echó a reír.

—¿Darío, romántico? Es el hombre más cínico que he conocido. Un día lo descubrí lanzándome miradas arrobadas desde la puerta y pensé que se le estaba ablandando el corazón. Pero ese fin de semana lo acompañé; tenía una representación de *La traviata* en un teatro de aficionados. Cuando vi que miraba a la prota de la misma manera, me di cuenta de que había estado ensayando.

—Vaya, menuda joya. Y ¿por qué estás con él, Legs? Podrías estar con cualquier hombre que quisieras.

Ella guardó silencio unos instantes. Estuvo a punto de confesarle que el único hombre que quería había salido volando montado en su *skate*, y que al menos junto a Darío tenía sexo del bueno sin miedo a que le rompiera el corazón, pero en ese momento vio al tenor en la puerta del teatro de la ópera.

—Nunca adivinarías dónde estoy, Vin —comentó cambiando de tema—. En la puerta del Liceu. —Esperó a que dejaran de pasar taxis y motos para cruzar a la acera lateral—. Voy a ver una ópera. ¡No, una ópera rock, no! Una de verdad. ¿Cuál? Yo qué sé; espera, que miro el cartel. *Werther*, pone. No sé, hay un tipo que parece estar a punto de suicidarse. Espero que no sea demasiado muermo; ya te contaré. ¡Chao, garoto!

Allegra llegó frente a Darío, que dejó de hablar con una pareja para saludarla.

—¡Hola! Vaya, vaya, Eliza. Estás... espectacular.

—¿Qué manía con llamarme Eliza, coño! ¿No te gustaba tanto mi nombre?

Varias personas, elegantemente vestidas, se volvieron hacia ella, que les enseñó todos los dientes en una sonrisa digna de una folclórica a la salida de la cárcel.

Sujetándola por el brazo, por encima del codo, él la hizo pasar ante él por los torniquetes que daban acceso al templo de la lírica.

—Un momento. Voy a dejar el abrigo —dijo—. ¿Quieres dejar tú el..., ejem..., el

tuyo?

Allegra se miró en uno de los espejos del vestíbulo del teatro. Llevaba sus mejores vaqueros, unos Levi Strauss 501 negros que se había comprado en una de sus tiendas favoritas de Camden durante una de sus escapadas a Londres. Y, para protegerse del frío, se había puesto una cazadora de cuero negra con borreguillo de quita y pon en el cuello y una estrella de la fama bordada a la espalda, dentro de la cual se leía la palabra «Legs». No era una cazadora cualquiera.

—No, gracias. Ya la guardaré yo —respondió en voz baja.

Mientras el tenor hacía cola para dejar su abrigo, ella miró a su alrededor, aunque no veía nada porque su mente volvía a estar en modo Koldo *ON*. La cazadora había sido su primer regalo de esa Navidad; le había llegado hacía dos días. Al abrir la caja y ver la chaqueta, se había enamorado de ella a primera vista, sobre todo de la estrella de la fama con su nombre bordado. Había buscado una tarjeta dentro de la caja para ver quién le hacía el regalo; se imaginó que sería la discográfica, que le habría regalado una a cada uno de los chicos. Le había parecido un bonito detalle que le regalaran una a ella también, pero lo que encontró en la caja no fue una fría tarjeta de empresa, sino una carta manuscrita de Koldo que le quemó los dedos. La había leído tantas veces durante esos dos días que se la sabía de memoria.

Hola, Legs:

No, por favor, no rompas esta carta sin leerla. Hazme un regalo de Navidad: regálame el tiempo que te lleve leerla hasta el final. Encargué esta cazadora hace más de un año, pero una serie de imprevistos de los que prefiero hablarte cara a cara me impidieron enviártela. Le pedí a Gale que se ocupara de hacerlo, pero hace poco me di cuenta de que se había quedado la cazadora y te había enviado a cambio mi rotulador-bala. No quiero ni imaginar la cara que debiste de poner al recibirlo. Te preguntarás cómo no me di cuenta antes, pero es que he estado un poco fuera de circulación. Ahora entiendo mejor que no respondieras a mis mensajes y que no quisieras hablar conmigo en Brasil. Te aseguro que nunca quise ofenderte ni burlarme de ti; te lo juro por Lobo.

He intentado olvidarte, Legs, pero cuanto más trato de apartarte de mi cabeza, más presente estás en mis pensamientos. Te veo en todas partes. Te oigo como si estuvieras a mi lado.

No, tranquila, ya he asumido que no quieres tener nada conmigo. Me duele, pero lo acepto. No obstante, si durante este año que ha pasado has dejado de odiarme, me encantaría poder ser tu amigo. Lo que estés dispuesta a darme lo aceptaré como si fuera un tesoro. Me ahogo sin ti, Legs.

Allegra acarició la manga de la cazadora y fulminó con la vista a una señora que le dirigía una mirada altiva.

—Vamos. —Darío volvió a sujetarla por el codo y la guio hacia la escalinata—. Tenemos que dejarnos ver.

Dieron un paseo por el hall, el bar y los pasillos de la platea. Darío estaba en su salsa. Pronto se encontraron con una señora de unos sesenta y cinco años, que exclamó de satisfacción al verlo:

—¡Darío, querido!

—¡Cecilia! Mi musa, mi ángel. ¿Cómo está, aparte de divina?

—Pero qué zalameros sois los tenores. Cómo sabéis lo que nos gusta oír. ¿Quién es tu encantadora acompañante de esta noche, querido?

—Cecilia, le presento a Allegra León.

A la melómana se le iluminaron los ojos.

—Ah, ¿es usted hermana de Eva León, la violinista?

—Eh..., no. Soy hermana de Marta León, la recepcionista.

Al ver que la viuda Recasens fruncía el ceño, él carraspeó.

—Allegra es una gran aficionada a la música.

—¡Estoy segura de ello! Cuénteme, querida, ¿es cantante, instrumentista...?

—Soy promotora musical y representante.

Darío carraspeó con más fuerza y Cecilia le dirigió una mirada preocupada.

—Querido, cuídate esa garganta. ¿Ya estás tomando el própolis que te recomendé? —se interesó la viuda antes de volverse de nuevo hacia Allegra—. ¡Querida, qué interesante! Yo también organizo eventos líricos. Tiene que venir una tarde a tomar el té a mi casa. Me encantará presentar a alguno de sus representados en las veladas de los viernes. No llevará por casualidad a algún contratador en su cartera de artistas... ¡Tienen tanto éxito últimamente!

Darío trató de carraspear con tanta fuerza que se quedó sin voz y le salió una especie de risa de *Patán*, el perro pulgoso de *Los autos locos*.

Cecilia lo miró con la severidad de una profesora de piano.

—¡Darío, querido, no, no y no! Por mucho que te esfuerces, no puedes cantar como contratador. Te lo he dicho mil veces. No pierdas la fe y no pierdas tu esencia como artista. Ya llegará tu momento.

Por suerte para las cuerdas vocales de Darío, en ese momento, un hombre de casi metro noventa, con la piel tostada como la canela, se acercó a ellos y la viuda se olvidó de que existían.

—Blazhe, qué alegría volver a tenerte en Barcelona.

Darío aprovechó la distracción para agarrar a Allegra del brazo y sacarla de allí. Al oír que el timbre sonaba una vez, marcando que quedaban diez minutos para el

inicio de la obra, se dirigieron a los ascensores, pero al cabo de varios minutos de espera incómoda entre empujones, ella le propuso subir a pie.

A medida que pasaban los pisos y no se quedaban en ninguno de ellos, Legs entendió la reticencia del tenor a subir a pie.

—¿Queda mucho? —le preguntó, sacando el higadillo por la boca al llegar a la cuarta planta.

Él no estaba en mejor estado, aunque tratara de disimularlo.

—No —jadeó—, sólo hay cinco plantas; ya estamos llegando.

Cuando alcanzaron al fin el pasillo en forma de herradura de la quinta planta, los tres pitidos del timbre hicieron que los asistentes rezagados se apresuraran a encontrar sus asientos.

Él le indicó la puerta por la que les tocaba entrar.

Allegra se fijó en que casi todo el mundo sabía dónde debía sentarse sin mirar las entradas.

—¿Son numeradas? —le preguntó.

—¿Cómo?

—¡¿Si son entradas numeradas?! —

A pesar de que el espectáculo aún no había dado comienzo, el sifón de turno la mandó callar:

—¡Chist!

Allegra se volvió hacia él, dispuesta a encararse, pero Darío la sujetó por los hombros, le dio la vuelta y la invitó a sentarse en su asiento. Se extrañó al ver que era un taburete alto, con el cojín forrado de terciopelo color vino.

—No, casi todo el mundo tiene abono de temporada.

—Vale, vale, tranquilito.

El sonido de los instrumentos que los músicos afinaban hacía vibrar el recinto. Allegra quiso ver el escenario, pero era imposible. No sólo estaban en el quinto piso, sino que, de las dos filas que había, estaban en la segunda. Si ya los espectadores de la primera fila tenían que inclinar medio cuerpo fuera de la amplia baranda para ver un trocito de escenario, ellos no podían ni acercarse. Eso sí, la visión del techo era impresionante. Estaban tan cerca que daba la sensación de que podían tocarlo. Parecía una joya, un inmenso broche muy recargado en tonos rojos y dorados. Al fijarse en las zonas rojas, vio que tenían dibujados asientos. Se imaginó que serían los asientos de platea, pero no pudo comprobarlo.

Se quitó la cazadora y se sentó. Por inercia, levantó la mano. Era un acto reflejo. Cada vez que se sentaba en un taburete, solía pedir un café, una caña o un mojito.

Darío no se dio cuenta porque estaba entretenido conectando una pantallita de televisión minúscula que tenían ante el asiento.

«¡Pues vaya plan! —pensó Allegra—. Si hasta él pone la tele, es que esto va a ser un muermo del quince.»

—¿Se pilla la MTV? —le preguntó—. ¿Puedo conectar mis cascos ahí?

Darío se quedó inmóvil unos segundos antes de volverse hacia ella a cámara lenta.

Legs alzó los brazos con las palmas de las manos hacia arriba y se encogió de hombros.

—¿Qué pasa? ¿Tú puedes ver el fútbol y yo no puedo ver la MTV?

—Allegra —le advirtió él con un gruñido tan grave que la hizo estremecer—, no puedes ver la MTV, ni el fútbol ni el culebrón de media tarde. No es una tele, es el monitor desde el que los que tenemos asientos sin visión podemos seguir el espectáculo.

Cuando el público empezó a aplaudir, Allegra se puso en pie de un salto y a punto estuvo de tirar al suelo el taburete.

—¡Chist!

—No soporto que me manden callar. —Allegra apretó los puños y estaba a punto de hacerle saber lo que pensaba al señor de delante, pero Darío tiró de su brazo para que volviera a sentarse—. Sólo quería saber qué estaba pasando en la planta baja.

—La platea.

—La platea —repitió ella, imitando su tono de voz y poniendo los ojos en blanco.

—¡Chiiiiist!

Darío se inclinó en su dirección y le susurró al oído, provocándole un nuevo escalofrío:

—Mira la pantalla y no montes jaleo, que tú tal vez no vuelvas a venir, pero yo el próximo día tendré a los mismos vecinos.

Las palabras del tenor le causaron una punzada en el corazón. No es que estuviera enamorada de él, pero que la descartara con tanta facilidad la hizo sentir inadecuada, como si no fuera suficiente para él, y eso le dolió.

Al mirar la pantalla, vio que el director de orquesta daba inicio a la ópera con un movimiento de brazos al mismo tiempo que se levantaba el telón. Se echó hacia atrás, para acomodarse como en las modernas salas de cine, pero fue imposible encontrar una postura confortable. Aguantó tiesa unos minutos pero, cuando se cansó, fabricó una almohada con la cazadora y se la puso detrás de la cabeza. Era un almohadón cálido y confortable, que la protegía de la dureza de las paredes, la rigidez de Darío y el frío de la corriente de aire que provocaba el vecino de delante cada vez que chistaba. Incluso en la distancia, Koldo la seguía protegiendo.

«Vale, ya, es oficial. El cerebro se me ha convertido en *mousse*. Mejor dejo de pensar.»

Legs trató de concentrarse en la ópera, pero entre que cantaban en francés, un idioma que nunca le había gustado mucho, que estaba cansada y se aburría de leer los subtítulos en la pantallita y que la música le resultaba de lo más deprimente, al cabo de unos minutos empezó a quedarse dormida.

Cuando le cayó la cabeza sobre el hombro de Darío, él salió del trance musical en el que había entrado en cuanto había empezado a sonar la primera nota. Sobresaltado, se volvió hacia ella, que disimuló poniéndose mimosa y frunciendo los labios para pedirle un beso mientras le acariciaba la pierna.

Él le apoyó la mano sobre la suya para detener su asalto al tren de Glasgow y pronunció en voz inaudible:

—Luego.

Allegra suspiró y se obligó a entretenerse con algo para no dormirse. Miró a su derecha. Más allá de Darío había varias personas. Se sorprendió al comprobar que eran más jóvenes de lo que se había imaginado encontrar. Además, a diferencia de los atuendos de las personas que se habían encontrado en el pasillo de platea, iban vestidos de manera muy normal. Así como ella se había sentido desplazada y fuera de lugar hacía un rato, allí era Darío el que parecía un pez fuera del agua con su traje y pajarita. Algunos eran claramente turistas; otros hípsters, y otros tenían aspecto de alumnos de la escuela de música.

A su izquierda le empezaron a llegar los cuchicheos de dos mujeres de mediana edad.

—Ésta no le va a durar ni una semana.

—Qué va. A la próxima ópera no la trae.

Legs abrió mucho los ojos, con la vista clavada en la pantallita. Estuvo tentada de volverse hacia las mujeres y advertirles de que las estaba oyendo, pero lo pensó mejor. Al menos se distraería con sus cotilleos.

—Una pena que no haya vuelto a traer a la soprano rusa. Hacían buena pareja, ¿no crees?

—Sí, la trajo tres veces, creo que batió todos los récords.

—Pues sí. A la contralto italiana la invitó dos veces, y a aquella violoncelista australiana también, pero, que yo recuerde, ninguna más ha repetido.

—Humm, no, ninguna más.

—Y ¿ésta qué crees que será?

«Una pringada, eso es lo que soy. ¿Qué demonios hago aquí? —pensó deseando estar en un concierto de Bruno Mars, de Of Monsters and Men, de Ed Sheeran...—. De cualquiera, pero ¡que esté vivo!»

Cuando, una eternidad más tarde, las luces de la sala se encendieron, Darío se puso a comentar el espectáculo con su vecino de delante, el odioso *chistador*. Al ver

que se vaciaban los asientos de la primera fila, Allegra bajó hasta ahí y se asomó al patio de butacas.

Ahogó un grito y se llevó la mano al estómago por el vértigo que le provocó la gran altura a la que se encontraban. Miró hacia el escenario, pero habían bajado el telón. Los músicos también habían desaparecido. Las hormiguitas de platea charlaban animadamente. Su primer impulso fue escupir para alcanzar en la cabeza a un hombre de calva reluciente que tenía justo debajo.

«Allegra, ¡madura ya! ¿Cómo vas a tener hijos si eres más cría que tus sobrinos?», se reprendió.

Al levantar un poco la vista, se animó al darse cuenta de que la saludaban un montón de caritas sonrientes. Les devolvió la sonrisa y sacó el móvil para hacerles una foto. Eran las lámparas que iluminaban el elegante recinto. Las dos bombillas superiores eran los ojos, y las siete que formaban un arco en la parte inferior eran la sonrisa. El efecto era impactante.

Las colgó en Instagram, y los *likes* no tardaron en llegar.

—Cuando empieza el espectáculo, ni se te ocurra hacer más fotos. No soporto a la gente que hace fotos durante las actuaciones. Ni te imaginas lo que llega a desconcentrar a los artistas.

—Pues en los conciertos de rock, los seguidores no paran de sacar fotos y de grabar vídeos en ningún momento..., y los artistas bien que se concentran.

Darío chasqueó la lengua.

—No compares. Los cantantes de ópera deben recordar el texto entero además de las melodías; normalmente, en un idioma que no es el suyo. Además, tienen que ser actores, recordar en qué momento entra cada uno; deben transmitir emociones...

—No lo dudo, seguro que es tope difícil, pero...

—¿Pero? —Él alzó tanto la ceja que Allegra sintió que volvía a estar en la oficina del director del instituto.

—Pero ¿por qué tienen que cantar cosas tan aburridas?

—¡No es aburrido! Tienes que situar la obra en su contexto. Estamos en el pico del romanticismo y blablablá...

Allegra desconectó. ¿Aquello era romanticismo? Para romántica, la película de *Mamma Mia!* que tanto le gustaba a Sofía, la antigua canguro de su hermana. ¡Se puede ser romántico y divertido a la vez!

—¿Quieres tomar algo?

Eso la animó.

—¡Claro, vamos!

Tras hacer cola en el bar de la cuarta planta, llegó su turno.

—¿Qué van a tomar?

—Yo, un Red Bull —pidió Allegra, que necesitaba algo que le diera alas para soportar la segunda parte.

A Darío le dio otro ataque de tos.

—No tenemos, lo siento. Si le apetece una copa de cava...

—Sí, por favor —logró decir el tenor—, dos copas de cava.

A Allegra le encantaba ir de cañas y de copas, pero el cava no acababa de convencerla. Sin embargo, estaba tan aburrida e incómoda que se bebió la copa de un trago en cuanto Darío empezó a hablar de nuevo.

—El tenor no ha estado mal, pero no ha acabado de ligar las notas en la repetición...

Ella resopló.

«Venga ya. Cómo va a ligar nadie cantando eso...»

Cuando poco después dio comienzo el segundo acto, Darío se sumergió de nuevo en las notas y Allegra volvió a sentir que el tiempo entraba en una dimensión paralela donde cada minuto duraba una hora.

Una eternidad más tarde, cuando estaba a punto de saltar al escenario deslizándose a lo *Misión: Imposible*, quitarle la pistola al protagonista y acabar con su sufrimiento personalmente, la representación acabó entre los cálidos aplausos de los asistentes.

Un bostezo enorme luchó por abrirse paso en la boca de Allegra. Aunque logró controlarlo, el esfuerzo hizo que se le saltaran las lágrimas. Darío se volvió hacia ella emocionado.

—Sí, sabía que al final te gustaría —murmuró plantándole un delicado beso en los labios.

Allegra miró por encima del hombro a las dos cotillas de la izquierda, que no se perdían detalle de la escena, y les hizo una mueca, como diciendo: «¡Si me da la gana, vuelvo!».

—Estás muy verde aún, pero tienes posibilidades. El Concurso Viñas está al caer. Vamos a tener que hacer maratones de ópera en mi casa para que te pongas al día.

«¿Maratones de ópera? Por separado, los conceptos *maratón* y *ópera* ya suenan agotadores, pero ¿juntos? ¿Nos hemos vuelto todos locos?»

—Empezaremos por la ópera clásica. Creo que con la noche del viernes nos llegará. El sábado podemos dedicarlo a la ópera barroca y el domingo habrá que reservarlo para Wagner. Wagner necesita un día para él solo... Sí, creo que con veinticuatro horas llegará... ¿Allegra? ¡Allegra, espérame! ¡No corras, Allegraaaaaaaa!

Tres horas más tarde, la pequeña de las hermanas León estaba reclinada en su sofá, abrazada a la cazadora de cuero y acariciando con el dedo la estrella bordada con su nombre dentro.

Había puesto el móvil en silencio para no oír las llamadas ni los mensajes de Darío; se había servido un cubata de whisky y, cuando se le acabó, se sirvió otro. O tal vez fueron dos, no se acordaba ni le importaba; al día siguiente no tenía que ir a ningún sitio.

Miró el móvil de reojo.

«Ni se te ocurra —se dijo—. Prohibido ponerse en contacto con ningún tío pasadas las dos de la madrugada, y menos después de haber tomado un par de copas.»

Le pareció que el *smartphone* vibraba sobre la mesa.

«Sólo una miradita. Para asegurarme de que no hay ninguna emergencia familiar.»

Notar el contacto de la carcasa le provocó un cosquilleo en las yemas de los dedos y una sensación de relajación momentánea.

«Sí, vale, estoy enganchada, ¿qué pasa? Hay drogas peores.»

Lo sabía de primera mano. Por mucho que tratara de olvidarse del *skater* que se le había metido bajo la piel, no lo lograba. Sabía que Marta llamaba a su arquitecto *Nico Nicotina*, y que se confesaba adicta a él, pero lo de Koldo era una droga más dura: un auténtico pico de amante vasco en vena.

«Koldo es mi hierba gatera. Sólo pensar en él, y dejo de ser una leona y me convierto en una gata sin uñas.»

Con su aspecto de chico malo, Koldo se había plantado en su vida de un salto, dejándola desconcertada con su mirada sincera e intensa. Durante ese año había tenido tiempo de darle vueltas y más vueltas a su breve relación. La cita había sido perfecta, pero ya antes de salir juntos a comerse la noche, él se había colado bajo su piel. Era el contraste entre su aspecto de niño abandonado y la sabiduría de su mirada, como si fuera el guardián de un secreto que ella no conocía. Sospechaba que la había puesto a prueba con sus frases cortas y enigmáticas, sus gestos y su insistencia para que confiara en él. Y, al parecer, había suspendido el examen, porque, tras la mejor noche de su vida, él había desaparecido sin dejar rastro.

«Sí, vale, me pidió que lo esperara hasta marzo. Un tipo que se saluda con Beyoncé en los ascensores y que va rodeado por una corte de niños perdidos y de niñas que ya no son tan niñas me pide que lo espere durante medio año sin darme

ninguna explicación. ¡Vamos, lo más normal del mundo!»

Cuando se le acabó la Coca-Cola, Allegra siguió bebiendo whisky a palo seco. Ni siquiera se levantó a buscar hielo; estaba demasiado chafada por el peso de los recuerdos y del arrepentimiento por no haberle dado una oportunidad. En aquel momento, la idea de esperar por un tipo al que acababa de conocer y que tenía docenas de mujeres echándose a sus pies en todo el mundo le pareció una locura. Pero los seis meses se habían convertido en doce, y en catorce..., y seguía tan enganchada como el primer día. Podía seguir mintiéndoles a los demás tanto como quisiera, diciéndoles que para conseguir un hombre sólo tenía que entrar en un bar y sentarse a la barra, pero en la soledad de la noche, en su sofá, con sólo un Jameson de doce años como compañero, era absurdo mentir.

Se echó a reír.

«Veintidós años te parecían pocos y ahora te echas en brazos de uno de doce. Patética; realmente patética, Legs.»

Los recuerdos se presentaron puntuales a la cita:

—*Koldo, ¿cuántos años tienes?*

La expresión del skater se ensombreció.

—*¿Por qué tanto interés? ¿Necesitas que me ajuste a tus esquemas? Y, si no encajo, ¿qué harás? ¿Me dejarás tirado?*

—*Sólo quiero saber cuántos años tienes, no me parece una pregunta tan rara.*

—*¿Y si te digo que tengo dieciséis?*

Allegra cerró los ojos, sintiendo que la sangre se le retiraba de la cara. No habría sabido decir si la sensación de vértigo que se apoderó de su estómago la había causado el movimiento de las cabinas colgantes o la información.

—*¡Legs! —Koldo le sopló la cara—. Legs, mírame. Abre los ojos, por favor. —Cuando ella lo hizo, siguió hablando—: Veintidós. Tengo veintidós años.*

Miró el teléfono y los dedos le cosquillearon por las ganas de llamarlo, pero resistió la tentación. Necesitaba verlo, así que entró en YouTube y buscó a Koldo Baquedano, leyenda viva del *skate*.

Uno tras otro, devoró los vídeos de su primera época, en los que se lo veía ganar competiciones. Su expresión al recoger los premios era decidida, seria, como la de un soldado que estuviera en una misión. Apenas sonreía; no tenía el aspecto de alguien que acabara de ganar un premio.

Luego hizo un repaso de sus principales descensos. Las grabaciones eran cada vez de más calidad; se notaba la inversión de los patrocinadores. Eran vídeos

espectaculares, grabados con varias cámaras; incluso desde el aire, en los que se lo veía descendiendo de manera vertiginosa carreteras en Sierra Madre, en los Alpes o en Tenerife.

Así pasó al menos una hora más. Cuando YouTube le propuso ver un fragmento de un programa de cotilleo de México, país donde el *skater* era un auténtico ídolo de las adolescentes, se resistió heroicamente unos tres segundos. Sabía que las imágenes le iban a doler, pero fue incapaz de apartar la mirada mientras Koldo —el que durante unas horas fue *su* Koldo y la hizo sentir la mujer más especial del mundo— entraba en la ceremonia de los Teen Choice Awards junto a una chica guapísima a la que no reconoció y que la hizo sentir vieja y mil veces patética. La presentadora mexicana siguió comentando con su voz cantarina el entusiasmo que había despertado la presencia del *skater* tras su retirada de los circuitos durante varios meses.

—Los rumores sobre la mala salud del deportista y empresario parecen haberse acallado por el momento, aunque hay quien dice que su presencia en los premios no es más que una manera de despistar a los periodistas...

A Allegra le dio un vuelco el corazón.

«¿Mala salud? ¿Qué le pasa? ¡Explicáte, pinche presentadora, no me dejes así!»

—Tras la ceremonia, fueron muchos los famosos que se acercaron al callado y taciturno *skater* con fama de ermitaño para sacarse fotos con él. En las imágenes pueden verlo junto a Selena Gómez, que se arrimó al guapo rey de la patineta. ¡Ah, qué afortunada, Selenita! Siempre supo a quién arrimarse. Ahí lo vemos rodeado por Harry Styles y Justin Bieber. Se dice que ambos lo contrataron en su día como profesor particular de *skate*, aunque él nunca confirma ni desmiente nada ante las cámaras.

«¡Joder, Koldo! ¡Menudas amistades!»

—Los dejo, queridos míos, con mi imagen favorita de la gala, ésta de Koldo y Jennifer Lawrence. ¿No es cierto que forman una bonita pareja?

La presentadora suspiró antes de despedir el programa. Allegra se unió al suspiro, que alcanzó una categoría de nueve en la escala de Richter.

Koldo hacía buena pareja con cualquiera, incluso con Jennifer Lawrence, por mucha rabia que le diera aceptarlo. Pero no era su físico lo que la había enamorado, sino su absoluta falta de pretensiones.

Cuando lo conoció, había pensado que era uno de los muchos *skaters* que entrenan cada día en la plaza Universitat. Al volver a encontrárselo en la escalera de su casa, dio por hecho que era uno de sus nuevos vecinos, un grupo de chicos que compartían piso. Cuando se enteró de que no sólo no era su vecino sino que estaba alojado en una *suite* de un lujoso hotel de la ciudad, se le cayeron los prejuicios al suelo.

Koldo no era únicamente un deportista de primer nivel por el que se peleaban las

grandes marcas, sino que, además, tenía varias empresas de monopatines, zapatillas, ropa y complementos que lo habían convertido en uno de los hombres más ricos menores de veinticinco años. Sin embargo, no se diferenciaba en nada del resto de los *skaters* con los que se relacionaba; era la persona menos ostentosa que había conocido en toda su vida.

«Igualito que Darío. Igualito.»

Darío y Koldo eran como la noche y el día. El tenor había tardado dos meses en atreverse a llevarla al Liceu. Todo en él era apariencia, fachada; era como si viviera permanentemente sobre un escenario. Y ya no sólo porque vistiera como si fuera uno de los abonados de platea cuando en realidad tenía abono en la quinta planta; eso era lo de menos, Allegra podía entenderlo. Lo que le costaba más aceptar era verlo en acción en los espectáculos de aficionados. Como el mismo Darío le había contado, el camino hacia el olimpo de la lírica estaba plagado de obstáculos. La competencia era feroz, y los peores enemigos resultaban ser los propios compañeros. Por eso era tan importante dar siempre una imagen de fortaleza, de seguridad. A la que alguien olía el miedo en un tenor, los demás se lanzaban a por él como pirañas, atacando sus agudos o su falta de sensibilidad a la hora de hilar frases para quitarse de encima a un competidor.

Allegra lo entendía, las cosas eran así en todos los ámbitos; desde luego, así eran también entre las *boy bands* como la que ella representaba. Los Sauryn y los Hurryr luchaban por el mismo público. Martina Martinelli —la representante de los segundos— la había hecho sudar para no perder los bolos en fiestas mayores y la participación en festivales. Cada vez que conseguía un nuevo contacto, allí estaba ella, ofreciéndole al ayuntamiento o al promotor musical de turno un trato mucho más... íntimo y personal.

Lo que a Allegra le costaba más entender era esa obsesión que tenía Darío por cambiarla. Entre ellos había química; el sexo era satisfactorio y ella notaba que a su lado él se relajaba. Cuando estaban a solas, se quitaba la careta y mostraba al Darío humano. El tipo sensible, amante del arte y convencido de que podía aportar algo a la lírica, pero cada día más angustiado al ver que los años pasaban y nuevos cantantes, llenos de talento y de entusiasmo, ocupaban los puestos que siempre pensó que serían para él.

Sin embargo, cuando estaban en público se transformaba y Allegra tenía la sensación de que lo avergonzaba cada vez que abría la boca. ¿Por qué, entonces, insistía tanto en que lo acompañara a los conciertos donde actuaban sus amigos? Ella no le había pedido nada; al contrario, trataba de escaquearse con todo tipo de excusas: la regla, una videoconferencia con Los Ángeles, dolor de cabeza... Cualquiera con dos neuronas funcionales se habría dado cuenta de que le ponía

excusas porque no quería ir, ¿no?

Pero si era muy fácil: él iba a sus conciertos de gente muerta; ella iba a sus conciertos de gente viva, luego se encontraban, follaban y tan contentos. ¿Por qué se complicaba tanto la vida? Le había entrado la manía de pulirla, de convertirla en un diamante en bruto como la protagonista de la película *My Fair Lady*, que le había hecho ver ya tres veces. No se daba cuenta de que la estaba insultando. Ella ya era un diamante tal como era; si no iba a la ópera era porque no le interesaba. Volvió a acariciar la estrella bordada con hilo dorado en la cazadora. A distancia, sin verla, sin saber nada de ella, Koldo le había hecho el regalo perfecto. Con su nombre escrito en una de las estrellas del paseo de la Fama le estaba diciendo que para él era perfecta, que no le cambiaría ni un pelo. Y eso era algo que su ego castigado por la falta de sensibilidad de Darío agradecía mucho.

YouTube le sugirió más vídeos. Uno de ellos era un *cover* de Ed Sheeran del tema *Wish You Were Here*,^[1] de Pink Floyd. Aunque sabía que no era una gran idea, no pudo resistirse a reproducirlo. Cuando oyó al cantante decir que eran dos almas perdidas nadando en una pecera, se le formó un nudo en el estómago. Así se sentía; como si Koldo nadara en una pecera y ella en otra. Podía verlo en vídeos, en la tele, en Instagram, pero no podría romper el cristal que los separaba.

—¡Ojalá, ojalá estuvieras aquí! —se lamentó melancólica, cantando a todo pulmón. Una vez que abrió la boca, ya no pudo parar y se echó a llorar con desesperación, gritando y sacando de dentro el dolor y la angustia que la ausencia de Koldo le provocaban.

«Me ahogo sin ti, Legs», le había escrito. ¡Cómo lo entendía! Ella sentía lo mismo. Como si la desesperación hubiera hecho sacudir la pecera de lado a lado hasta caer de la mesa. Sentía que su mundo se había hecho añicos contra el suelo y, como un pez, boqueaba en el suelo, sabiendo que no había nadie cerca que pudiera rescatarla. La Allegra feliz, despreocupada y libre se había convertido en una sombra de sí misma.

«¿Allegra? —se burló de sí misma entre sollozos—. Como diría Darío, me he convertido en Allegra *ma non troppo*.»

Alargó la mano hacia el teléfono como si de un salvavidas se tratara.

Los Ángeles

—¡Koldo! ¿Koldo? El teléfono —lo avisó Gale—. ¿No contestas?

—No —respondió él, saliendo de la piscina cubierta y climatizada y sacudiéndose el pelo como si fuera un cachorro, lo que siempre hacía reír a Wendy y a Ethan—. Será otro periodista que quiere que le confirme lo mío con Jennifer Lawrence.

Todos se echaron a reír.

—Jo, cómo mola Jennifer, ¡es mi actriz favorita! ¿Por qué no la invitas a venir? —le pidió Wendy—. Quiero que me enseñe a disparar el arco como en *Los juegos del hambre*.

—Eso, eso —dijo Luan—, invítala a venir. Ella que ponga el arco; Matt y yo pondremos las flechas.

Koldo, que pasaba por su lado, le pegó un empujón y lo tiró al agua.

—Anda, refréscate un poco, saco de hormonas.

Se sentó en la tumbona, entre Gale y Wendy, y se secó con la toalla.

—Anda, llama a Jennifer —insistió Wendy.

—No, no voy a llamarla. Me contó que tenía un montón de actos solidarios este mes y, lo mejor de todo, dijo que estaría encantada de venir de visita a las casas de la Fundación Niños Perdidos cuando queramos.

—¡Ualaaa, qué pasada! ¿Podré ir?

—No lo sé. A ver, Gale, ¿cómo lleva Wendy las mates?

—Cuando se pone a hacerlas, muy bien, pero el señor Dupont me ha dicho que tiene que ir a buscarla a la habitación casi todos los días porque se olvida de ir a clase.

Aunque estaban escolarizados en Los Ángeles, los niños tenían un profesor particular para que no se quedaran atrás en los estudios cuando acompañaban al *skater* en algún viaje largo.

Koldo la miró y alzó una ceja.

—¿Señorita?

—¡Haré los deberes! ¡Lo prometo! ¡Mira, me voy a hacerlos ya! —La niña salió corriendo.

—Wendy —la detuvo Koldo.

—¿Sí?

—Ponte las chancletas; te vas a matar.

La niña volvió refunfuñando y, mientras se ponía las chanclas, Gale le echó por encima un albornoz para que no se resfriara.

—Id con ella —dijo Koldo a los demás—. Si acabáis pronto los deberes, iremos al cine.

Entre protestas, los chicos y las chicas fueron saliendo del agua y desfilando hacia sus habitaciones.

Cuando los últimos se marcharon de la piscina, Gale se levantó para asegurarse de que ninguno se desmandara. Koldo la agarró por el antebrazo. Se echó hacia atrás en la tumbona y le buscó la mirada.

—¿Cómo estás tú, Gale? ¿Algún avance?

La chica estaba a punto de cumplir los dieciocho años y, aunque no lo aparentaba, estaba preocupada por su futuro. O por su pasado; en su caso era lo mismo, porque sabía que no podría seguir adelante sin averiguar qué había llevado a su madre a abandonarla en un orfanato de Islandia. Koldo le repetía cada día que aquélla era su casa y que juntos formaban una familia; que no tenía que marcharse nunca si no quería, pero entendía la necesidad de su casi hermana por conocer sus orígenes.

—El detective dice que una de las antiguas trabajadoras del orfanato podría saber algo, pero que no quiere hablar con él. Dice que sólo hablará conmigo directamente.

—¿Crees que puede querer más dinero? Ya sabes que sólo tienes que pedirlo.

Gale se inclinó sobre él y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

—Lo sé, King, eres el mejor hermano que se pueda tener. No, el detective no cree que sea un tema de pasta. Había pensado ir a Islandia en enero, si te parece bien.

—Claro. ¿Quieres que te acompañe?

Ella negó con la cabeza.

—Tú cuídate y descansa. Ya sabes lo que te dijeron los médicos.

Cuando la preciosa rubia salió del recinto de la piscina cubierta, Koldo cerró los ojos y tardó aproximadamente dos segundos en pensar en Allegra.

Se preguntó si habría recibido el regalo; si le habría gustado la cazadora, si habría leído la carta o si le habría tirado la caja al mensajero por la cabeza sin abrir.

Sonrió. Su leona era capaz de eso y de más.

Un aviso del móvil le hizo volver la cabeza hacia la mesita baja que había entre dos tumbonas.

Tomó el teléfono, trazó con el dedo el código de seguridad para desbloquearlo y abrió unos ojos como platos al darse cuenta de que tenía una llamada perdida de la dueña de sus fantasías.

Como en cámara rápida, Koldo revivió lo que había sucedido desde que la había

dejado dormida en la *suite* del hotel Vela.

Ya en el avión que el patrocinador había puesto a su disposición, inició los trámites para adelantar las fechas de todos los compromisos que había adquirido hasta el mes de marzo. Aunque no entendía cómo había podido pasar, sabía que se había enamorado de Allegra. Era como si la hubieran fabricado a medida para él; como si sus redondeces encajaran perfectamente con sus aristas. Y no estaba hablando de sexo..., o no sólo de sexo. Era algo más profundo.

Allegra era transparente y cristalina, como el agua de las cascadas... No, como la luz que se filtra a través del agua de las cascadas. Allegra era el juego, la energía, las ganas de vivir. Cuando aún no había pasado ni veinticuatro horas separado de ella, empezó a echarla de menos. Era una sensación que había aprendido a obviar desde pequeño porque era demasiado desgarradora; por eso nunca pasaban mucho tiempo en el mismo sitio, para no engancharse a nadie.

Pero con Allegra estuvo perdido desde el primer momento. Su alma reconoció a su otra mitad desde que la vio tomar posesión de su *skate* plantándole el pie encima con la seguridad de una reina. Y cuando la besó... supo lo que sentía un azucarillo al disolverse en el agua. Ya no era la misma persona que hacía un instante; su alma se había fundido con la de Allegra y no había vuelta atrás. Aunque no volviera a verla en toda su vida, nunca volvería a ser el mismo.

Por eso movió cielo y tierra para acelerar los rodajes y las exhibiciones. Lo que tenía que haber hecho en cinco meses lo hizo en uno y medio. Quería quedar libre de compromisos antes de Navidad para sorprenderla. Estaba seguro de que, cuando se lo explicara, ella lo entendería. Durante seis semanas, entrenó, dio cursos, rodó anuncios y documentales y, cuando estaba a punto de quedar libre para volver junto a ella..., la salud le pasó factura.

Cuando ya casi se había olvidado de la enfermedad que había estado a punto de acabar con él en su adolescencia, ésta volvió con saña. Maldita leucemia, bendita leucemia. La había odiado durante mucho tiempo. Odiaba que irrumpiera en su vida en cualquier momento, apartándolo de los entrenamientos y de las competiciones; odiaba que le arrebatara a los amigos que hacía en las salas de quimioterapia y las habitaciones de los hospitales. Pero un día, uno de esos amigos le había abierto los ojos. Lo invitó a mirar por la ventana. La gente iba de un lado a otro apresurada, hablando por teléfono, ocupada en mil cosas imprescindibles, de esas que teóricamente no podían esperar, y de las que se habrían olvidado al cabo de una semana para volver a estar ocupados por algo igualmente urgente y banal. Gracias a la enfermedad, Koldo se apartó del mundo y se percató de que cada hora en la Tierra era un regalo.

Y, también gracias a la enfermedad, se dio cuenta de lo que realmente le

importaba. Quería dejar su huella en el mundo, pero no a través de los éxitos deportivos, ni de la fama ni de la riqueza. Los triunfos y el dinero eran importantes, pero sólo porque gracias a ellos la Fundación Niños Perdidos podía construir más centros de acogida en todo el mundo, más hospitales, más pisos tutelados para madres solteras adolescentes. La fundación tenía centros situados en cualquier rincón del planeta que llevaban el nombre de su madre, el de su padre, el de su abuela Eulari... Porque, aunque la leucemia se presentó cuando estaba ya en el centro de menores y su abuela nunca fue a visitarlo, gracias a la enfermedad —y a las visitas de Santi, el trabajador social—, aprendió a perdonarlos a los tres y a agradecer el poco tiempo que había pasado con ellos. Podía morir en cualquier momento; la vida era demasiado corta para pasar por ella cargando rencores. Si quería volar alto, tenía que soltar todos esos lastres inútiles, y eso fue lo que hizo.

Tras tres meses de tratamiento, pidió el alta voluntaria para reunirse con Allegra en marzo, tal como le había prometido. La agencia de investigadores que contrataba regularmente para que lo ayudara a localizar a las familias de sus Niños Perdidos lo informó de que la señora León iba a asistir en breve al Festival Estéreo Picnic en Brasil. A su representante no le costó nada conseguir que los invitaran a un evento paralelo. Lo que ni los investigadores, ni el representante, ni su fuerza de voluntad pudieron conseguir fue que Allegra lo dejara acercarse lo suficiente como para poder darle explicaciones. Él la había herido y ella huyó de él como una gata escaldada.

Ver la misma desconfianza en su mirada que había visto años atrás en los ojos de su abuela Eulari lo destrozó. Aun así, siguió insistiendo. Pero ella no respondió a sus llamadas ni a sus mensajes de WhatsApp, y cuando lo hizo fue para decirle que estaba con dos hombres, porque las mujeres como ella tenían hombres de dos en dos, y no niños como él. Y, aunque sabía que detrás de esas palabras se escondían el alcohol y el dolor, ya que si no hubiera sentido nada por él no habría reaccionado de esa manera, Koldo había dejado de llamarla.

Pero que no la llamara no significaba que la hubiera olvidado. Al día siguiente, había vuelto al mismo recinto del festival y no había parado hasta encontrar al gigante rubio que la había sacado de allí. Habló con él —Vin, un buen amigo de Allegra— y lo convenció para que le diera su teléfono. Le confesó que quería saber que Legs estaba bien. Le pidió que lo avisara en caso de que ella necesitara algo, lo que fuera, y le pidió poder llamarlo de vez en cuando para estar al corriente de su vida. Gracias a eso, Koldo sabía que su Legs había empezado a verse con un tenor.

Aunque al enterarse sintió que le arrancaban el corazón del pecho y se lo pisoteaban, ella parecía feliz, y con eso le bastaba de momento. Incluso había empezado a mover hilos para que el tenor de Allegra —Darío, se llamaba, Darío Encinas, el cabrón que tocaba a su Legs— recibiera ofertas de trabajo porque, por lo

que le había contado su investigador privado, no estaba teniendo mucha suerte. Sí, había hecho investigar al amante de Legs. No se sentía orgulloso de ello, pero se había dicho que era por protegerla. ¿Y si estaba saliendo con un asesino a sueldo? No lo podía consentir.

Había tratado de olvidarla. Las noches eran largas y, aunque la casa siempre estuviera llena de gente, su cama se había quedado vacía desde que ella ya no estaba. Había tratado de acostarse con varias chicas que se lo habían puesto muy fácil, pero no había sido capaz. Se disculpó con ellas, achacando su incapacidad a la enfermedad y al tratamiento, pero sabía que, si en vez de chicas sin rostro hubiera tenido en la cama a Allegra, las cosas habrían sido muy distintas.

Dejó de acariciar la foto del perfil de WhatsApp y le dio un golpecito con el dedo para leer el mensaje que llevaba meses esperando recibir.

Barcelona

—¿Nico?

—¿Humm?

—¿Vienes a la cama? —preguntó Marta con su voz más seductora—. Llevo un rato esperándote.

—Enseguida, cariño.

Ella se lo quedó mirando, disfrutando de su perfil mientras él delineaba inclinado sobre la mesa de trabajo que habían instalado en un rincón del comedor. Al ver que pasaba el tiempo y seguía absorto en lo que fuera que estuviera haciendo, se acercó. Se había puesto sexy para él, pero estaban en diciembre y no tenía muy claro si sus pezones estaban erectos por la excitación constante en la que vivía desde que se había quedado embarazada o por el frío.

Asomada sobre su hombro, vio que estaba dibujando una habitación.

—¿Qué es eso?

Nico se volvió hacia ella y, al ver el camisón de raso que se había puesto, sonrió, le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia él.

—Estoy haciendo modificaciones en la casa para cuando llegue el pequeño William Wallace. —Acercando los labios a la tripita de Marta, preguntó—: ¿Qué me dices, Guille? ¿Te diseño una cama en forma de barco vikingo? ¿O mejor unas literas triples para que puedas dormir con tus hermanos? ¿No dices nada, ni una patadita?

Marta sonrió.

—Aún es pronto para pataditas, pero lo de las literas triples no lo veo. Arturo no ve el momento de poder tener una habitación para él solo. Creo que lo mejor será que Guille o Florence...

—¿Florence?, ¿estás segura?

Marta se encogió de hombros.

—Tenemos tiempo de decidir. Será mejor que el bebé duerma con nosotros los primeros meses. Benito ha dicho que le encantará dormir con su hermanito. Y que quiere dormir en la litera de arriba, porque ya no será el pequeño.

Nico sonrió.

—Pues literas serán. Mira. —Rebuscó entre las páginas que tenía sobre la mesa de dibujo—. He hecho varios diseños.

—¡Caramba! ¡Qué preciosidad, Nico! —exclamó ella al ver una gran estructura que no cabía en las habitaciones del ático donde estaban viviendo temporalmente—. ¡Es el camión de bomberos de *La patrulla canina*! A Beni le va a encantar. Pero ¿no es demasiado grande?

—Es lo bueno de poder construir una casa a medida. Los techos son altos; cabe perfectamente.

Nico hizo girar su silla de despacho con ruedas y tiró de Marta para que se sentara sobre su regazo.

—¿Estás seguro de que nos lo podemos permitir? —insistió ella preocupada.

—Si todo sigue como hasta ahora, sí. Las casas se están vendiendo a buen ritmo. Ya hemos reservado *stand* en la Feria Ecobuild de Londres, en marzo del año que viene. Estoy seguro de que allí acabaremos de vender todas las casas disponibles. Una urbanización totalmente sostenible, en plena comarca de la Selva, a pocos kilómetros de la Costa Brava..., nos las quitarán de las manos. —Nico le guiñó el ojo y le acarició la mejilla antes de seguir descendiendo por su cuello y de frotarle el pezón con el pulgar por encima del raso del camisón.

Marta se estremeció.

—¿Tienes frío, Tarta? —le preguntó, metiéndose el pecho en la boca por encima de la tela y succionando con fuerza.

Ella echó la cabeza hacia atrás y ahogó un gemido.

—No. Tengo calor..., mucho calor.

—¿Aviso al coche de bomberos? —bromeó mirando de reojo hacia el dibujo de las literas.

—No hay tiempo para esperar a los bomberos. Este fuego lo has encendido tú y tendrás que apagarlo personalmente.

Nico soltó el lápiz sobre la mesa, la tomó en brazos y se dirigió a la habitación que compartían.

—Leí por algún lado que para ser bombero tienes que tener el corazón de un león y la valentía de un guerrero —comentó mientras avanzaba a grandes zancadas.

—Ay.

—¿Te he hecho daño? —Aflojó el ritmo y la miró preocupado.

Ella negó con la cabeza y se llevó la mano al vientre.

—No, es por lo que has dicho. ¿El corazón de un león? ¿La valentía de un guerrero? Me da que este peque nos va a salir bombero.

Nico se echó a reír y la dejó sobre la cama. Marta se acomodó y levantó los brazos disfrutando de las vistas mientras él se quitaba la camiseta de manga larga por encima de la cabeza con un gesto rápido y seguro.

—Pues ya llegará su momento. —Cubierto sólo con el bóxer ajustado, el

arquitecto con corazón de guerrero subió a la cama y avanzó hacia ella a cuatro patas, con unos movimientos tan felinos que Marta empezó a ronronear—. Esta noche, de tu fuego me ocupo yo.

Los Ángeles

—¡Joder! —exclamó Koldo al leer el mensaje de Allegra, que decía:

Legs: Tengo la cazadora. Me ha encantado, pero no me la merezco; te he tratado como el culo.

No se entretuvo en teclear una respuesta, sino que la llamó directamente, con el corazón desbocado. Lo que no sabía era que, en el tiempo que había tardado en leer el mensaje, Allegra se había quedado dormida llorando.

* * *

Barcelona

Tras la representación de *Werther*, Darío había acompañado a unos conocidos a tomar algo al café de la Ópera, de donde había salido una propuesta que parecía interesante. Dos representaciones de *La bohème* en Tarragona. Habían bebido bastante para celebrarlo y, mientras volvía a su casa, pensó que le apetecía acabar las celebraciones entre las piernas de Allegra.

Tenía llaves de su casa, de un día en que ella le había pedido que esperara a que le llevaran un colchón viscolástico que había visto de oferta y del que se había enamorado; unas llaves que nunca le había devuelto.

No llamó al timbre. Hacía varias horas que Allegra había salido corriendo del Liceu, y Darío imaginó que estaría durmiendo. Su erección creció y se endureció ante la idea de meterse en su cama y excitarla mientras dormía. Al entrar en el pequeño salón comedor, la vio durmiendo en el sofá, abrazada a la chaqueta de cuero negra que había llevado a la ópera. Bien, le gustaba empezar los preliminares en el sofá.

En ese momento, el teléfono de ella empezó a sonar.

—¡Mierda!

Darío cogió el teléfono y respondió antes de que la inoportuna llamada la despertara. Ya se había hecho a la idea de sorprenderla y no tenía ganas de pensar una nueva estrategia. Quería desahogarse, pero esa noche no tenía ganas de escucharla. Ya había dicho bastantes tonterías en el Liceu.

—¿Quién llama a estas horas? —dijo molesto, metiéndose en la cocina para no despertar a Allegra.

—Eh..., creo que me he equivocado —respondió Koldo confundido—. Quería hablar con Legs..., con Allegra León.

—Allegra está durmiendo. Son las tres de la madrugada; no son horas de andar llamando a la gente.

—Eh, lo siento. Acabo de recibir un...

—Me da igual lo que acabes de recibir. No queremos cambiar de compañía telefónica ni nos interesa renovar el seguro del hogar.

—Yo...

—Ni yo ni ya. Deja de llamar a la gente que tiene una vida. Búscate una.

* * *

Los Ángeles

Cuando Darío finalizó la llamada, Koldo se quedó mirando el aparato.

«¿Ése es el tenor de Allegra? Pues menudo capullo, el tío. ¡Será desgraciado!»

Koldo volvió a llamar inmediatamente para exigirle que fuera Allegra la que le dijera a la cara que no quería hablar con él, pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura en ese momento.

«Disfrútala mientras puedas, gilipollas. Esto no acaba aquí. Si Allegra no quiere saber nada de mí, va a tener que decírmelo mirándome a la cara. Y si puedo estar tumbado sobre ella mientras lo hace, mejor que mejor. Pero antes, me ocuparé de ti.»

* * *

—Frank, te necesito.

—Hombre, Koldo, contigo quería hablar —replicó el representante del *skater*—. Han llamado de...

—Luego; te prometo que luego escucho todas tus propuestas, pero necesito que me hagas un favor.

—Vaya, creo que es la primera vez que te oigo decir eso. Claro; si está en mi mano, cuenta con ello.

—¿Tienes contactos en Australia?

* * *

Barcelona

Dos días más tarde, Allegra recibió una llamada de Darío.

—¡Allegretta! *Comme vae, bella?*

Legs se estremeció a su pesar. Aunque las cosas con el tenor no iban bien y sabía que su historia tenía fecha de caducidad, seguía volviéndose gelatina de leona cada vez que él le hablaba en italiano.

—Normal, todo bien.

—¿Normal? Puf, qué mediocridad, Allegra. Si lo máximo a lo que puedes aspirar es a sentirte *normal*, replantéate tu vida, querida.

Legs se quedó mirando el teléfono un instante. Estaba a punto de mandarlo a hacer gárgaras, y no precisamente para que se aclarara la garganta, cuando él siguió hablando:

—Ven a buscarme al restaurante; acabo el turno a las doce. Tengo una noticia maravillosa. Te invito a tomar una copa para celebrarlo.

Se lo oía tan entusiasmado que Allegra no tuvo estómago para rechazar su invitación. Últimamente le pasaba mucho. Tenía la sensación de haber perdido las riendas de su vida; de dejarse arrastrar por cualquiera que tuviera más energía o más voluntad que ella.

—Ahí estaré.

* * *

Poco después estaban sentados a su mesa de siempre de El Velódromo frente a dos vermut. Darío estaba *on fire*.

—¡Por Australia y por su exquisito gusto musical! —propuso un brindis.

Allegra brindó a la salud del país situado en sus antípodas y pensó en los cantantes australianos que conocía: Kylie Minogue, Jason Donovan, los Bee Gees, Sia... Le gustaban todos, pero entre las palabras que habría usado para definirlos no se encontraba «exquisito».

—¡Por Australia!

El tenor dejó el vaso en la mesa, se volvió hacia Allegra y la besó en los labios. Fue un beso tan apabullante que Legs sintió que la arrollaba una apisonadora, pero no prendió ninguna chispa en su interior.

—¿Qué te pasa, Darío? Estás rarísimo.

—Acostúmbrate, éste es el nuevo Darío, el triunfal. Mis días como camarero cutre han terminado. Acabo de mandar a la mierda al gerente.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Te ha salido un trabajo mejor?

Él chasqueó la lengua despectivo.

—¡Trabajo! ¿Quién quiere un trabajo cuando tiene un don? Era cuestión de tiempo que el mundo reconociera mi valía. ¡Sabía que este día iba a llegar!

Allegra alzó una ceja pensando en todas las veces que había tenido que animarlo a presentarse al concurso de jóvenes talentos que se celebraba en el Liceu porque estaba a punto de tirar la toalla. Cada vez que empezaba a ensayar, le entraban todos los males. Recordó alguno de esos momentos:

—Mañana tengo concierto y me empieza a doler la garganta.

—Siempre te pasa cuando tienes concierto. No tienes nada; todo está en tu cabeza. Be water, my friend.

—Mierda, me estoy convirtiendo en un tenor.

—Ya eres un tenor.

—Digo en uno de verdad.

—Bueno, pues no vayas por ahí con el culo al aire antes de un concierto.

Él había vuelto a la cama y se había tumbado sobre ella, deslizando una pierna musculosa entre las suyas.

—Me estás diciendo que canto con el culo. —Le hizo cosquillas, provocándole un arpegio de risas—. Mi culo está estupendamente al aire. Lo que tengo que taparme es la garganta.

—Pues vas a estar digno de ver. En bolas y con buff.

—¿Buff? ¿Qué demonios es eso? A mí no me pongas moderneces en el cuello. Yo si me pongo algo, que sea un fular.

—¿Un fular? ¿Piensas follar con fular? Pues conmigo no cuentes. Si te metes en mi cama con fular, el follar se va a acabar...

Los recuerdos la hicieron sonreír, pero al darse cuenta de que él estaba absorto mirando el móvil, frunció el ceño.

—¿Me lo vas a contar de una vez o voy a tener que arrancarte las palabras una a una?

Él le dirigió una mirada entre altiva y viciosa.

—Si quieres ponerte debajo de la mesa y rogarme un poco, adelante. Voy a tener que ir acostumbándome a que me rueguen un bis.

Allegra se hartó.

—¡A ver, Darío! Me has hecho venir a buscarte para celebrar algo. Si no me dices de qué se trata, me largo y sigues celebrándolo tú solito. Al fin y al cabo, eres tu compañía favorita; no me necesitas para nada.

Se levantó para marcharse, pero él lo impidió agarrándola del brazo y tirando de ella.

—¡Me han llamado de la Ópera de Sídney! ¡Me ofrecen un contrato de dos años como integrante fijo de la compañía! —le anunció al fin exultante—. ¡Australia, *ritorno vincitor!*

—¡Caramba! Pero, pero... ¡eso es genial! Y ¿no tienes que hacer pruebas, ni castings ni nada?

—¡Nada! Me adoran, Allegra. Los australianos sí que saben. Son una civilización avanzada, muy superior a las demás.

—Ajá. Y ¿has aceptado?

—Claro. Si vuelvo a ver un espagueti en mi vida, ¡me ahorco con él!

Allegra permaneció mirándolo en silencio. Aunque en ningún momento habían bautizado lo suyo ni habían puesto ninguna cláusula de exclusividad, tras tres meses pasando juntos casi todos los fines de semana, había dado por hecho que tenían algún tipo de relación, pero él estaba más pendiente del teléfono que de ella.

—Perdona —se disculpó al darse cuenta al fin de que ella lo estaba mirando—. Es que he colgado la noticia en las redes y no paran de llegarme felicitaciones. ¡Qué falsos son! Seguro que están todos muertos de envidia.

Allegra ladeó la cabeza.

—¿Lo has colgado en las redes antes de hablar conmigo? ¿Y si lo hubiera visto?

Él frunció el ceño.

—Habrías puesto un «me gusta», ¿no?

Ella sacudió la cabeza y resopló. El mundo de las relaciones de pareja en el siglo XXI era realmente estresante y agotador. ¿Cómo se suponía que tenía que reaccionar ahora? No sentía que se le estuviera desgarrando el corazón como cuando Koldo desapareció. Tampoco estaba celosa por las posibles nuevas relaciones del tenor en su nuevo destino. Simplemente se sentía... ignorada. Y un poco dolida. Tenía la sensación de ser del todo reemplazable. Eso era lo que más echaba de menos: sentir que para alguien no era una más; que era alguien especial, la número uno.

Al verle la cara, Darío frunció el ceño.

—Eh, no te habrás enganchado de mí, ¿no? —le preguntó con una expresión tan horrorizada que Legs no pudo evitar echarse a reír. La risa desencalló un tapón que empezaba a obstruirle el corazón. Una vez que empezó, no pudo parar; rio y rio hasta que le dolió el estómago y le faltó el aire—. Vale, vale. Tampoco es tan gracioso, ¿eh? —le reprochó Darío—. ¿No me vas a echar de menos ni un poquito?

Allegra se acercó a él y le dio un beso en los labios.

—Mucha suerte en tu nueva etapa, Darío. Me alegro mucho por ti. —Él alzó la ceja, esperando algo más—. Y, sí, voy a echar de menos; exactamente lo mismo que

tú me vas a echar de menos a mí.

Él le dirigió una sonrisa ladeada.

—Me ha gustado conocerte, Allegra. Reconozco que no he podido domarte; sigues siendo la misma fierecilla que cuando te conocí. He fracasado en este reto.

—¿Sólo he sido eso para ti?, ¿un reto?

Él se encogió de hombros y le miró el escote.

—No, mujer. También tienes unas buenas tetas.

—¿Ni siquiera en este momento puedes mirarme a los ojos y hablar con seriedad?

—Si Dios hubiera querido que miráramos a las mujeres a los ojos, los habría hecho más grandes que sus tetas.

Allegra le dio un puñetazo en el bíceps y resopló.

—Mucha lírica y mucha mandanga, pero en el fondo eres un gañán, tenor.

—Lo tengo todo, soy muy completo, un auténtico hombre del Renacimiento.

—No sé si desearte buena suerte a ti o deseársela a las australianas. No saben lo que se les viene encima.

—No, pero pronto lo sabrán; pienso darles lo mejor de mí.

Allegra puso los ojos en blanco.

—No lo dudo.

Cuando quedó con su hermana Marta para ir de compras de Navidad, Allegra se dio cuenta de que había estado buscando en el lugar equivocado. Todo era mucho más sencillo de lo que parecía. Si quería ser especial para alguien, únicamente tenía que volver con quienes siempre la aceptaban tal como era. Sólo había un lugar en el mundo donde nadie la reemplazaría nunca: su familia. No era un sitio físico. Daba igual que se reunieran en casa de Marta, en la suya o en una terraza de la Rambla de Catalunya. Su hermana y Matilde, junto con su padre y sus sobrinos, eran su auténtico hogar.

Mientras se dirigía a la fuente de Canaletes, lugar donde había quedado con su hermana para ir de compras por la avenida Portal de l'Àngel, la calle Portaferriça y algunas otras de sus vías favoritas del centro de Barcelona, iba pensando en lo mucho que los quería.

Le había dolido perderse el viaje a Grecia que habían hecho todos juntos el año anterior para hacer realidad el sueño de Sofía, la canguro de su hermana, pero había usado la excusa del trabajo para no enturbiar la felicidad de los demás con la pena negra en que se había sumido tras la marcha de Koldo.

Pensar en canguros le recordó a Darío y a su inminente viaje a Australia. Todo había sido muy precipitado e inesperado, pero, una vez pasada la sorpresa, se dio cuenta de que se había quitado un peso de encima. Iba por la calle escuchando la nueva lista de éxitos indies de alexrainbirdMusic con paso alegre y decidido. No se había dado cuenta —o, mejor dicho, no había querido darse cuenta— de lo incómoda que se sentía cada vez que ponía su música favorita en su propia casa y Darío la miraba con cara de asco. Vale, tal vez no fuera una música excelsa; tal vez nadie la escucharía dentro de doscientos años, pero esas canciones la hacían sentirse bien. Las letras de Malú, Manuel Carrasco, Pablo Alborán o Silvia Pérez Cruz le llegaban al corazón. La música de Txarango, Bruno Mars o Taylor Swift la hacían bailar por casa y saltar por la calle. Le daba energía, ganas de vivir, ¿qué más se le puede pedir a una canción?

Al ver que Marta ya la esperaba al pie de la fuente donde los aficionados al Fútbol Club Barcelona celebran sus triunfos deportivos, la saludó con la mano antes de quitarse los cascos de la cabeza y guardarlos en el bolso.

—Hola, *sister*, ¿cómo va?

—Bien, pero me estoy muriendo de hambre.

Allegra alzó una ceja.

—Ah, como no hemos dicho nada de almorzar juntas, he desayunado en casa.

—¡Y yo! —admitió Marta—. Pero vuelvo a estar desmayada. ¿Nos tomamos un chocolate con churros en la calle Petritxol?

Allegra la miró con los ojos brillantes.

—¡No!

Su hermana bajó la vista.

—Yo esto ya lo he vivido antes. ¿Tienes algo que contarme, hermanita?

Marta la miró con una mezcla de ilusión y de miedo.

—¿Algo como que mi vida se descontroló hace un año y que nunca había sido tan feliz?

Legs la abrazó con fuerza.

—Todo saldrá bien, hermanita, ya lo verás —susurró antes de tomarla del brazo y empezar a descender por Les Rambles—. Vamos a por ese chocolate. Vamos a brindar por el descontrol y la felicidad. ¡Y por mi nuevo sobrino!

* * *

Una hora más tarde, con el estómago lleno y el corazón rebosante, las dos hermanas recorrían las céntricas calles en busca de los regalos perfectos. Al pasar por la calle Cardenal Casañas, vieron una tienda donde sólo vendían baberos, preciosos baberos bordados con infinidad de nombres de niño y de niña.

—Ay, ¿puedo comprarle ya el primer regalo a mi nuevo sobrinito? —preguntó Allegra con la nariz pegada al escaparate.

Marta sonrió.

—Aún no sabemos si es niño o niña. Pero creo que voy a entrar a comprar uno para ti. ¡Estás babeando, Legs!

—¡Es que tú no sabes la ilusión que hace tener un sobrino!

Marta hizo una mueca.

—Pues no, pero algún día lo sabré y me encantará comprobarlo.

Allegra suspiró.

—No lo sé, *sis*. Cada vez lo tengo menos claro; creo que la maternidad no es para mí.

—Si dices eso porque no te lo pide el cuerpo, me parece muy bien, pero si es por falta de pareja, no necesitas a un hombre para ser madre. Ya sabes que yo te apoyaré en todo lo que decidas.

Legs la abrazó por la cintura.

—Lo sé. Tengo mucha suerte con mi familia. Con los hombres... ya es otra

historia.

—Eso pensaba yo hace un año, y ya ves. Todo cambia de un día para otro.

Las hermanas entraron en las Galerías Maldà.

—¡Mira! —exclamó Marta—. ¡Qué bonito es ese tablero de ajedrez! ¿Te gusta para papá?

—Humm, a mí me gusta, pero ¿le gustará a él?

—Sí, mamá me contó que se había aficionado a jugar al ajedrez con uno de sus amigos del bar.

—¿Cómo está la parejita? ¿Siguen de luna de miel?

Marta puso los ojos en blanco.

—Al menos, en mi casa se han calmado un poco, pero por el colorcillo de las mejillas de mamá, creo que siguen de lo más fogoso cuando se quedan solos en el pueblo.

—Bien, que dure —susurró Allegra—. ¡Oh, mira qué preciosidad de chal! ¿Te gusta para mamá?

—¿Cuál?

—¡Entremos! ¡Quiero tocarlos todos!

Marta la observó entrar en la tienda con cariño. Aunque su hermana ya era una mujer, cuando se entusiasmaba seguía siendo una niña pequeña, a menos, a ojos de Marta; esa niña a la que protegía cuando las olas de la playa eran demasiado grandes. El problema era que no podemos proteger a nuestros seres queridos de la vida. Y vivir es sufrir a ratos. Si no sufriéramos, ¿cómo valoraríamos luego los buenos momentos? Sólo esperaba que esos buenos momentos no tardaran en llegar. Su hermana era un sol, pero últimamente vivía en un eclipse permanente. Merecía volver a brillar para iluminarlos a todos con su luz.

* * *

Dos horas más tarde, las hermanas León se despedían de nuevo al pie de la fuente de Canaletes. Marta insistió en que Legs no dijera nada del embarazo hasta el día de Navidad. Nico y ella querían que la noticia fuera uno de los regalos.

Allegra esperó a que su hermana mayor desapareciera por la escalera que la llevaba al metro para desandar sus pasos. No se había atrevido a comprarlo delante de Marta para no tener que darle explicaciones, pero dos objetos le habían llamado la atención. Bueno, tres. En la primera tienda compró un par de tazas con ilustraciones de Caperucita y el Lobo. Koldo llamaba *Lobo* a su monopatín favorito y —patética que era— Allegra se imaginó bebiendo el café en esa taza y a Koldo tomándoselo a su lado con la otra. El *skater* no le había respondido al mensaje que le había enviado el

otro día. Y eso que lo había visto; tenía doble *check* azul. Aunque al principio se dijo que no insistiría, al ver un anillo formado por dos bandas metálicas y cinco lobos aullando en el interior, no pudo resistir la tentación de comprarlo. Él le había hecho un precioso regalo de Navidad que la hacía sentir más segura. Qué menos que devolverle el detalle.

«Si después de recibirlo no quiere saber nada más de mí, lo dejaré en paz.»

Con las tazas y el anillo acompañando al resto de los regalos que había comprado, volvió a casa escuchando a Rihanna. Se compró una ración de paella antes de subir a casa y la acompañó con una cerveza para darse valor.

Después de comer, se acomodó en el sofá y, con manos temblorosas, escribió un mensaje de WhatsApp debajo del que aún estaba sin responder.

Legs: Koldo, sé que tras un año de ignorar tus mensajes y llamadas no puedo esperar que todo vuelva a ser como antes, pero tu regalo me ha llegado al alma y me gustaría enviarte algo para corresponderte. Es una tontería, no creas, pero, si me das tu dirección, te lo mando hoy mismo para que te llegue antes de Navidad.

Le dio a «Enviar» y esperó, releendo el mensaje varias veces y sudando al pensar que tal vez se lo tomara como el mensaje de alguna de sus fans acosadoras. Cuando vio que él leía el mensaje y al cabo de unos segundos empezaba a escribir, creyó que el corazón se le iba a salir por la boca.

Koldo: Legs, no hace falta que me envíes nada. Hablar contigo es el mejor regalo que podías hacerme.

Allegra soltó el aire que había estado conteniendo y se fundió como una nube de malvavisco al fuego, quedando pegada al sofá. Controlando los dedos con dificultad, replicó:

Legs: Yo también te he echado de menos. Deja que te envíe mi regalo. Lo he comprado para ti.

Koldo: Estoy en L. A. Te va a salir muy caro. Yo te envío un mensajero. Tengo cuenta en UPS. ¿Mañana por la tarde estarás en casa?

Legs: Pues vaya regalo, si pagas tú el mensajero.

Koldo: No protestes, Legs.

Allegra sintió un agradable calorcillo en el corazón, que, tras tantos meses de hibernación, empezó a deshacerse y a provocarle una inequívoca sensación de humedad entre las piernas.

Legs: ¿Acabamos de volver a hablar después de un año y ya me estás dando órdenes, niño?

Koldo: Dios, te he echado de menos.

Ella sonrió mientras una lágrima de felicidad le caía por la mejilla.

Legs: Yo a ti no, skater.

Koldo: Mientes fatal.

Allegra apretó el puño y se mordió los nudillos aguantándose la risa mientras las lágrimas seguían deslizándose por sus mejillas sin necesidad de monopatines. Su hermana tenía razón: las cosas podían cambiar de un momento para otro.

Koldo: Los chicos me llaman, tengo que ocuparme de un asunto. En cuanto reciba tu regalo, te digo algo. Mañana por la tarde no te muevas de casa. Me muero de ganas de saber qué me has comprado.

Legs: Señor, sí, señor.

Koldo: Un beso, Legs.

Legs: Otro para ti, skater.

Allegra se quedó observando la habitación en silencio unos instantes. ¿Era real? ¿Koldo volvía a estar en su vida? ¿Tan fácil era?

«¿Puede saberse por qué has estado todos estos meses castigándote, obligándote a vivir bajo el agua respirando con una pajita, pudiendo vivir en la superficie, respirando aire puro a todo pulmón?», se preguntó la Legs enamorada.

«Te dejó tirada en un hotel. Desapareció de tu vida sin darte una explicación. La dignidad y el respeto por una misma son importantes. Si no nos respetamos nosotras, ¿quién lo hará?», replicó la Allegra León que mantenía el orden en las filas de fans de los Sauryn; la hija de Matilde de León; la mujer orgullosa y segura de sí misma que llevaba un año desdibujándose por culpa de la soledad y la infelicidad, convirtiéndose en una sombra de la que fue.

«¿Le diste la oportunidad de explicarse?»

«No.»

«¿Por qué?»

«Porque se lo habría perdonado todo y quería hacerlo sufrir como él me había hecho sufrir a mí».

«Brillante, Allegra.»

«Vale, he sido una idiota, Legs. ¿Tú no te equivocas nunca? Déjame en paz, que tengo unos regalos que envolver.»

Dejando los monólogos internos para otro momento, puso su emisora de radio favorita y bailó por toda la casa.

Un aviso de mensaje le llenó el corazón de burbujas. Se lanzó al sofá de espaldas y tomó el móvil esperanzada, pero no era Koldo. Tras la decepción inicial, sonrió al ver que se trataba de Vin, su brasileño favorito.

Vin: Hola, gatinha. Como você está?

Legs: Garoto! Genial, muito legal!

Vin: Jajajajaja, me alegro. ¿Qué pasó? ¿Tu tenor ha dado la nota esta noite?

Legs: Ja, mi tenor ha hecho mutis por el foro. Vamos, que se larga... ¡a las antípodas!

Vin: ¿Dónde está eso?, ¿en Filipinas?

Legs: ¡A Australia! ¡Se va a Australia! 😊

Vin: Muy triste no pareces...

Legs: No lo estoy. 😞

Vin: ¿Algún gato nuevo que dé ritmo a esas caderas, garota?

Legs: Jajajaja, no. Ningún gato, pero un lobo ha vuelto a aullar.

Vin: Eh, eso suena muito bem. ¿Quién es? ¿Lo conozco?

Legs: Sí, pero prefiero no hablar aún de ello.

Vin: OK, pero cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde está tu hermano Vin.

Allegra se sofocó al recordar el ardiente trío que había vivido en sueños la noche que conoció a Koldo; un trío en el que Vin desempeñó un papel nada fraternal.

Legs: Amigo, Vin, amigo. Prefiero no pensar en ti como un hermano, si no te importa.

Vin: Jajajajajajaja, OK, garota. Piensa en mí como quieras. Mi cuerpo es tuyo y mi corazón también.

Legs: ¡Yo también te quiero, garoto! ❤️

Allegra pasó el resto del día levitando. Que Koldo volviera a formar parte de su universo la hacía tan feliz que se sentía Sandra Bullock en *Gravity* y se desplazaba por la casa y por la calle sin tocar el suelo.

* * *

A media tarde del día siguiente, sonó el interfono.

—¿Sí?

—UPS —respondió una voz grave.

Ella sonrió y abrió la puerta de la calle. Mientras el mensajero subía los cuatro pisos, se dio cuenta de que el anillo estaba en el dormitorio y fue corriendo a buscar la cajita.

—¡Un momento! —gritó al oír que llamaban con los nudillos a la puerta.

Cajita en mano, volvió al recibidor y abrió con una gran sonrisa, ilusionada porque su regalo pronto estaría en manos del único hombre que le había robado el corazón.

El mensajero había apoyado un brazo en el marco de la puerta y recuperaba el resuello respirando con la cabeza agachada. Cuando Allegra abrió, levantó la cabeza y la saludó llevándose dos dedos a la visera de la gorra de la empresa de mensajería.

—Me han dicho que tenía algo para mí.

Legs sacudió la cabeza convencida de que veía visiones. Porque plantado frente a

su puerta, vestido con el uniforme de UPS, cansado, ojeroso, despeinado... estaba Koldo, su Koldo. Era la imagen más maravillosa que había visto en su vida.

Allegra notó que la sangre le hacía algo raro en las venas, deteniendo bruscamente su camino y volviendo a arrancar al cabo de unos instantes, pero desorientada. Parte de ella abandonó su cabeza y se dirigió a toda prisa al corazón. Otra parte se marchó rápidamente de sus piernas para concentrarse en su vientre. Las rodillas se le doblaron y el anillo cayó al suelo.

Koldo reaccionó con rapidez, sujetándola por la cintura y empujándola hasta que la espalda le tocó la pared del recibidor.

Incapaz de hablar, ella alargó la mano, lo agarró por la solapa de la camisa marrón y lo atrajo hacia sí con decisión, haciendo que la gorra cayera al suelo, a su espalda. Cuando estaba a un milímetro de su boca, se detuvo en seco y lo miró a los ojos una vez más antes de lanzarse a besarlo con una mezcla de desesperación, incredulidad y éxtasis absoluto.

Él se unió al beso con la misma pasión. Sonreía y fruncía el ceño a la vez, como si hubiera perdido el control de sus expresiones.

—¿Eres tú? ¿De verdad eres tú, Koldo?

Él no respondió y siguió besándola en los ojos, las mejillas, la nariz, la boca, profundizando el beso y perdiéndose de nuevo entre sus labios, pero, pasados unos segundos, se detuvo en seco.

—Legs, hablemos. Quiero explicarte...

Ella gruñó como lo que era: una leona hambrienta. Lo sujetó por las solapas de la camisa y lo empujó.

—Cierra la puerta, *skater* —le ordenó.

Él obedeció, cerrando con el pie un segundo antes de que ella le diera la vuelta, haciéndolo caminar de espaldas hasta el sofá. Una vez allí, lo tumbó de un empujón y se lo quedó mirando.

Él le dirigió una sonrisa lenta, ladeada, que era pura tentación.

—Maldita sea, Koldo. ¿Cómo no me has avisado de que venías?

—No podía permitir que me rechazaras una vez más.

Ella cerró los ojos unos instantes. Al volver a abrirlos, vio que él se había incorporado.

Avanzó dos pasos y se sentó sobre su regazo. Koldo le sujetó la cara con sus manos grandes y fuertes y la besó, sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento.

—Hablemos, Legs —insistió con los labios unidos a los de ella.

—Y una mierda, Koldo. No quiero palabras. Quiero esto. —Deslizó la mano entre los dos y lo acarició por encima de los pantalones. Ambos cerraron los ojos y jadearon a la vez—. Lo necesito..., y tú también. Las palabras engañan, pero el cuerpo no. —Con los párpados entornados y una media sonrisa, añadió—: Hace un año, un chico me dijo: «¿Salimos a comernos la noche o nos la comemos aquí?».

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—¿Ah, sí? Supongo que os quedaríais aquí; no sería tan idiota de dejarte salir de casa.

—Salimos de casa y puso el mundo a mis pies. Fue la cita perfecta; nadie podrá igualarla jamás.

—Humm, eso suena a reto, y ya sabes que no puedo resistirme a un buen reto, Legs.

Allegra le desabrochó la camisa y la abrió, dejándole el pecho al descubierto. Se inclinó hacia él y lo mordió, justo encima del corazón. Tenía un tatuaje nuevo. Al trazarlo con el dedo, vio que era la silueta de una leona y se le empañaron los ojos.

—Hoy no hay retos que valgan —susurró frotándose contra su erección antes de meterse el prieto pezón en la boca—. Mi cita, mis reglas, *skater*. Esta noche mando yo.

—Y ¿qué ordenas, mi dueña?

—Que no hablemos más hasta que me harte de tus besos.

—Así será. Me llaman *Rey*, pero a tu lado pierdo la autoridad, la voluntad, lo pierdo todo..., hasta la corona.

Ella le desabrochó el botón de los pantalones, metió la meno dentro y gruñó de satisfacción.

—Jo... der —exclamó Koldo.

—Por suerte, no has perdido el cetro —bromeó Allegra mientras él apretaba los dientes con fuerza—. Pero ¿qué has hecho? —preguntó curiosa señalando el uniforme—. ¿Has asaltado un camión de reparto y has secuestrado al mensajero?

Él le guiñó un ojo, la sujetó por las nalgas, se levantó del sofá y la llevó al dormitorio.

—Tal vez algún día te lo cuente, pero ahora pienso cumplir tus órdenes. Nada de hablar hasta que te hartes de mis besos. —La lanzó sobre la cama, se arrodilló a sus pies y empezó a desnudarla—. Y voy a comenzar por los dedos de los pies.

—¡No! —protestó ella, sentándose en la cama—. Ven aquí. Necesito tu boca en la mía.

Koldo, que ya se había recuperado del impacto del reencuentro, volvía a ser el mismo chico autoritario pero totalmente volcado en su placer que la había conquistado, así que le dirigió una media sonrisa y de un empujón en el pecho volvió

a tumbarla en la cama.

—Y la tendrás; te hartarás de ella, pero antes voy a saludar al resto de tu cuerpo, por si me ha olvidado durante estos malditos meses en los que no he podido perderme en ti.

Allegra miró al techo, el mismo techo que había contemplado entre lágrimas tantas noches durante el último año, y sonrió. No más lágrimas, al menos esa noche. Los estados de Facebook o Instagram de sus amigos iban siempre llenos de mensajes del tipo: «La vida es corta, perdona rápido, ama despacio», o «Aprovecha al máximo cada hora de cada día» o uno que le gustaba especialmente: «Ayer es historia, mañana es un misterio, pero hoy es un regalo. Por eso lo llamamos *presente*».

Sí, vale, ese último era de *Kung Fu Panda*, una de las películas favoritas de Benito, pero la frase le encantaba.

«Allegra, tienes a un tío que está buenísimo a tus pies, y tú divagando sobre la necesidad de vivir el momento en vez de vivir a tope. De verdad, ¡lo tuyo no tiene nombre!»

Alzó un poco la cabeza y vio que Koldo se había encargado de aprovechar el presente.

Estaba desnudo y disfrutando del momento. Le había quitado los pantalones de yoga y los calcetines que usaba para estar por casa y la estaba mirando como si fuera un león en lo alto de su roca y el cuerpo de ella fuera su dehesa, sus dominios, su coto de caza.

Cuando se hubo apoderado de su mirada, él subió a la cama, le levantó una pierna, la sujetó por un tobillo y le besó los dedos de los pies mientras con el dedo índice de la otra mano le trazaba una línea desde la pantorrilla hasta el muslo en una delicada caricia que la hizo estremecer.

—Koldo, por favor. —Legs se retorció sobre las sábanas y alargó las manos para agarrarlo—. Te necesito. No me hagas esperar más.

Cuando sus dedos alcanzaron la goma de las bragas, ella gimió y alzó las caderas. Quería besarlo, pero también quería que siguiera adelante con su exploración. Añoraba sentir esos dedos en su interior.

Él dejó el pie de Allegra en la cama y tomó el otro, al que sometió al mismo tratamiento mientras trazaba una nueva línea en el muslo opuesto. Cuando la segunda línea alcanzó el punto de unión con la primera en un ángulo ni muy abierto ni muy cerrado, sino sencillamente perfecto, Legs sintió que su entrepierna se había convertido en un volcán.

—¡Koldo!

Con un movimiento brusco, liberó el tobillo y usó ambas piernas para hacerle una llave que habría impresionado hasta al Maestro Mantis, el compañero de aventuras de

Kung Fu Panda. Sujetándolo por la cintura, tiró de él y lo hizo caer sobre su cuerpo. Él apoyó las manos a lado y lado de su cabeza para frenar el golpe, pero nada pudo impedir que sus pelvis entraran en contacto; nada excepto la tela de sus malditas bragas de rayas de color rosa y gris.

Allegra volvió a gemir, debatiéndose entre el deseo de bajar las manos y librarse de la prenda de ropa que acababa de convertirse en su enemiga personal, o usarlas para sujetar la cara de Koldo y besarlo al fin como le pedía el cuerpo.

Él se dio cuenta de su lucha interna y acudió al rescate.

—Chist, tranquila; relájate.

Al notar que ella aflojaba las piernas, se echó hacia atrás, se sentó sobre las rodillas y le bajó las bragas con decisión. Inmediatamente, volvió a apoyar las manos en la cama, con lo que la cara le quedó a la altura de los pechos. No pudo resistirse a besarlos por encima del jersey de lana que se había puesto para estar calentita por casa y que —una vez liberada de las estúpidas bragas— acababa de convertirse en el nuevo enemigo jurado de Allegra.

—Tu boca me llama, Legs, pero tus pechos también, y el calor que desprende tu vientre es una invitación muy difícil de resistir.

En vez de responder, ella se quitó el jersey y lo lanzó al suelo. El sujetador lo siguió poco después.

—Me consuela saber que no soy la única que tiene un problema de prioridades —admitió, comiéndoselo con los ojos.

Él le besó el monte de Venus y trazó un rápido reguero de besos por su vientre, saludando brevemente a sus pechos antes de llegar a la altura de su boca, donde se detuvo. Ella separó los labios, ansiosa por perderse al fin en esa fuente inagotable de placer.

—¿Crees que tu cuerpo me ha reconocido ya o me entretengo un poco más con las presentaciones, *pinpilinpauxa*?

—¿Qué me has llamado?

Él sonrió mientras le apartaba el pelo de la cara.

—Mariposa.

—Qué bonito. Tienes que enseñarme más palabras en euskera.

—¿Qué prefieres?, ¿que te enseñe lengua o que la use para otra cosa? Yo había pensado en comerte la boca, pero si quieres...

Ella negó con la cabeza mientras se pasaba la lengua por los labios lentamente.

—No, ¿qué?

—Que no vas a poder comerme la boca, Koldo. —Él alzó una ceja—. Porque te la voy a comer yo a ti —fueron las últimas palabras de Allegra antes de zambullirse entre sus labios.

—¿Te has hartado ya de mi boca? —le susurró Koldo al oído cuando ella se volvió hacia el balcón, dándole la espalda.

Allegra se estremeció y se acercó más a él, no para provocarlo, sino porque su cuerpo parecía estar magnetizado y el del *skater* era su Polo Norte.

—Nunca —murmuró con una sonrisa bobalicona. La luz del nuevo día empezaba a entrar por la ventana. Estiró las piernas y sintió dolorcillos por todas partes. Apenas había pegado ojo, pero, como decía Koldo, dormir estaba sobrevalorado. Tenía la boca seca—. ¿Tienes sed?

—De ti, siempre —replicó él, tumbándola de espaldas en la cama y situándose entre sus piernas en un movimiento felino. Le separó las rodillas, dispuesto a saciarse, pero ella se echó a reír.

—Ya me he dado cuenta, pero me tienes seca, *skater*. —Se libró de su agarre y se sentó en la cama—. Vuelvo enseguida.

En la cocina, abrió el armarito de los vasos y se encontró con las dos tazas nuevas, aún por estrenar. Caperucita y el Lobo le daban los buenos días. Sonrió y se alegró muchísimo de haber seguido su impulso. Si se hubiera dejado llevar por la pereza o el desánimo y no hubiera regresado a comprar el anillo, ahora no estaría disfrutando de una noche inolvidable.

—Qué maravillosa visión —comentó Koldo, que le miraba el culo apoyado en el marco de la puerta de la cocina.

Había aparecido en la puerta en todo su glorioso esplendor. Allegra habría disfrutado de su sonrisa, pero no lo estaba mirando a la cara. Estaba más delgado de como lo recordaba, pero su cuerpo seguía siendo una delicia para los sentidos.

—Buenos días, *skater*. ¿Te apetece un café? —Allegra sintió una extraña sacudida en su interior al darse cuenta de que estaba viviendo la escena que había visualizado en su cabeza cuando había visto las tazas en la tienda. Koldo y ella, apoyados en la encimera de su cocina, compartiendo un café.

—Me encantará. Cierta leona no me ha dejado dormir en toda la noche.

Ella le resiguió el tatuaje del pecho con el dedo, ascendió por el cuello y le acarició la cara.

—No me gustan mucho las barbas, pero la tuya me encanta. Las que son demasiado cortas son como papel de lija, y las que son demasiado largas me parecen horribles. Espero que pase pronto esta horrible moda. La mitad de los chicos de

Barcelona parecen leñadores, aunque no han pisado un bosque en su vida.

Él la abrazó por la cintura.

—En Los Ángeles ya están desapareciendo, pero está llegando algo peor: el café deconstruido —dijo fingiendo un estremecimiento.

—¡Dios mío! Espero que esa moda no llegue aquí, pero, por si acaso, disfrutemos de un buen café.

Allegra sacó del armario la cafetera Orolely de toda la vida que le había regalado su madre y que usaba poco porque solía desayunar fuera.

Mientras la preparaba, Koldo se echó a reír.

Ella lo miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa?

—Si abrieras un local en L. A. con esas cafeteras, te harías de oro. Ya me imagino la cola en la calle.

Ella la puso al fuego.

—¿Me estás invitando a mudarme a la costa Oeste, *skater*? —preguntó con fingida despreocupación, sin atreverse a mirarlo.

Él se le acercó por detrás, le rodeó la cintura con los brazos y la besó en el cuello.

—¿Vendrías? —le susurró al oído.

Aunque sus neuronas empezaron a bailar una conga y a abandonar su cerebro en dirección sur, Allegra se hizo de rogar.

—Humm..., no lo sé. ¿Qué hay en Los Ángeles que no tenga Barcelona?

Él le dio la vuelta, la sujetó por la cintura y la levantó. Allegra se encontró sentada en el mármol de la pequeña cocina. Él le puso las manos en las rodillas y, muy lentamente, se las separó sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—Bueno —murmuró—, un guía turístico te hablaría de estudios de cine, lujosos teatros y auditorios, Bel-Air, Beverly Hills y tonterías por el estilo, pero, en realidad, el auténtico atractivo de la ciudad lo tienes ante ti. —Echó las caderas hacia adelante y, de un vigoroso empujón, penetró en ella.

Allegra jadeó y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios, las turistas deben de hacer cola a la puerta de tu casa.

—No estoy en los circuitos, Legs —murmuró él antes de hundir la cara entre sus pechos—, pero contigo haré una excepción.

Se metió uno de sus pezones en la boca y succionó con fuerza mientras ella le hundía los dedos en la melena castaña que le rozaba los hombros y le sujetaba la cabeza con fuerza.

La inquieta lengua del *skater* le electrificó la piel. Las intensas sensaciones se extendieron por todo el cuerpo, hasta la punta de las manos y de los pies. No podía

estarse quieta; todo era demasiado intenso. El vientre le ardía, pero no más que el corazón.

—Más fuerte, Koldo —le rogó—. Te necesito.

Él se incorporó, le sujetó la cara con las manos y a punto estuvo de quemarle las retinas con la intensidad de su mirada.

—¿Qué necesitas exactamente, Legs? —Volvió a echar las caderas hacia adelante, penetrándola un poco más—. ¿Esto?

Ella lo abrazó con piernas y brazos y lo atrajo hacia sí.

—Ni se te ocurra quitarme eso —respondió presionándolo con sus músculos internos para que le quedara del todo claro—, pero no es sólo tu poderoso cetro lo que necesito, King.

—¿Quieres mi boca? —preguntó él antes de devorársela una vez más.

—Siempre —respondió ella, mordiéndole el labio inferior—. No me prives de ella, *skater*, pero no es suficiente.

Koldo la sujetó por las nalgas y aceleró el ritmo de las embestidas. Los jadeos y gemidos de ambos aumentaron de intensidad, amortiguando el sonido del café, que había empezado a hervir.

—¿Qué más quieres de mí, Legs? ¿Mi casa? ¿Mi fortuna? ¿Mis tablas? ¿Quieres a *Lobo*? Sólo tienes que pedirlo —le susurró con la cara pegada a su oído, haciéndola estremecer.

—Me importa una mierda tu fortuna, Koldo. —Allegra clavó los dedos en las firmes nalgas del *skater* para que se clavara hasta el fondo—. Te quiero a ti. Sólo a ti.

—Y yo a ti, Legs. Más que a mi vida.

Con la cara hundida en su cuello, notó que ella lo apretaba íntimamente al iniciarse las contracciones del orgasmo. Trató de resistirse para alargar su placer, pero cuando la oyó gritar: «Koldo, salta conmigo», no pudo contenerse más y la siguió en su vuelo.

Los espasmos de placer los recorrieron de arriba abajo mientras se aferraban con fuerza el uno al otro. Fue un orgasmo rápido y tan intenso que Allegra notó que le silbaban los oídos. Y que le burbujearan. Al cabo de unos momentos, cuando las neuronas iniciaron el camino de vuelta a su residencia habitual, abrió los ojos y miró de reojo hacia la cocina.

«Oh, oh...»

—Koldo —susurró.

—¿Sí, mi amor?

—Espero que el café te guste bien tostado.

—¡Joder! —exclamó él, alargando el brazo y apagando el fuego—. Ya decía yo que olía a quemado... Pensaba que eran mis pelotas..., o mi cerebro... Bueno, vale —

le guiñó el ojo y volvió a abrazarla con fuerza—, no pensaba en nada.

Allegra le devolvió el abrazo y sonrió con la mejilla pegada a la de él, mientras canturreaba sensualmente al ritmo de una canción de Miguel Bosé.

—¿Humm?

—Moreno mío..., voy a contar hasta cien...

Koldo se echó a reír y ella hizo una mueca. Por un momento, temió que fuera a reñirla por cantar música tan espantosa, que era lo que siempre le decía Darío.

—¿Me estás diciendo que somos tres en tu cama, Legs? —le preguntó él, siguiéndole el juego.

Ella carraspeó al recordar cierto sueño erótico, pero enseguida reaccionó. Lo abrazó con entusiasmo y se apartó para preguntarle:

—¿Te gusta Bosé?

—Sí, claro, ¿por qué no me iba a gustar?

—¡Ay, cómo te quiero! Me gustas con leche o sin leche, con azúcar o sin. ¡Creo que me gustarías hasta con estevia! —exclamó, y por si no le había quedado claro se lo demostró besándole el cuello y mordisqueándole el lóbulo de la oreja.

Él se echó a reír y la besó en los labios.

—Si llego a saber que Bosé te pone así, te habría enviado un vídeo suyo por WhatsApp hace un año.

Ella ladeó la cabeza, pensando en Darío y en lo acomplexada que la había hecho sentir durante los últimos meses.

—Hace un año no me habría hecho el mismo efecto. He cambiado, Koldo. Será mejor que hablemos un rato. ¿Te apañas con un Nescafé?

—A tu lado, me apaño con cualquier cosa.

* * *

Media hora más tarde, sentados a la pequeña mesa del comedor, Allegra lo estaba mirando con preocupación.

—Pero ¿por qué no me contaste que estabas enfermo? Habría ido a verte... y... no habría sido tan borde cuando me llamaste.

Él hizo una mueca.

—Pues por eso; odio que me miren con lástima. Quiero que me mires como si fuera tu presa, leona, no que me seques el sudor de la frente con un paño húmedo.

Allegra sacudió la cabeza; todavía no acababa de asimilar todo lo que le había contado.

—Es que no me lo puedo creer. ¿Me estás diciendo que llevas medio año hablando con Vin y que si Darío está ahora en Sídney es porque moviste hilos para

que lo invitaran?

—No me siento especialmente orgulloso de admitirlo, pero sí. Aunque yo sólo pedí que le dieran una oportunidad. Si se labra una carrera, será mérito suyo.

—¡Flipo! —Tras unos segundos sacudiendo la cabeza, se volvió a mirarlo con desconfianza—. ¡Dime que no tuviste nada que ver con la actuación de los chicos en el Estéreo Picnic!

—¡Te lo juro! Empecé a hablar con Vin después de verte en el festival. Volví al día siguiente y no paré hasta dar con él. No respondías a mis llamadas; estaba muy preocupado por ti. Sólo quería saber que estabas bien; nunca se me pasó por la cabeza meterme en tus cosas. Y lo de Darío... fue un calentón. Cuando me enviaste el mensaje la semana pasada, te llamé. Y cuando ese tipo contestó al teléfono...

—¿Cómo? ¿Me llamaste? ¿Cuándo?

—Poco después de que me enviaras el mensaje diciendo que habías recibido la cazadora. ¿No viste mi llamada?

Ella se levantó a buscar el móvil, miró en el registro de llamadas, pero no había ni rastro.

—Y ¿dices que respondió Darío? ¿Qué te dijo?

—Muchas tonterías. Entre ellas, que me buscara una vida.

—¿En serio? —Allegra estaba indignada con el tenor, pero no pudo aguantarse la risa.

—¿Qué te parece tan gracioso?

—Que te busques una vida... No conozco a nadie con una vida tan apasionante como la tuya.

Él le dirigió una sonrisa ladeada.

—Bueno, la vida de un tenor camarero en Australia también tendrá su interés.

—Y ¿cómo se te ocurrió mandarlo a Australia?

—Porque en la Antártida no hay teatro de ópera —admitió haciendo reír a Legs—. Cuando oí su voz, sentí un escalofrío al pensar que ese tipo te estaba poniendo las manos encima. Te prometo que se me pasó por la cabeza enviarlo a la Estación Espacial Internacional —se encogió de hombros—, pero mi representante no tenía ningún contacto allí.

Allegra hizo vibrar la habitación con sus carcajadas.

—Me gusta verte reír. Tenía miedo de que te cabrearas conmigo.

—Hombre, de ahora en adelante, espero que me consultes las cosas que afecten a mi vida directamente, pero, por lo que parece, Darío borró tu llamada y eso sí que es imperdonable. Estoy mucho mejor sin él.

Koldo alargó la mano y entrelazó los dedos con los de Allegra. Ella sonrió al ver el anillo que finalmente había llegado a su dueño sin necesidad de ninguna empresa de

mensajería.

—Prometo consultar contigo todas las decisiones que afecten a tu vida directamente —dijo clavándola a la silla con una de esas miradas que la fundían por dentro—. Es más, voy a hacerlo ya por si con la edad se me olvidan. —Se quitó el anillo que ella le había regalado durante la noche y se lo puso en el dedo anular—. ¿Quieres casarte conmigo, Legs? ¿Quieres tener leoncitos conmigo? ¿Una manada de cuatro te va bien? —Allegra se atragantó y él aprovechó la excusa para levantarse, darle unas palmaditas en la espalda y luego arrodillarse ante ella—. ¿Quieres que vivamos en Los Ángeles o prefieres vivir en cualquier otra parte del mundo? ¿Quieres que pasemos las vacaciones en la playa o en la montaña? Y el dormitorio, ¿quieres que lo pintemos de algún color especial?

—K... Koldo...

Él entornó los ojos.

—¿No quieres? ¿Es por el anillo? Éste es provisional. En cuanto pueda, te compraré el mejor anillo que...

—Koldo, por Dios, afloja. Claro que no es por el anillo. Y claro que quiero, lo quiero todo contigo, pero...

Con su agilidad felina, el *skater* se incorporó, la levantó de la silla y la empotró contra la pared. Ella se había puesto las bragas antes de sentarse a tomar café y, un instante después, cuando volvió a notar que una odiosa barrera de tela se interponía entre ambos, se arrepintió de haberlo hecho.

—Sobre las vacaciones —dijo bajándose las bragas y librándose de ellas de una patada antes de rodear el cuello de Koldo con los brazos—, si son en la playa, ¡que sea naturista, por favor!

Sujetándola por las caderas, él le dirigió una sonrisa ladeada. La elevó mientras ella le rodeaba la cintura con las piernas y la dejó caer sobre su erección lentamente. Las sensaciones eran tan intensas y placenteras que a Allegra se le cerraron los ojos.

—Mírame, Legs. Mírame y dime que de verdad quieres que afloje.

Ella le agarró el pelo con las dos manos.

—Si quieres conservar tu melena, rey León, no se te ocurra aflojar, por tu vida.

—Ésa es mi leona.

—¡Mamá, mamá, ya la veo! ¡Está ahí, es tita Legs! —exclamó Benito.

Arturo alzó la vista del libro que estaba leyendo, de pie, con la bicicleta entre las piernas, y la saludó.

Allegra acercó la moto al grupo que la recibía con entusiasmo. Tras el desayuno en la cama —donde no usaron ni tazas ni platos porque no tenían hambre de nada más que de sus cuerpos— y una ducha compartida en el diminuto baño, habían comprado dos trozos de tarta de zanahoria y se habían dirigido al Arc del Triomf para reunirse con Marta y su familia.

Al recibir la invitación de su sobrino Benito, Allegra había mirado a Koldo, que había asentido en silencio, animándola a aceptar. Una hora más tarde, estaban al pie del monumento.

Antes habían pasado un instante por casa de un colega de Koldo que lo había ayudado con la logística para la sorpresa. No sólo le había conseguido el uniforme de la empresa de mensajería, sino que lo había ido a recoger al aeropuerto en coche. Por el camino, Koldo se había cambiado de ropa y su colega le había guardado la bolsa con sus cosas en su casa.

—¡Hola, tita! ¿No vienes en bici?

—Beni, espera —lo reprendió su madre, Marta, muerta de curiosidad, ya que su hermana no solía unirse a sus salidas familiares cuando estaba acompañada—. La tita trae un amigo; deja que nos lo presente.

La pareja bajó de la moto. Mientras se quitaba el casco, Legs hizo las presentaciones.

—Chicos, él es Koldo, gran *skater* y mi amigo.

—*Skater* y gran amigo —la corrigió él, guiñándole el ojo a Marta, que sonrió satisfecha.

Nico, en cambio, le dirigió una mirada de advertencia. Como león maduro de la manada, la llegada de un joven ejemplar dispuesto a todo lo puso en alerta.

—Koldo, te presento a mi hermana Marta y a su marido Nico.

—¿Qué tal?

—Y ellos son Arti y Beni, mis sobrinos favoritos —añadió, haciendo sonreír a Arturo.

—¿Dónde llevas el *skate*? —preguntó Beni, a quien aburrían las presentaciones.

—No he traído ninguno. —Koldo se encogió de hombros—. El viaje fue un poc

precipitado.

—¿De dónde eres? ¿Dónde vives? —lo interrogó Nico, sintiendo la necesidad de ocupar el papel de Ricardo, el padre de las hermanas León, en su ausencia. Cerró la boca antes de que se le escapara un «¿Qué intenciones tiene para con mi cuñada, joven?».

—Nací en Barakaldo, pero los impuestos los pago en Los Ángeles, aunque no me considero de ningún lugar en especial. Estoy a gusto en cualquier parte donde haya buenas pendientes y trastos con ruedas.

—Pensábamos cruzar el parque de la Ciutadella y dar una vuelta por el paseo marítimo. ¿Os apuntáis? —comentó Marta.

—¡Claro! —dijo una Allegra sonriente—. Os esperamos en la otra puerta del parque, junto a la estación de tren.

—¡Venga! Una carrera, ¡a ver quién gana! —exclamó Beni poniéndose en marcha, pero se detuvo en seco cuando Nico lo agarró por la parte de atrás del anorak.

—No tan deprisa, cachorro. Ponte el casco y los guantes. —Nico le dio el suyo a Arturo antes de ayudar a Beni a atarse bien la correa—. ¡Ahora sí! ¡En marcha Vamos a darles una paliza a la tita Legs y a su amigo.

—¡Ya lo veremos! —exclamó Allegra—. ¡Monta, *skater*! ¡A por ellos!

El grito de entusiasmo de Beni fue lo último que oyeron antes de que la familia desapareciera paseo abajo.

Koldo abrazó a Allegra con fuerza por la cintura y apoyó la barbilla sobre su hombro.

—Tu hermana me recuerda a tu madre —comentó—. ¿Cómo se llamaba?

Ella se echó a reír.

—Matilde, Matilde de León. Has hecho bien en no comentárselo a Marta. A ninguna mujer le gusta que le digan que se parece a su madre, y menos cuando se acerca a los cuarenta, pero estoy de acuerdo, cada día se parece más a mamá.

—Un encanto, tu *amatxo*. Y muy guapa.

—A ella también le gustaste. Le encantará volver a verte.

Evidentemente, la moto llegó antes que las bicicletas, pero esperaron a unos metros de la salida del parque para que los niños creyeran que habían ganado. Bueno, al menos, Benito. Era muy difícil engañar a Arturo, pero, aunque era un niño extraordinariamente inteligente, tenía muy buen carácter y le encantaba seguirles el juego a los adultos.

Marta, que abría la comitiva, siguió el carril bici que los llevó a la Barceloneta y, de allí, a la zona del hotel Arts y del Port Olímpic. Al cabo de un rato se detuvieron en un chiringuito. Aunque era diciembre, el sol había sacado a miles de barceloneses a la calle. Mientras los adultos tomaban una cerveza, unas aceitunas y unas patatas

fritas, Arturo y Benito hacían el mono en una especie de castillo hecho con cuerdas.

Aprovecharon el rato para conocerse un poco mejor. Igual que le había pasado a Matilde de León cuando conoció a Koldo un día en casa de su hija, Marta también cayó rendida ante su encanto y su sencillez. Nico, que recordaba lo infeliz que había sido su cuñada cuando el chaval había desaparecido de su vida, seguía marcando territorio con desconfianza.

—Vendrás a cenar con nosotros en Navidad, Koldo, no se hable más —lo invitó Marta al ver que Allegra suspiraba y se comía con los ojos a su recién recuperado *skater*.

Él negó con la cabeza.

—Me encantaría, de verdad, pero no puedo. —Tres pares de cejas se fruncieron al mismo tiempo—. Sólo he venido para arreglar las cosas con Legs, pero mis chicos me están esperando.

—¿Tus chicos? ¿Tienes hijos? —lo interrogó Nico—. ¿Cuántos, si puede saberse?

Koldo sonrió.

—Nueve ahora mismo, pero estoy en trámites de adoptar a una niña en Yemen.

Nico se volvió hacia su cuñada con los ojos muy abiertos.

—¿Lo sabías?

Ella asintió.

—Son sus Niños Perdidos. Los cuida muy bien.

—Y ¿puedes mantenerlos a todos?

—El dinero no es problema —respondió él con sencillez—. De todos modos, lo que esos niños necesitan en realidad es tiempo y atención. Les prometí que estaría de vuelta la semana que viene y que pasaríamos las Navidades juntos y no puedo fallarles.

—Claro, no te preocupes —lo tranquilizó Allegra—, todo ha sido tan inesperado...

Él le tomó la mano, se la acercó a los labios y le besó la delicada piel del interior de la muñeca.

—Un maravilloso milagro antes de Navidad —dijo sin ocultar el amor que sentía por ella.

Al ver que Marta suspiraba, Nico le cogió la mano. Sabía que era absurdo, pero no le hacía gracia que otro hombre la hiciera suspirar; ni siquiera un niño trotamundos.

—¿Volveremos a verte pronto? —atacó Nico, que no se fiaba de las palabras bonitas; era más de hechos—. ¿O volverás a desaparecer durante un año? ¡Au! —protestó cuando las hermanas León le dieron sendas patadas en estéreo por debajo de

la mesa.

A Koldo no pareció molestarle su comentario.

—Volveré cuando acaben las fiestas.

—¿El 7 de enero? —preguntó Arturo, que acababa de volver a la mesa con su hermano, que se estaba atiborrando a olivas.

—Antes. En Los Ángeles no se celebran los Reyes Magos como aquí.

—¿Cómo que no? —preguntó Beni preocupado—. ¿Los niños de allí no reciben regalos?

—Sí, sí los reciben, pero se los lleva Santa Claus. Supongo que le queda más cerca del Polo Norte.

Arturo abrió la boca como si quisiera hacer alguna especificación geográfica, pero se encogió de hombros y se metió varias patatas fritas en la boca.

Marta y Nico se miraron y tragaron saliva. Benito se aproximaba peligrosamente a la edad en que había que andar con pies de plomo cuando se acercaba la Navidad para mantener la magia viva el máximo tiempo posible. Por suerte, Arturo estaba encantado de colaborar en lo que pudiera para proteger la ilusión de su hermano.

—Vale —comentó el pequeño—. En Australia tampoco pasan los Reyes; me lo dijo mi padre. —Imitando a su hermano, se encogió de hombros y se metió otra aceituna en la boca—. ¡Mejor! ¡Más para nosotros!

Todos respiraron aliviados.

* * *

Media hora más tarde, pasaron frente a una zona reservada para el entrenamiento con *skates*. Koldo no pudo resistirse y bajó de la moto para mirar cómo los chicos y las chicas saltaban y hacían giros en los *half pipes*. Por supuesto, no tardaron en reconocer al famoso *skater*.

—¡King! ¡Haznos una demostración! —le pidió uno.

—Tío, llegas caído del cielo. No logro hacer el *ollie*. ¿Me enseñas, porfa? —dijo una niña de unos doce años.

A Koldo se le iluminó la mirada. Al cabo de unos minutos se había convertido en el rey de la pista, y Allegra entendió de dónde le venía el apodo de *King*. Ejercía su autoridad con naturalidad y elegancia, igual que en el dormitorio. Y, aunque nunca había sido aficionada al monopatín, pronto estuvo deslizándose sobre el paseo marítimo, igual que Marta, Nico y los niños. Los demás patinadores no sólo les dejaron sus *skates*, sino que cuando su ídolo les pidió que les mostraran qué debían hacer para deslizarse sin perder el equilibrio, lo hicieron encantados. Pronto, las redes sociales se llenaron de imágenes del improvisado momento familiar.

Koldo se dedicó a Allegra en exclusiva. Al otro lado del mundo, Gale vio la imagen de los dos patinando abrazados en la que habían etiquetado a #TheKing con una misteriosa barcelonesa de melena cobriza.

—¡Chicos! ¡Lo ha conseguido! ¡Ha recuperado a Legs!

Los demás se acercaron y, cuando Gale los animó a grabar una historia para Instagram, se apuntaron rápido. Poco después, en una de las historias destacadas a nivel mundial, los Niños Perdidos de Koldo coreaban: «¡King, King, King! ¡Queen Queen, Queen!».

Y, como las noticias vuelan y en el siglo XXI más que nunca, poco después, uno de los aficionados barceloneses le enseñó el breve vídeo a la pareja, que lo miró entre risas antes de fundirse en un beso.

—¿Me firmas la tabla, Koldo? —le pidió uno de sus fans, y pronto todos lo rodearon para llevarse un recuerdo del momento.

Él se palpó los bolsillos y se encogió de hombros.

—Lo siento, chicos, no llevo nada con que firmar.

Allegra se mordió el labio inferior. Dudó unos momentos, pero al ver la decepción en las caras de los patinadores, se dejó de manías. Abrió el bolso y sacó el rotulador-bala que había recibido el año anterior. Aunque cuando lo recibió le había repateado el hígado, al cabo de una semana lo recuperó del rincón donde había ido a parar —debajo de la alacena metálica roja de Ikea donde guardaba los platos en el comedor—, y desde entonces lo llevaba siempre consigo. De vez en cuando lo sacaba del bolso y lo acariciaba. Incluso un par de noches especialmente solitarias lo usó para consolarse de la ausencia de su dueño.

—¡Koldo! —lo llamó y, cuando él se volvió a mirarla, le lanzó el rotulador.

Él lo atrapó y, al ver lo que era, le dirigió una mirada ardiente.

—Luego te doy las gracias —dijo provocando una buena cantidad de risas, pero también de suspiros, entre las chicas que contemplaban la escena.

Allegra disimuló el calentón consultando su móvil y vio que tenía un wasap de Darío.

Marta se acercó a ella.

—Es de Darío —comentó Legs.

—¿Qué se cuenta la nueva estrella de la lírica internacional?

Allegra pulsó el botón para escuchar el mensaje de voz:

«¡Esto es una vergüenza! Lo dejo todo para venirme al culo del mundo y, cuando llego aquí, me dicen que la oferta era para cantar en el coro. ¡En el coro! ¿Te lo puedes creer? ¡Salvajes! ¡No tienen ni idea de música! Allegra, sácame de aquí. Quiero que seas mi representante. Haré lo que sea. Te seré fiel. Bueno, eso no, pero es porque me debo a las mujeres, lo entiendes, ¿verdad?».

—¡Tendrá morro, el tío! —exclamó Marta.

—Pufff —resopló Legs—. De verdad, cuando pienso que no puede superarse, me sorprende. Me recuerda a alguien... —Miró a su hermana con los ojos brillantes—. ¡Claro! ¡Ya verás tú!

Apretó el botón y grabó la respuesta:

«¡Darío! ¿Qué me estás contando? ¿Cómo han podido tratar así a alguien de tu talento? Así va el mundo Mira, yo ahora mismo no puedo dedicarte el tiempo que te mereces, pero sé de alguien perfecto para ti. Se llama Martina Martinelli y la conozco de toda la vida. Anota su teléfono...»

Cuando acabó de hablar, Allegra se tapó la boca con la mano, pero al ver que Marta se estaba partiendo de risa, se contagió y se echó a reír como hacía tiempo que no lo hacía. Apoyadas la una en la otra, las dos hermanas fueron a parar a un *half pipe*, donde se tumbaron y se retorcieron sobre el cemento inclinado sin preocuparse de nada. Mientras reía, Legs miró al cielo. Estaba despejado; el sol brillaba y se reflejaba en el mar. Las altas palmeras del paseo se movían con la brisa. Alargó la mano y enlazó los dedos con los de su hermana, que seguía riendo como cuando eran adolescentes y no podían aguantar las carcajadas en los momentos más inoportunos, como durante el funeral del hermano de su abuelo.

Sí, decididamente, la vida podía cambiar de un momento para otro, y estaba claro que en las últimas horas había cambiado para bien.

24 de diciembre de 2016

—¡Quieta, leona! —murmuró Nico al ver pasar a Marta bajo el muérdago que colgaba sobre la puerta de entrada al comedor.

Aprovechándose de que tenía las manos ocupadas con la bandeja de salpicón, le sujetó la cara con las dos manos y la besó con dulzura.

—¡Nico! ¡Tus padres están a punto de llegar! Estoy nerviosa; no me entretengas ahora.

Él le pellizcó el culo tratando de aligerar la tensión, pero no sirvió de nada. Marta le plantó la fuente en las manos.

—Toma, ya que tienes las manos libres y tantas ganas de usarlas, lleva esto al comedor; déjalo en el carrito.

Él se dispuso a obedecer, protestando entre dientes.

—Menudo espíritu navideño.

Al oírlo refunfuñar, Marta le devolvió el pellizco.

—Me encanta tu espíritu navideño, arquitecto —replicó—, pero guárdate un poco para luego. —Cuando él la miró por encima del hombro, ella le guiñó el ojo.

—No sufras, Tarta. Contigo me pongo navideño todo el año.

* * *

Una hora después, la familia estaba sentada a la mesa. Nunca habían sido tantos; de hecho, habían tenido que meter la mesa de la terraza para poder acogerlos a todos.

Marta ocupaba la cabecera más cercana a la cocina. Junto a ella se sentaba su madre, Matilde, seguida de su marido Ricardo. Frente a ellos habían colocado a Laura y a Nicolás, los padres de Nico. Allegra estaba sentada a continuación de Laura. A su otro lado se encontraban los niños: Arturo junto a Anastasia; Benito junto a Abril. Nico quedaba en la otra cabecera. A lado y lado tenía a sus dos niñas; se lo veía radiante de felicidad.

Allegra no pudo evitar sentirse la bisagra de la mesa, entre los mayores y los niños. Aunque estaba desparejada, por suerte, Koldo volvía a estar en su vida; si no, se habría sentido tan sola y desgraciada que le habría costado resistirse a la tentación de huir a Londres una vez más. Y no quería seguir huyendo. Por miedo a sufrir, se

había perdido la Navidad anterior con su familia. Se había perdido las vacaciones en Grecia y muchas tardes de juegos y sesiones de karaoke. No se consideraba una persona cobarde, pero odiaba dar lástima a los demás; si no tenía fuerzas para alegrarles la vida, prefería esconderse.

Sin embargo, este año no necesitaba esconderse de nadie ni huir a la otra punta del mundo. Estaba justo donde quería estar, y le encantaba ser testigo de las miradas de deseo y de complicidad entre su hermana y su cuñado. El amargado del arquitecto había acabado siendo una bendición para Marta y para el resto de su familia. Pensando en hombres amargados, se acordó de Darío.

«¿Quién sabe? —se dijo—. Tal vez algún día acabe siendo una bendición para alguien.» Se preguntó si se habría puesto en contacto con la loca de Martina. «Al menos, le he puesto en bandeja la oportunidad para limpiar su karma», se dijo para acallar su mala conciencia.

La cena de Nochebuena de los Sierra-León transcurrió entre bromas y risas. Luego vinieron los brindis y los villancicos. Y, aunque Benito se había propuesto aguantar hasta las doce para intercambiarse los regalos con los demás porque quería demostrarles a todos que ya era mayor, a las once ya se le cerraban los ojos. Seguían manteniendo la tradición de los Reyes Magos, pero era muy difícil resistirse a las nuevas tradiciones, así que por Navidad también caía algún regalo.

—Nico, yo creo que ya es buena hora para sacar los paquetes.

—¿Qué hora es? —preguntó Benito.

—Las once y cinco —respondió Allegra, tras consultarlo en el móvil y aprovechando la excusa para mirar si tenía algún mensaje de Koldo.

—¡No! —protestó el niño, malhumorado por el sueño—. Quiero esperar a las doce. Ya soy mayor.

—Beni —dijo Nico, que se había levantado, se había situado a la espalda de Marta y le había apoyado las manos en los hombros—, lo sabemos. Ya eres mayor y me alegro mucho porque vamos a necesitar la ayuda de todos en el año 2017, que ya se acerca.

Algo en el tono de voz de Nico y en la mirada de Marta —que había buscado la mano de su hombre y la aferraba con fuerza— puso en alerta a las dos abuelas, que cruzaron una mirada entre asombrada y esperanzada.

Abril contuvo el aliento. Anastasia y Arturo intercambiaron una mirada y se encogieron de hombros.

Fue Ricardo quien rompió el silencio expectante que se había adueñado del comedor:

—¿Al final has dejado de disparar con balas de fogeo, yerno? Ya era hora.

Nicolás, que hasta ese momento había estado un poco tenso, trató de aguantarse la

risa, pero acabó soltando una pederreta, lo que le valió la simpatía instantánea de Benito.

—¿Hija? —murmuró Matilde, apoyando la mano con la que Marta tamborileaba nerviosa sobre la mesa—. ¿Es verdad?

Ella asintió.

—No me riñas. Ya sé que soy un poco mayor, pero...

Su madre se levantó y la abrazó.

—¿Cuándo te he reñido yo por traer al mundo a uno de mis nietos?

Los niños se miraron con los ojos muy abiertos, empezando a asimilar lo que estaba pasando.

—Nunca, mamá, pero tengo un poco de miedo —admitió ella al oído de su madre—. ¿Y si algo sale mal?

Matilde la abrazó con más fuerza.

—Ese miedo lo tenemos todas las madres. —Se separó un poco de su hija para mirarla a los ojos—. Todo irá bien. Lo sé. Lo sé aquí dentro. —Se llevó el puño al corazón—. Y, si algo no fuera bien, aquí nos tienes a todos para ayudarte.

—¡Champán! —exclamó Allegra, levantándose—. ¡Aquí hace falta champán! No se le da la bienvenida a un nuevo sobrino todos los días.

—¿Voy a tener un sobrino? —preguntó Benito.

—No, enano, vas a tener un hermano.

—¡O una hermanita! —exclamó Abril, abrazándolo.

—¿Un bebé? —Beni miró a su madre sin acabar de creérselo. Se levantó, fue hacia ella y le apoyó la mano en la tripa—. ¿Tienes un bebé ahí dentro, mami?

Marta asintió, apretando los labios con fuerza para contener la emoción.

—Pero tú siempre vas a ser mi pequeñín, Beni. Y todos te vamos a querer igual.

—¡No! ¡Ya no seré el enano! Seré el hermano mayor de este bebé. —Le acarició la barriga a su madre con cariño, haciendo que asomaran lágrimas a los ojos de más de un abuelo—. Yo te protegeré. No dejaré que nadie te haga daño, enano —exclamó satisfecho.

Nico rodeó los hombros de Arturo, que se había acercado a felicitar a la pareja, igual que los demás.

—Has hecho un buen trabajo, campeón —le dijo—. Le has enseñado a ser un buen hermano mayor.

Arturo le dirigió una mirada cómplice y asintió.

—Artu —lo llamó su madre—. Ven a darme un abrazo.

El niño se acercó y se fundió en un abrazo con su madre y su hermano mientras a su lado Nico hacía lo mismo con sus hijas.

Las dos abuelas se abrazaban emocionadas y los dos abuelos parecían haber

entablado una competición por ver quién le daba las palmadas más fuertes en la espalda al otro.

Allegra se sacó el móvil del bolsillo, hizo una foto del grupo y se la envió a Koldo, acompañada de las palabras: «Celebrando la llegada de un nuevo leoncito a la familia. Sólo faltas tú».

—¡Vamos a brindar! —exclamó sirviendo el champán en las copas.

—¡Yo también puedo, ¿verdad, mami? Ya soy mayor.

Marta y Nico se miraron.

—Sólo un dedito —respondió ella.

—¡Por el nuevo miembro de la familia León! —brindó Ricardo.

—¡Por el nuevo miembro de la familia Sierra! —replicó Nicolás en lo que parecía un duelo de machos cabríos.

—Esto no va a ser fácil —susurró Marta.

—Nada que valga la pena lo es —replicó Nico, rodeándole el hombro con un brazo y plantándole un beso en los labios—. Y esto vale mucho, pero que mucho la pena.

* * *

Una hora más tarde, la mesa estaba libre de copas. Habían tenido que retirarlas para que no se rompieran con tanto intercambio de paquetes.

—En esta bolsa hay algo —anunció Marta, sacando un regalo.

—¿Para quién es? —preguntó Benito esperanzado.

—Para Ricardo.

—¿Para mí? —refunfuñó el patriarca de los León—. Espero que no sea una nueva caña de pescar. No voy a tener tiempo de nada con la llegada del nuevo nieto. Tu madre me va a tener haciendo de canguro, como si lo viera.

Cuando abrió el paquete y vio que era un babero con su nombre bordado, todos se echaron a reír.

Allegra no había sido la única que había vuelto sobre sus pasos para comprar regalos. Marta lo había hecho al día siguiente y había comprado baberos para todos. No se equivocó. Todo el mundo babeaba de satisfacción ante la llegada del pequeño o la pequeña de la familia.

Cada uno de los niños había recibido una película Disney. Anastasia estaba encantada con la película sobre la enigmática princesa rusa que llevaba su nombre, igual que Arturo con *Merlín*, ya que el niño protagonista se llamaba como él. Abril había abrazado su DVD de la película *Fantasia*. Era una gran amante de la música y el ballet, y su padre la había elegido especialmente para ella. Con Benito habían

dudado entre *Dumbo* y *Pinocho*. Al final, compraron *Pinocho*, porque a Marta aún le dolía recordar la escena de la muerte de la madre de Dumbo.

Cuando le regaló a Legs la película *Aladdín*, a la pequeña de los León se le saltaron las lágrimas recordando el día en que Koldo puso a sus pies la noche barcelonesa.

—Eres la mejor, *sis* —la abrazó ella antes de contraatacar con otra película—. Toma, esta es para ti. —Le guiñó el ojo.

—¿*Resacón en Las Vegas?* —exclamó Marta indignada, provocando la risa de Nico.

—De eso tenemos que hablar. —El tono que usó doña Matilde de León acalló las risas—. ¿No creéis que ese bebé que está en camino merece nacer en un hogar decente?

—¿Le parece que este hogar no es decente? —Nico alzó una ceja—. ¿Qué le has contado, Tarta? —Le guiñó el ojo a la que para él era su esposa, con o sin papeles que lo demostraran.

Ella le dio un codazo y lo fulminó con la mirada.

—Mamá, no es el momento —protestó.

—Tu suegra tiene razón, Nico. Yo no he estado en ninguna de vuestras presuntas bodas. —Laura se unió a la campaña iniciada por Matilde—. ¿Dónde se ha visto que en una boda no esté presente la madre del novio?

Nico se quedó boqueando como un pez, buscando una respuesta, pero a los pocos segundos se rindió.

—¿Cuándo nacerá el pequeño? —preguntó Matilde—. Podríamos celebrar una boda-bautizo; eso ahora se lleva mucho.

—Será una niña —comentó Laura—. Tengo un palpito.

Pronto todos se sumieron en una apasionada discusión sobre el sexo del bebé y los posibles nombres.

A Marta le pareció un buen momento para sacar los regalos que le había comprado a Nico. Su idea había sido guardarlos y dárselos en la intimidad, pero no pudo resistirse.

Nico abrió los dos paquetes bajo la mirada expectante de todos. Eran dos disfraces diminutos, uno de enfermera clásica con su cofia, su capa y su cruz roja, y otro de *highlander* en miniatura.

Con los ojos empañados, miró a Marta, que se estaba aguantando la risa. Se levantó y la abrazó, para poder susurrarle al oído:

—¿Quieres que me ponga como un toro delante de todos, mala mujer?

Ella lo abrazó con fuerza, riendo al notar que él la castigaba haciéndole cosquillas en las costillas.

Abril y Anastasia cogieron los disfraces y continuaron discutiendo sobre nombres para el bebé.

—Si es niña, Martina —propuso Abril.

—No, a mí me gusta Paula —protestó Anastasia.

—Y ¿por qué no Engracia, como mi madre? —propuso Nicolás, guiñando el ojo al ver las muecas de las niñas.

—Y si es niño... —empezó a proponer Laura, pero se le quebró la voz.

Nico y Marta se acercaron a ella, que se había sentado, y la abrazaron.

—¿Te gustaría que le pusiéramos Tomás, mamá?

Laura asintió con la cabeza, pero luego negó.

—No lo sé. Me gustaría, pero...

—Tomás sigue viviendo en nuestros corazones, mamá —le aseguró Nico—, nadie podrá ocupar jamás su lugar.

—Tienes razón. —Laura se secó los ojos—. Y hoy es un día de celebración, no de lágrimas. A ver, ¿qué nombres habíais pensado vosotros?

—Pues si es un pequeño *highlander*, habíamos pensado en ponerle William Wallace. —Al ver las caras de susto de las dos abuelas, Nico se apresuró a añadir—: Guille para los amigos.

—Y, si es niña, Florence, como homenaje a la pionera de la enfermería.

—Sí que te ha marcado tu trabajo en el consultorio de los doctores Gutiérrez, hija —comentó Matilde alzando una ceja.

Allegra se acercó a su hermana, que se había puesto como un tomate, y le murmuró al oído:

—¿Dónde los has comprado?

—En una página de internet.

—Ya me pasarás la dirección. Tal vez algún día tenga que encargar un disfraz de mensajero.

Marta enarcó una ceja.

—Cuando pasen las fiestas, hemos de hacer noche de *sisters* y ponernos al día.

Legs alzó el pulgar. En ese momento oyó un aviso de WhatsApp.

«Koldo.»

Efectivamente, el *skater* respondía a su mensaje de hacía un rato con otra foto en la que se lo veía en medio de los Niños Perdidos, que iban con ropa de verano pero con gorros de Papá Noel en la cabeza. Entre todos sujetaban un cartel donde había escrito: «¡Te esperamos, Queen!».

Luego le había enviado un mensaje de texto:

Koldo: Prepara las maletas. El 3 de enero iré a buscarte y volveré a poner el mundo a tus pies.

Marta cotilleó por encima del hombro de su hermana.

—Ay, que me voy a quedar sin mi *sis*.

Allegra se fundió en un abrazo con ella para disimular las lágrimas.

—¡Nunca! Da igual dónde estemos: nada podrá separarnos.

—Lo sé, Legs, era broma. No sabes lo feliz que me hace verte enamorada. Me dolía tanto ver a una mujer tan apasionada como tú malgastar tu vida con hombres que no te merecían.

—No siempre se puede elegir. —Allegra se encogió de hombros—. El patio está muy mal, hermanita. Cuida de Nico —añadió señalándolo con la cabeza—. El insufrible inspector ha resultado ser un tío de puta madre.

En la otra punta del comedor, Nico estaba hablando con sus hijas, que acababan de recibir un wasap de su madre.

—¿Qué se cuenta?

—Dice que Papá Noel ha pasado por casa y que nos ha traído una semana de esquí en Baqueira —respondió Anastasia poniendo los ojos en blanco—. Adolfo y ella nos vendrán a buscar el día 28 y pasaremos la Nochevieja allí.

—Vaya, qué buen regalo, ¿no? —Nico trató de sonar entusiasmado, pero no lo consiguió.

Las niñas lo abrazaron una por cada lado y le dieron un beso en la mejilla.

—Me ha gustado mucho más tu regalo, papi —le aseguró Anastasia—. Me hace una ilusión loca tener un hermanito.

—¡Sí! Es el mejor regalo del mundo mundial. Pero prométeme que si es niña no le pondréis Engracia, por favor.

Nico las abrazó emocionado y sonrió.

—Os lo prometo —susurró.

Aunque sabía que era señal de inmadurez, no pudo evitar pensar que le había ganado esa batalla a la nueva pareja de su exmujer.

«Chúpate ésa, Melenitas.»

La voz de Pablo, el psicólogo que lo había ayudado a superar sus problemas de agresividad después del divorcio, se coló en su cabeza: «Nada de apodos ni insultos. Llámalo por su nombre, Nico».

«¡Chúpate ésa, Adolfo!», se repitió con una sonrisa triunfal.

Barcelona, 3 de enero de 2017

Allegra esperaba, mordiéndose las uñas, en una sala vip del aeropuerto. Se acercaba la noche de Reyes y los críos paseaban nerviosos por las calles de la ciudad, pegando las narices a todas las jugueterías que se encontraban a su paso, aunque ningún niño estaba tan nervioso como ella. Koldo volaba en ese momento hacia Barcelona procedente de Los Ángeles. Y, aunque había intentado que le dijera adónde la llevaba de viaje-sorpresa-regalo de Navidad, el *skater* no había soltado prenda.

La tarde anterior, con la bolsa hecha —con ropa tanto de invierno como de verano, por si acaso—, Allegra se había acercado a casa de su hermana para pasar los nervios de las últimas horas acompañada. Mientras Nico y Ricardo miraban un partido de fútbol en la tele, Marta, Matilde y ella habían tratado de adivinar adónde la llevaría de viaje sorpresa.

Marta, que tenía en las manos la novela que estaba leyendo —*En la boca del lobo*, de Dona Ter—, había suspirado.

—Ojalá te llevara a Islandia. ¡Qué maravilla de paisajes!

Nico se había vuelto hacia ellas.

—Yo voto por Las Vegas. Dile que me llame; le recomendaré una capilla donde hay una chica de Calatayud que no se llama Dolores, sino Rosa, pero que es maja como ella sola.

Marta había carraspeado.

—Reconozco que mis recuerdos de esa noche son un poco borrosos, pero espero que Rosa haya cumplido su sueño y ya no trabaje allí.

—No te preocupes —le había dicho Nico con una sonrisa canalla—. Luego me ocuparé de refrescarte la memoria.

—Yerno, que sigo aquí —le recordó Ricardo.

—Si estuviéramos en el pueblo, me cortaría un poco más, pero en la ciudad, lejos de las escopetas, me siento más seguro —replicó Nico, que sabía que, en el fondo, su suegro era un pedazo de pan—. Además, ya sabe que para mí Marta es lo más *sagrao*, suegro.

—Sí, sí, muy *sagrao*, pero te casaste con ella en Las Vegas. Eso son bodas de chichinabo. En mis tiempos...

—¡Claro! Mallorca —lo interrumpió Matilde, que sabía cómo controlar a su

marido—. Un paseíto en barco por las cuevas del Drac sería muy emocionante. Seguro que tu Koldo no ha visto nada igual. Y es una isla muy romántica, ¿verdad, Ricardo? ¿Les contamos a los chicos lo que hicimos en la cueva?

—¡No hace falta! —respondieron cuatro voces a la vez.

Allegra sonrió recordando el momento familiar y se llevó una mano al estómago al notar una punzada de nervios. Si la vez anterior el *skater* la había llevado a Montjuïc y la había hecho sentir como la princesa Jasmine en *Aladdín*, no se atrevía a imaginarse qué habría ideado para superar esa maravillosa cita. No se le ocurría nada mejor que volar entre sus piernas por las calles de la ciudad; comer pizza sentada en el suelo con los Niños Perdidos y amarse sin descanso en la arena de la playa de la Barceloneta y en lo alto del hotel Vela, pero si algo no le faltaba a Koldo era imaginación. Pronto, pronto lo descubriría.

En ese momento, una auxiliar de tierra entró y la informó de que el vuelo de su acompañante había aterrizado.

—Si me acompaña, le indicaré la sala donde se encuentran los viajeros en tránsito.

Lo reconoció enseguida. Con unos vaqueros negros, una sudadera del mismo color con la capucha puesta y una cazadora de cuero también negra adornada por varias chapas, sintió ganas de comérselo allí mismo.

Cuando la vio entrar, Koldo se echó la capucha hacia atrás y se dirigió hacia ella tan deprisa como pudo sin apretar a correr. Se notaba que en esos momentos echaba de menos un monopatín para poder llegar antes a su lado.

—¡Sí! —susurró abrazándola.

—¡Al fin! —murmuró ella, hundiendo la cara en su pecho.

—Estos días se me han hecho eternos, Legs.

—A mí también. —Allegra alzó la mirada hacia él y le acarició la mejilla angulosa cubierta por dos dedos de barba. Se fijó en que tenía las ojeras más pronunciadas que el último día que lo había visto, pero siguió pareciéndole el hombre más atractivo del mundo—. Mucho más largos que el resto del año, y eso que no he parado de hacer cosas. He tenido que avisar a un montón de gente de que me iba; como no has querido decirme cuánto tiempo estaremos fuera...

—Menos del que me gustaría —la interrumpió él. Le apartó el pelo de la cara y la besó.

Allegra se perdió en el beso y disfrutó de su calor y de su cercanía; del tacto del cuero y de su aroma inconfundible. De pronto, saber adónde iban no le pareció tan importante.

«No, no, no pierdas el control tan pronto», se riñó, dándole un empujón en el pecho.

—No me distraigas y dime de una vez adónde vamos. Me voy a enterar en cuanto lleguemos a la puerta de embarque.

Él sonrió.

—No, si te vendo los ojos.

—¿Serías capaz?

—Ponme a prueba. —Le guiñó un ojo—. Me pierden las sorpresas.

—Y ¿también le taparás la boca a toda la tripulación para que no puedan anunciarlo?

Él fingió pensarlo.

—No me des ideas.

—¡Koldo! ¿Adónde vamos?

—Pasajeros en tránsito a Reunión, embarquen por la puerta veintiuno —anunció la auxiliar de tierra.

Ella se lo quedó mirando boquiabierta.

—¿Es nuestro vuelo?

—Ajá.

—¿Cómo sabías que el sueño de mi vida era ir a la isla Reunión?

Él se echó a reír.

—No lo sabía, pero no me extraña; es mi lugar favorito para perderme. —Se inclinó hacia ella para decirle al oído—: O lo era hasta que te conocí; ahora prefiero perderme entre tus piernas.

—Si me dices esas cosas, *skater*, no te voy a dejar salir del hotel y no vamos a ver nada.

—Humm, ¿y eso debería preocuparme por...?

—¡Claro, porque tú ya conoces la isla! ¿Cuántas veces has estado?

—Unas cuantas. Tiene unas pendientes espectaculares... y poco tráfico.

—Pues yo no he estado nunca —protestó ella—, y no quiero perderme ni un rincón.

—No te perderás ni un rincón. Te lo prometo, Legs, la pondré a tus pies.

* * *

—Aaahhh —exclamó Allegra cuando el helicóptero dio una amplia vuelta encima del mar y salió disparado hacia la altísima pared de piedra y vegetación—. ¡No le va a dar tiempo de elevarse! ¡Nos vamos a empotrar!

El piloto la miró de reojo y sonrió. Se le veía absolutamente relajado. Allegra quiso creer que eso era bueno, que para él sobrevolar la isla volcánica sería como para ella recorrer el centro de Barcelona, aunque su parte paranoica no estaba del

todo convencida.

Cuando la pared de piedra quedó bajo sus pies, soltó el aire aliviada, pero la calma le duró un suspiro, porque el paisaje que se abría ante sus ojos era grandioso, espectacular, sobrecogedor. Aunque había visto muchos documentales sobre la isla, nada podría haberla preparado para el impacto de una naturaleza tan exuberante y sin domesticar.

Era como si el Gran arquitecto hubiera quitado los filtros y las sordinas a la hora de crearla; como si se hubiera permitido experimentar en su día de fiesta. A un lado, un enorme mar de nubes cubría algunos valles, pero el resto de la isla estaba despejado, abriéndose ante sus ojos.

No había nada acogedor en el paisaje. Todo era extremo, brusco, afilado. Los altos picos competían por atraer las miradas. Mientras el helicóptero sobrevolaba el gran circo de Salazie, a Allegra le faltaban ojos para no perderse detalle de la frondosa vegetación, que brotaba gracias a los torrentes que corrían por las vertiginosas pendientes de los valles y se precipitaban por las altísimas cascadas que iban a parar a lagunas que parecían aguamarinas cuando los valles quedaban bruscamente cortados por precipicios y grietas.

Quería comentarlo todo, pero no le daba tiempo, porque las maravillas se sucedían y sólo podía señalar con el dedo a lado y lado para que Koldo no se perdiera nada. No obstante, para su desesperación, él no apartaba la vista de ella. La devoraba con los ojos brillantes, como si quisiera beberse sus emociones.

—¡Koldo, mira esa cascada! Es preciosa.

—Preciosa —repitió él, sonriendo, con la mirada fija en ella.

—¡Déjate de piropos! —exclamó Allegra exasperada—. ¡Mira esa cresta! Es tan afilada que podría partir el helicóptero como si fuera margarina. ¿Qué pico es ése? ¿Lo sabes?

—Es el Piton des Neiges, el punto más elevado de la isla.

—Tiene 3.707 metros —los informó el piloto, que hablaba español—. Es un volcán y a sus pies se extienden los tres grandes circos que forman la parte central de la isla. Vamos a recorrerlos los tres.

—¿Es un volcán activo?

—No, luego sobrevolaremos la zona que mantiene actividad volcánica. El Pitor des Neiges lleva veinte mil años inactivo. Mucha casualidad sería que decidiera despertarse hoy.

—A mí no me extrañaría —le susurró Koldo a Legs al oído—. Tienes la capacidad de activar lo que estaba muerto.

Juguetona y excitada por la altura y la naturaleza salvaje que los rodeaba, ella le llevó una mano a la entrepierna.

Él apoyó su mano encima, para que no la retirara.

—Hablabas de mi corazón, Legs, pero me gusta cómo piensas..., fiera. —La besó y no habría parado, pero ella lo apartó riéndose.

—Luego más, *skater*.

Koldo le rodeó la cintura con un brazo y ella se reclinó en su pecho, disfrutando del amplio y majestuoso paisaje volcánico. Cuando la besó en la cabeza, Allegra suspiró y sonrió. La felicidad existía, no era una leyenda urbana.

Tras recorrer los tres circos del Piton des Neiges, el piloto puso rumbo al extremo sureste de la isla, cruzando amplias zonas boscosas en dirección al Piton de la Fournaise. Mientras se acercaban, les contó que, aunque no era tan alto como el Piton des Neiges, resultaba mucho más atractivo para los turistas, ya que seguía activo y cada año sorprendía a algún grupo de afortunados con sus erupciones y coladas de lava, que en ocasiones habían llegado hasta el mar. Aunque ellos no tuvieron tanta suerte, vieron fumarolas y adivinaron hilos de lava que corrían bajo la superficie.

—¿Qué significa *Fournaise*? —le preguntó Allegra al piloto.

—Significa «horno», pero también «infierno». Aunque hoy está todo muy tranquilo, no siempre ha sido así.

—Se nota; se ven las cicatrices en la tierra. Si estando así de tranquilo ya impresiona, no quiero ni imaginarme cómo debe de ser contemplar una erupción. —Se volvió hacia Koldo—. ¿Tú has visto alguna?

—Sí, tuve suerte y el foco principal entró en erupción la última vez que estuvimos grabando por aquí. No nos dejaron acercarnos mucho, pero incluso desde lejos era glorioso. Desde la casa donde nos alojábamos se veía salir la lava disparada hacia el cielo en plena noche. Era imposible irse a la cama; estuvimos horas contemplando el espectáculo, totalmente hipnótico.

Hipnotizada se sentía Allegra escuchándolo hablar con tanta pasión. No podía apartar la vista de sus labios.

—Me recuerdas al volcán, Legs, desde el primer día que te vi. Pareces tranquila en la superficie, pero por poco que uno se asome a tus ojos, el fuego hierve en tu interior.

Y, si no hervía antes, desde luego empezó a hervir al oírlo hablar. Allegra notó que sus entrañas aumentaban de temperatura a toda velocidad y deseó montarse sobre él y cabalgarlo hasta que ambos estallaran en una violenta erupción conjunta. Y, aunque la sonrisa ladeada de su amante le dijo que sabía lo que estaba pensando y que estaba de acuerdo, se conformó con agarrarlo por la camiseta, darle un beso seco y demasiado corto en los labios, soltar el aire con fuerza y volver a concentrarse en el paisaje.

El helicóptero había puesto rumbo al sur. La vuelta a la isla estaba llegando a su

fin. Koldo había reservado una villa particular para los dos, cerca de Saint-Leu, con plataforma para el aterrizaje de helicópteros.

El piloto los dejó en la casa y se despidió hasta al cabo de dos días, cuando volvería a recogerlos para acercarlos al lugar desde donde harían una ruta de senderismo.

Allegra, que había estado embobada contemplando la casa, se volvió para despedirse de él con una mano, sujetándose el pelo con la otra, mientras el helicóptero se alejaba.

—Es... es...

—¿Te gusta? —preguntó Koldo, dejando las bolsas en el suelo.

Ella la señaló con la mano. Era una casa blanca, de una sola planta, rodeada completamente por un porche sostenido por esbeltas columnas, también blancas. Cinco ventanales de madera del mismo color daban acceso a las estancias principales. Los dueños no habían tenido que preocuparse por el color; de eso se ocupó la naturaleza. Palmeras, helechos y tamarindos daban el toque de verdor al jardín. La casa era como una perla clara en una ostra formada por un semicírculo de montañas cubiertas completamente de vegetación. Allegra no conocía los nombres de las flores que aportaban pinceladas de rosa, rojo y lila, pero eso no le impedía disfrutar de su colorido y de su fragancia.

—¡Es preciosa! Es como estar en el Caribe o... o..., no sé... ¡Me siento la señorita Escarlata en *Lo que el viento se llevó!*

Koldo se echó a reír.

—Sí, fue una mansión colonial, no se puede negar. ¿Vamos a descubrir sus secretos? —la invitó, acercándose y rodeándole la cintura con los brazos.

—He oído que has quedado con el piloto pasado mañana. —Allegra lo abrazó por el cuello y echó las caderas hacia adelante para rozarse contra él—. ¿Qué piensas hacer conmigo hasta entonces, Koldito?

—¿Koldito? ¿Eliges justo el momento de frotarte contra mí para usar diminutivos, Legs? Esto es una declaración de guerra en toda regla.

Los pájaros que anidaban en los tamarindos cercanos dejaron de cantar al oír los extraños sonidos del ritual de apareamiento de la pareja que acababa de invadir sus dominios. Allegra salió corriendo y gritando mientras Koldo la perseguía alrededor de la piscina y en dirección a la casa. Sólo cuando la pareja hubo desaparecido y sus gritos y risas quedaron ocultos tras los muros de la casa, retomaron sus cantos.

Ni la pequeña de las hermanas León ni el rey de los *skaters* oyeron a los pájaros, ni a los insectos ni a las iguanas que correteaban por el jardín, a pesar de que los ventanales quedaron abiertos por las prisas de la carrera.

Avisados de su llegada, la casa estaba limpia y la nevera llena. Se instalaron en el

primer dormitorio que encontraron. Bueno, si es que puede llamarse instalarse a lanzarse sobre la cama de un brinco y empezar a retozar.

Llevaban todo el día arriba y abajo, sin parar, pero ninguno de los dos pensaba en descansar. Al bajar del avión en el aeropuerto Roland Garros en la capital de la isla, Saint-Denis, un chófer los esperaba para llevarlos al helipuerto. Aunque la mayoría de las personas que se cruzaban con el *skater* lo habrían calificado de chico irresponsable por su aspecto, Allegra sabía que era un hombre y, además, uno de palabra. La vida se había encargado de hacerlo madurar muy pronto y se tomaba las cosas muy en serio. Era un hombre de contrastes; la persona más solidaria que conocía pero, al mismo tiempo, tremendamente competitivo.

—De acuerdo, tú ganas —admitió Allegra, haciéndolo rodar y sentándose sobre él—, esta cita ha sido mejor que la de Montjuïc, pero que sepas que la primera siempre ocupará un lugar especial en mi corazón.

Koldo cruzó los brazos detrás de la cabeza. Estaba pálido y ojeroso, pero Allegra lo quería tanto que para ella era el hombre más guapo del mundo.

—Si crees que la cita ha acabado, Legs, estás muy equivocada. Hoy te he regalado el aire. Mañana te regalaré el agua.

—¿Me vas a tener sin beber hasta mañana? —Ella se llevó las manos a la cintura y ladeó la cabeza—. Bueno, ya me las apañaré sola. Seguro que encuentro algo que llevarme a la boca.

Él quiso ofrecerle una bebida fresca de la nevera, pero se quedó sin habla cuando ella se deslizó ágilmente hacia los pies de la cama y le desabrochó el botón de los vaqueros. Al ver la punta del pene de Koldo asomando por encima de la banda del bóxer, Allegra no pudo contenerse y se lanzó como si hubiera estado perdida en el desierto y él fuera su oasis.

—Dios —exclamó él al notar que lo agarraba por encima de la tela, se lo llevaba a la boca y empezaba a succionar con avidez—. Legs, espera..., joder..., deja que me quite..., que te quite..., aah...

Pero la leona se había desmelenado al fin.

—No —replicó soltándolo el tiempo suficiente para bajarle los pantalones por debajo de las caderas—. Eres mi regalo de Navidad. No quiero parecer desagradecida. Me encantó la cazadora, y este viaje es alucinante, pero... si hubieras leído mi carta a los Reyes, habrías visto que lo que había pedido era esto.

Volvió a sujetarle la erección con una mano. Sin la restricción de la ropa, con más libertad de movimientos, se entretuvo en masajearla arriba y abajo con la mano apretada, y sintió un gran placer al ver la expresión de éxtasis en la cara de su amante.

—Me habría gustado ver la cara de los Reyes al leer la carta —replicó él con la voz ronca cuando pudo hablar—. Una mujer de gustos sencillos e ideas claras —

añadió—, justo como a mí me gustan.

—Pues es tu día de suerte, *skater*, porque nunca había tenido las ideas tan claras como ahora.

Allegra volvió a inclinarse sobre su pene, le besó la punta y se la rodeó un par de veces con la lengua antes de volver a introducirse en la boca. Gimió de excitación y de placer al notar su sabor salado. Su sexo palpitaba; le molestaban los vaqueros que había decidido ponerse esa mañana, casi de madrugada, al no saber adónde se dirigirían. Deseó haberse puesto un vestido para poder frotarse contra sus piernas con libertad, pero no quería parar para quitárselos. No había exagerado, estaba sedienta de Koldo: de su cuerpo, de su sabor, de sus caricias. No sabía qué había hecho para merecer la devoción del *skater*, pero no era el momento de darle vueltas a la cabeza; era el momento de otra clase de vueltas.

Con una mano le acarició los testículos, mientras con la otra le sujetaba la base del pene y disfrutaba rodeándole la punta con la lengua como quien saborea un helado. Los gemidos que escapaban de su garganta no dejaban lugar a dudas sobre lo mucho que lo había echado de menos.

—Legs, me matas. —Koldo la había agarrado por el pelo y se había rendido al sensual asalto de la leona.

Ella siguió acariciando, lamiendo y succionando con entusiasmo hasta que él trató de apartarla. Lo miró a los ojos y gruñó sin soltar su presa.

—Legs, te he echado mucho de menos esta semana. Déjame unirme al festín; no te voy a durar nada.

Ella se echó el pelo hacia atrás y volvió a gruñir mientras negaba con la cabeza. Se inclinó hacia él con la boca abierta.

—Legs...

Allegra lo inmovilizó con la mirada y alzó una ceja desafiante.

—Oh, me rindo; soy tuyo. Haz conmigo lo que quieras.

—Lo que quiera, ¿eh?

Sin saber de dónde le venía ese arrebatado de maldad, Allegra no pudo resistirse al impulso de ir a buscar el bolso que había tirado en el suelo del dormitorio y volver con algo en la mano.

Él la miró sin entender.

—¿Qué llevas ahí?

Ella le mostró el rotulador metálico en forma de bala que había estado a punto de provocar su primera pelea en el hotel Vela y que había llegado a sus manos por una travesura de Gale, unas de las niñas adoptadas de Koldo.

Al verlo, él tragó saliva.

—Has dicho que hiciera contigo lo que quisiera —susurró ella acercándose a

los labios y trazando con él una línea recta en dirección sur—. ¿Confías en mí, Koldo? Necesito que confíes en mí —lo provocó, repitiéndole sus palabras mientras le pasaba el metal por las ingles en dirección a su entrada más íntima.

Él se revolvió, excitado pero incómodo.

—Legs, sabes que confío en ti, pero...

—¿Pero, *skater*?

—Pero ahora quiero hacerte el amor.

Ella le sostuvo la mirada y guardó silencio hasta que él soltó un largo suspiro.

—Tienes razón, lo siento, fui un capullo. Lo de aquella noche fue tan intenso que me asustó. Sabía que tenía que marcharme y tuve miedo de enamorarme de ti. Pensé que tal vez, si te ahuyentaba, me ahorraría sufrir... Sí, ya lo sé, las cosas no van así. He tenido tiempo de arrepentirme durante todo este año.

—Aunque no lo creas, te entiendo. Me cabreé mucho contigo, pero te perdóné enseguida. Si no respondí a tus mensajes fue por lo mismo. Creí que podría domesticar mis sentimientos y que sufriría menos si no volvía a verte. Ya ves, somos tal para cual.

—¿Entonces? —Koldo señaló el rotulador.

Ella lo abrió.

—Anda, firmame la camiseta, aquí, encima de la teta. Todavía no tengo ningún autógrafo tuyo.

Él echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír a carcajadas.

—Legs, eres única.

Incorporándose un poco, le plantó su firma sobre el corazón. Al acabar, trató de quitarle la camiseta, pero ella se lo impidió, dándole un empujón y tumbándolo de nuevo en la cama.

—Eres mío, *skater*, ¿ya lo has olvidado? —Allegra sacudió la cabeza, chasqueando la lengua—. Supongo que no te queda sangre en el cerebro. —Le apretó el pene y lo acarició arriba y abajo, notando que crecía y se endurecía un poco más—. No importa; la necesito aquí —añadió guiñándole el ojo.

Cuando volvió a meterse el endurecido miembro en la boca y empezó a succionarlo rítmicamente, él echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos y gimió.

—Sí, así, Legs. Dios, cómo me gusta.

Tal como le había advertido, no aguantó mucho. Sus gemidos se volvieron cada vez más intensos y entrecortados. Poco después, ella notó que le sujetaba la cabeza con más fuerza e intensificó su asalto. Cuando se derramó en su boca con un grito desgarrado, Allegra pudo al fin saciar esa sed que nada más podía calmar.

Se encargó de que no se desperdiciara ni una gota y, sólo cuando estuvo convencida de que no iba a conseguir nada más, ascendió a cuatro patas por la cama y

se quedó mirándolo desde arriba, relamiéndose con languidez felina.

Koldo se apartó el brazo con que se había tapado los ojos y le dirigió una media sonrisa con los ojos brillantes de emoción.

—La luz se filtra entre tu pelo; es lo más hermoso que he visto nunca. Si muriera ahora, moriría feliz.

Con un movimiento brusco, barrió el brazo de Allegra de la cama, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera sobre su pecho.

Ella ahogó una exclamación y, casi sin darse cuenta de lo que pasaba, se encontró tumbada boca arriba, bajo los brazos de Koldo, que le había dado la vuelta.

—Eres una amante de primera pero una pésima anfitriona, Legs. —Ella alzó una ceja—. Has bebido hasta hartarte, pero no me has ofrecido nada... Y resulta que yo también estoy sediento. —Le apoyó las manos en las rodillas, le separó las piernas y se abalanzó sobre su sexo, aún cubierto por la ropa.

Esta vez fue ella la que protestó y él quien la torturó un rato hasta liberarla de la prisión de los pantalones y la ropa interior. Esta vez fue él quien disfrutó de su sabor salado, de sus gemidos y de sus estremecimientos. Cuando, minutos después, Allegra le rogó desesperada que la penetrara, él ya se había recuperado lo suficiente como para cumplir su deseo compartido.

—Sabes a mar, Legs. Sabes al Cantábrico de mi infancia, al Pacífico que baña mi casa, al Índico donde te llevaré mañana. Sabes al mar donde empezó la vida en la Tierra y donde espero que algún día descansen mis cenizas.

Ella abrió mucho los ojos al oírlo.

—No pienses en esas cosas, por favor, y menos ahora. Ven —sujetándolo por las caderas, alzó la pelvis.

Él la embistió sin vacilaciones, llegando hasta el fondo de su vientre. Mientras permanecía firmemente clavado en ella, le retiró el pelo de la cara con las dos manos para penetrarla con una mirada tan cargada de emociones que le inundó el corazón.

—Koldo —murmuró con la voz rota. Los sentimientos de ambos se unieron en el corazón de Allegra, que, aunque trató de expandirse al máximo para darles cabida, no pudo asimilarlos todos y acabaron rebosando en forma de lágrimas—. Te quiero tanto. No vuelvas a desaparecer nunca de mi vida, ¿me oyes? —Un velo cubrió los ojos del *skater*. Las alarmas se dispararon en el cerebro de Allegra, que las hizo callar. No, no podía volver a desaparecer como si nada. Era imposible. Él la quería—. Prométemelo.

Él echó las caderas hacia atrás y volvió a clavarse en su interior con lentitud, en un movimiento parsimonioso que parecía no tener fin.

—Te lo prometo, Legs. —Se inclinó hacia ella y tomó posesión de su boca—. Somos uno; nadie podrá separarnos nunca.

La pareja dejó de contenerse y dio rienda suelta a sus deseos. Ella le clavó las uñas en la espalda, apremiándolo a embestirla con más fuerza. Trató de darle la vuelta para montarlo y tener el control de la situación, pero pronto el ritmo frenético con que la empotraba en la cama le robó las fuerzas. Probó a rodearle la cintura con los muslos, pero él lo impidió. Le sujetó las rodillas y le separó las piernas, manteniéndolas clavadas al colchón con sus manos. La nueva postura hizo que él alcanzara rincones que hasta ese momento no se habían unido a la fiesta. Instantes más tarde, Allegra sintió que la fuerza telúrica de la isla se había concentrado en su interior.

—¡Ko... Koldo! No... no me dejes —le rogó.

Y, siempre dispuesto a hacer realidad sus deseos, cuando un momento después Allegra salió disparada con las alas del orgasmo, él la abrazó con fuerza y voló con ella. Unidos, llegaron más arriba de lo que ningún volcán de la isla había llegado jamás. Porque, cuando estaban juntos, los límites desaparecían. Ellos creaban un universo propio, con sus propias reglas, forjado por la fuerza de su amor.

Saint-Leu, isla Reunión, 4 de enero de 2017

—¡Cuidado! —exclamó Allegra al ver que una pareja colgada de un parapente se dirigía hacia ellos a toda velocidad. Apoyó los brazos en los hombros de Koldo y lo sumergió en las aguas poco profundas de la laguna coralina que se extendía en la costa suroeste de la isla.

Desde debajo del agua, el *skater* tiró de ella y la sumergió. Trató de besarla, pero las gafas y los tubos de esnórquel se interpusieron entre ellos y volvieron a la superficie entre risas.

—¡La visión desde los parapentes debe de ser impresionante!

—Lo es. En días soleados como hoy, el agua dentro de la laguna es color turquesa. Se ven las rayas y las tortugas nadando entre el coral.

—Lástima que no sea temporada de ballenas.

—Sí, es una lástima, pero volveremos, te lo prometo. De todos modos, no podemos quejarnos. Estamos en plena temporada de ciclones. Poder disfrutar de un día como hoy es un regalo.

Ella lo abrazó por la cintura y lo besó.

—Son los mejores Reyes adelantados de toda mi vida. Estar a tu lado es un regalo. Contigo es imposible aburrirse.

El monitor que les había facilitado el equipamiento y les había indicado los mejores rincones para observar la vida marina regresó con tres tablas de surf y tres remos.

—Pues no, parece que no nos vamos a aburrir. ¿Qué nos has preparado, Jean-Pierre? —le preguntó Koldo en francés.

—Una visita a Le Souffleur —respondió el guapo guía, que tenía esa belleza que da la mezcla de razas.

La pareja siguió a Jean-Pierre entre las formaciones coralinas, bajando de la tabla de vez en cuando para contemplar los peces, las langostas y demás fauna local.

Cuando Allegra se enteró de que había morenas y tiburones en la zona, subió a la tabla y se abrazó las piernas.

—¡No pienso volver a meter los pies en el agua!

Koldo y Jean-Pierre se echaron a reír, pero al ver que lo estaba pasando mal, el *skater* le pidió al guía que les buscara un kayak para seguir con la excursión. Jean-

Pierre conocía a todo el mundo y no tardó en conseguirles uno. Y así, con la falsa seguridad que le daba tener un suelo bajo los pies, la pequeña de las hermanas León se relajó lo suficiente como para disfrutar del paseo.

Le Souffleur resultó ser una cueva submarina excavada en la lava con una abertura en la parte superior. Cuando el oleaje se metía en la cueva, salía disparado por el agujero del techo formando un surtidor. Las gotas de agua captaban la luz y la fragmentaban, originando una danza de arcoíris en constante movimiento.

Tras el espectáculo que la naturaleza creaba usando únicamente el agua y la luz, el guía los llevó a un restaurante cercano, donde disfrutaron de un delicioso curry de langosta con arroz.

Cuando la camarera se acercó a ofrecerles los postres, Koldo cogió un par de papayas y se levantó.

—El postre nos lo llevamos puesto —dijo tomando a Allegra de la mano para marcharse.

—¿Nos vamos sin pagar? —exclamó ella.

—La agencia de viajes se ocupa de todo.

—Guau, podría acostumbrarme a vivir así.

Mientras volvían a la casa colonial en un coche que la agencia les había enviado, Legs apoyó la cara en el pecho de Koldo, que la rodeó con sus brazos.

—Espero que esta tarde no hayas preparado ninguna actividad —murmuró soñolienta.

—¿Qué te apetece hacer, mi leona?

—Pasar la tarde en la cama, a tu lado.

Allegra notó que él sonreía con la boca pegada a su pelo.

—Tus deseos son órdenes.

* * *

Al tercer día, Koldo tenía previsto regalarle la tierra haciendo una ascensión al Piton des Neiges, pero la naturaleza tenía otros planes. La agente de viajes que se encargaba de todo durante su estancia llamó para decirle que el día se había levantado cubierto, por lo que no era recomendable subir a la montaña. Cuando le propuso una visita alternativa, el *skater* no necesitó consultarlo con Allegra; supo que la excursión le iba a encantar.

El helicóptero los llevó a Hell-Bourg, una preciosa localidad situada en el circo de Salazie, en una zona muy verde, cerca del Piton des Neiges.

—¿Por qué se llama Hell-Bourg? —preguntó Allegra curiosa—. *Hell* es «infierno» en inglés, ¿tan horrible es?

El piloto se echó a reír.

—No, al revés, está considerado uno de los pueblos más bonitos de Francia. El nombre le viene de un gobernador de la isla, Anne Chrétien Louis de Hell.

—¿Será *gobernadora*?

—No, no, Anne Chrétien Louis era un hombre.

—Ah. —Allegra se encogió de hombros.

—No puede uno fiarse de las apariencias —comentó Koldo.

—¡Que me lo digan a mí! —replicó Legs alegremente, volviéndose hacia él y besándole el cuello—. Cuando te conocí, pensaba que eras un *skater* sin blanca que iba a instalarse en el piso de mis vecinos y no me iba a dejar dormir.

—Bueno, al menos, una de esas tres cosas ha resultado ser verdad. —Koldo le guiñó el ojo y le hizo cosquillas en la cintura.

—Estamos llegando —les anunció el piloto—. Un coche los esperará a la salida del museo para seguir con las actividades del día.

—¿Museo? —Allegra arrugó la nariz—. ¿Vamos a ver un museo? Esto sí que no me lo esperaba de ti. Si hubiera sido Darío...

—Anda, ven, gruñona, que te va a gustar.

Cuando llegaron a la puerta del museo, a Allegra se le iluminaron los ojos.

—«Musée des Instruments et Musiques de l'Océan Indien» —leyó con un acento horroroso—. Pufff, el francés se me da fatal.

—No estoy de acuerdo —Koldo le guiñó el ojo—, por suerte para mí.

—¡Un museo de la música en este rincón perdido del mundo! ¡Guau! Eres una caja de sorpresas.

—En este caso, el mérito no es mío. No tenía ni idea de que existiera. Hoy la visita es sorpresa para los dos.

—¡Bien! —Allegra sonrió—. Pues vamos a disfrutar de nuestra sorpresa. ¿A qué esperamos?

El museo resultó ser un espacio encantador. Estaba repartido en varias casitas bajas de color teja. En ellas se podían contemplar instrumentos llegados de todos los rincones del mundo que formaban parte de la mezcla que era la isla Reunión, un nombre que le venía que ni pintado. A Allegra le faltaban manos para señalar los bongós africanos, las delicadas cítaras de la India, las guitarras y los acordeones llegados de Europa, además de otros indonesios, malgaches o chinos que no había visto nunca.

—¡Mira! ¿Qué es eso? Parece un barco egipcio.

Koldo se acercó al cartel.

—Qué nombre tan raro, no soy capaz ni de pronunciarlo, pero es chino, eso está claro.

—Debe de tocarse como un arpa..., supongo.

—¿Vamos a ver si venden alguno de recuerdo en la tienda del museo y se lo llevamos a Kevin? —bromeó Koldo—. Le daría a los Sauryn un toque original, ¿no crees?

»¿Cómo están, por cierto? ¿Sobreviven sin ti?

—Más les vale. Los amenacé con romper nuestra relación si se les ocurría llamarme durante mis vacaciones. Parece que se lo tomaron en serio.

—No me extraña. Das mucho miedo cuando te enfadas, fiero.

—¿Yo? —Allegra batió las pestañas, fingiendo una inocencia que estaba muy lejos de sentir mientras salían de la sala dedicada a China—. Pero si soy mansa como una oveja.

Koldo la empujó contra la pared del edificio, le deslizó la rodilla entre las piernas y empujó la pelvis hacia adelante, haciendo que ella contuviera el aliento.

—¿Quieres despertar al lobo que hay en mí, ovejita? —le susurró al oído, lamiéndole el cuello y succionándole el lóbulo de la oreja.

Ella gimió cuando se le doblaron las rodillas y su sexo quedó firmemente en contacto con la rodilla de él.

Asintió en silencio, incapaz de hablar.

—Vamos —susurró él, tirando de su mano.

Tal como les había asegurado el piloto, un coche los esperaba en la puerta del museo. Koldo le pidió al chófer que los llevara a algún hotel cercano, donde se pudiera comer. El conductor sonrió y los acompañó al establecimiento de sus cuñados, donde, tras compartir una parrillada de carne estilo criollo, se retiraron a descansar a una de las habitaciones.

—Casi no has comido nada —comentó Allegra mientras entraban en la sencilla pero acogedora habitación—. ¿No tenías hambre?

—Me estaba reservando para mi oveja favorita —respondió él con una mirada febril.

—Eres insaciable, *skater* —susurró ella, dejando el bolso sobre una silla.

—¿Alguna queja, Legs? —La empujó en dirección a la cama con dosel, cubierta con mosquiteras.

—Si se me ocurre alguna, te la haré llegar por escrito —bromeó ella. Cuando topó con el borde la cama, se dejó caer hacia atrás, agarrándolo por la camiseta y haciéndolo caer sobre ella—. Mientras tanto, no pares.

* * *

Allegra no sabía qué hora era. Habían pasado mucho rato haciendo el amor,

dormitando y amándose de nuevo. El sol iba de baja. Se volvió hacia Koldo, le sopló la cara para apartarle el pelo y vio que dormía profundamente.

Se levantó para ir al baño y, al volver, comprobó si tenía alguna llamada o mensaje urgente. Había varios *e-mails* de trabajo, pero ninguno que requiriera una respuesta inmediata.

Tenía un wasap de su hermana, con una foto de los niños en el balcón de casa de los padres de Nico, a punto para ver pasar la cabalgata de Reyes. No pudo resistir la tentación, salió a la terraza y la llamó.

—¡Legs! —respondió Marta—. ¿Qué tal todo? ¿Te gusta la isla?

—¡No! ¡Gustar es poco! ¡Es increíble, alucinante, como estar en otro planeta!

—Vaya, se te ve eufórica. ¿No tendrá nada que ver cierto patinador con tu estado de ánimo?

Ella suspiró.

—Vale, no hay más preguntas, señorita. ¿Qué habéis visitado hasta ahora?

Legs le contó la idea de Koldo de regalarle cada día uno de los elementos.

—Caramba, ¿te ha regalado el aire, el agua y la tierra?

—Sí, mañana toca el fuego.

—No pretenderás que me crea que no ha habido fuego entre vosotros durante estos tres días, ¿no? —Allegra sintió que la lava volvía a revolverse y a burbujear en su interior—. Qué silencio tan elocuente, *sis* —añadió Marta, aguantándose la risa—. Anda, vuelve con tu bombero, que te apague ese incendio.

—Muy graciosa, hermanita. No me meto contigo, porque los Reyes están a punto de llegar y no quiero quedarme sin mi regalo por mala hermana.

—Ya. No te metes conmigo porque tu *skater* te tiene sorbido el seso y con esa sonrisa bobalicona en la cara no hay quien diga maldades.

Allegra sintió unas tremendas ganas de sorber algo, y no era precisamente el seso de su compañero de cama. Carraspeó y se despidió de su hermana.

—Envíame fotos mañana, cuando los niños abran los regalos, ¿vale? Y diles que, cuando vuelva, miraremos si han dejado algo en mi casa.

—Vale, *sister*, cuídate.

—Tú también, Tarta.

Pensando en regalos, volvió a la cama con ganas de abrazar a su único amor, un regalo que pensó que había perdido pero que, cuando menos lo esperaba, la vida le había devuelto.

—Koldo —canturreó sentándose en la cama y acercándose a él—. Está anocheciendo. ¿Volvemos a la casa colonial o nos quedamos aquí? Mejor volvemos, ¿no? Tengo tu regalo de Reyes en la bolsa.

Él movió la cabeza a un lado y a otro, pero no se despertó.

Allegra lo agarró del brazo y lo sacudió, pero tampoco obtuvo respuesta.

—Koldo —lo llamó, empezando a preocuparse.

El *skater*, acostumbrado a cuidar de sus Niños Perdidos, tenía el sueño muy ligero; no era normal verlo así.

—¡Koldo! ¡Koldo, despierta!

Él gimió. Cuando Allegra le apoyó la mano en la frente, sintió una sacudida de pánico. Estaba ardiendo.

—¡Koldo, por el amor de Dios! —exclamó aterrorizada—. ¡Despierta! ¡No me dejes, ni se te ocurra dejarme! ¡Me lo prometiste! ¡Me lo prometiste!

Centro hospitalario Félix Guyon, Saint-Denis, isla Reunión, 6 de enero de 2017

Allegra caminaba por el pasillo del hospital donde Koldo estaba ingresado. Si la lucha de los médicos se centraba en bajarle la fiebre, la suya tenía tres frentes abiertos: por un lado, luchaba contra su conciencia, empeñada en culparla de la recaída del *skater*. No podía dejarse abatir por la culpabilidad porque había cosas más urgentes de las que ocuparse. Si no lograban que Koldo remontara esa nueva crisis de su maldita enfermedad, tendría toda la vida por delante para fustigarse.

Por otro lado, tras darse cuenta de la lentitud con que funcionaba todo a nivel oficial, estaba tirando de todos sus contactos para conseguir que lo trasladaran a un hospital español.

Y, por último, había empezado a buscarle un donante de médula. El médico que lo había atendido se había puesto en contacto con el hospital de Los Ángeles donde lo habían tratado durante su última recaída, y las noticias no eran esperanzadoras. Sin un trasplante, las probabilidades de curación eran muy escasas.

Reunión era una isla de grandes contrastes, pero ni siquiera los tres días que había pasado allí la habían preparado para pasar en segundos de la felicidad más completa a la desesperación más absoluta.

Al ver que Koldo no reaccionaba, había bajado gritando a la recepción del pequeño albergue, y los dueños se habían puesto en contacto con la agencia de helicópteros. El piloto había ido a buscarlos y los habían trasladado a un hospital de la capital de la isla.

Mientras los médicos se esforzaban en bajarle la fiebre, Allegra había tratado de ponerse en contacto con las autoridades diplomáticas españolas en la isla, pero no había, así que había tenido que contactar con la embajada de Francia en Madrid. Cuando le saltó el contestador y oyó que las oficinas estaban cerradas hasta el lunes porque el día siguiente era festivo, había dado un puñetazo en la pared.

Gritó, lloró y maldijo, pero, aparte de para desahogarse, vio que no servía de nada y cambió de táctica. Necesitaba ayuda. Ella sola no podía hacer nada, así que tiró de agenda.

Empezó a llamar a todos sus conocidos, pidiéndoles que se pusieran en contacto con cualquiera que pudiera ayudar a Koldo: médicos, ONG, partidos políticos, sindicatos, periodistas...

Vía Facebook, envió un mensaje a Gale, a Luan y a Matt, los Niños Perdidos más mayores. Gale no tardó en responderle. La joven, mucho más sensata de lo que uno podía suponer por su edad, y acostumbrada a responsabilizarse de sus hermanos menores, la informó de que Koldo tenía un seguro médico que cubría incidentes en cualquier parte del mundo, lo que hizo que Allegra se desplomara en el asiento y se relajara mínimamente por primera vez en horas.

—El muy cabezota no acabó el tratamiento porque quiso volar a Barcelona en cuanto te pusiste en contacto con él —le contó la joven, y el alivio que acababa de sentir fue sustituido por una puñalada de culpabilidad—. No quiso escuchar a los médicos ni a nadie. Pidió el alta voluntaria y se puso a preparar la cita perfecta. —Gale hizo una pausa—. Estaba tan feliz; hacía tanto tiempo que no lo veía tan feliz. De hecho, nunca lo había visto así... Nos prometió que se tomaría la medicación que le dieron en el hospital. ¿Se la tomó?

Allegra hizo un repaso mental de los días anteriores y se dio cuenta de que no lo había visto medicarse en todo el tiempo que habían pasado juntos. Al parecer, su *skater* había querido olvidarse de todo menos de ella. Había querido vivir esos días como si fueran una pareja normal, no un paciente y su cuidadora.

«¡Maldita sea, Koldo!»

Por último, Gale le facilitó una información muy valiosa: la contraseña del móvil del *skater*. Gracias a eso, podría seguir pidiendo ayuda; esta vez, directamente a sus amigos y conocidos.

—Un consejo —añadió Gale—. No te pongas en contacto con su abuela. Una vez intenté invitarla por Navidad y se volvió loco. Nunca lo había visto así.

—Qué pena, pero no te preocupes, no lo haré.

Pocas horas más tarde, una avioneta medicalizada salía de Barcelona en dirección a Saint-Denis. La aseguradora se ocupó de todo. Tras avisar a los médicos de que prepararan al paciente para el traslado, Allegra volvió a la sala de espera a revisar los mensajes recibidos.

Se había puesto en contacto con todo tipo de gente. Hasta ese momento, la llamada que más la sorprendió fue la de Darío, ya que, en vez de responder él, la saludó la voz almibarada de Martina Martinelli, una voz que habría reconocido en cualquier parte.

—¡Allegra, contigo quería yo hablar!

—¿Martina? ¿Me he equivocado de número?

—No, no, estoy con Darío; volvió a Barcelona hace tres días. Hemos pasado todo este tiempo... hablando —Legs oyó la risa del tenor de fondo— y estamos de acuerdo en todo. Quería darte las gracias por habérmelo enviado. Sé que él y yo vamos a hacer... grandes cosas juntos.

—Martina, te deseo suerte, pero no tengo tiempo para tus maquinaciones. Pásame

a Darío. Mi chico está enfermo, muy grave, y necesito que me ayude.

Por una vez en la vida, Martina no le puso las cosas difíciles y le pasó el teléfono a Darío. El tenor le aseguró que contactaría con todos sus conocidos del mundo de la ópera para extender la petición de ayuda, pero, antes de que colgara, Martina le arrebató el móvil.

—Legs, sé que no me he portado bien contigo, pero siento lo de tu chico. Me gusta Darío; me gusta mucho, creo que nos vamos a entender muy bien y quiero agradecértelo de alguna manera. Llamar a tus amistades está bien, pero creo que deberías usar el poder de las redes sociales. Entiendo que no tengas la cabeza para esas cosas: deja que me ocupe yo. Voy a abrir páginas en todas las redes pidiendo ayuda para Koldo. Lo conozco, es el número uno en lo suyo; ese chico tiene millones de seguidores en todo el mundo. Si se enteraran de lo que le pasa, estoy segura de que se volcarían a donar médula para ayudarlo.

—No sé, Martina. Koldo me contó que habían tratado de mantenerlo en secreto para no perder a los patrocinadores.

—Ya, pero si no encuentra un donante, ¿de qué le van a servir los patrocinadores?

A Allegra se le hizo un nudo en el corazón. No sabía si el talento del virtuoso en la cama había transformado a Martina o si se trataba de la última zancadilla de su rival, pero no era momento para dudas; era momento de actuar.

—Tienes razón, Martina. Te paso el teléfono de Gale, la hermana de Koldo. Ella te dará toda la información que necesites sobre las actividades benéficas que lleva años realizando en secreto. Ya es hora de que se sepa todo lo que ha hecho por los demás. Ya es hora de que la vida le devuelva un poco de su generosidad. Gracias, muchas gracias, Martina, no lo olvidaré.

Allegra pasó el resto del día en la sala de espera o, como ella la había bautizado, «la sala de desespera». La crisis de Koldo había sido muy fuerte. La falta de tratamiento, unida al cansancio, había estado a punto de acabar con su vida. Legs no hacía más que torturarse mentalmente. ¿Cómo había podido estar tan ciega? ¿Cómo no se había dado cuenta de lo pálido que estaba, de su falta de apetito, de la pérdida de peso...?

«¡Por favor, por favor, Dios, no te lo lleves! Ya sé que es un ángel, pero déjalo en la Tierra un poco más. Si no por mí, por todos los niños a los que ayuda. Bueno, vale, y por mí también. Si dejas que se quede conmigo un poco más, prometo cuidarlo el resto de mi vida. Lo ayudaré en todo lo que pueda... y... ¡dejaré de comer helado de *cheesecake*! ¡Lo prometo!»

Se había sentado al lado del único enchufe de la sala para tener el móvil conectado en todo momento. Era su salvavidas. De no haber sido por los mensajes y las llamadas de su hermana y de un montón de gente más, ya se habría vuelto loca.

Probablemente se durmió con la cabeza apoyada en la pared, porque, cuando se dio cuenta, el teléfono la despertó. Era su madre. No había querido avisarla por no preocuparla, pero se imaginó que Marta había hablado con ella.

—Mamá.

—Cariño, ¿cómo estás?

—Eh..., depende, ¿qué es lo que sabes?

—Acabo de verlo en las noticias. ¿Cómo está Koldo?

Allegra sacudió la cabeza confundida.

—¿En las noticias? ¿De qué hablas, mamá? ¿Qué has visto?

Al parecer, la campaña lanzada por Martina se había hecho viral en pocas horas. La representante y antigua rival de Allegra había abierto una página en Change.org exponiendo el caso del solidario campeón de *skate* que necesitaba un trasplante urgente para sobrevivir. La campaña se había movido por las redes a toda velocidad y la noticia de la enfermedad de su ídolo se había extendido como la espuma entre la comunidad *skater* internacional.

El lema creado por Martina había sido: «Este año, sé tú el rey Mago: dona vida». La gente se hizo suya la campaña, usando el lema de Martina y creando otros. Empezaron a grabarse vídeos con sus monopatines. Algunos de ellos escribían su petición en el suelo de la carretera; otros, en sus *skates*; otros sostenían cartulinas en la mano.

Pronto, todos los *trending topics* de Twitter estaban relacionados con Koldo. Y no sólo Twitter se hacía eco de la campaña. Facebook, Instagram, Snapchat, YouTube, WhatsApp..., los vídeos circulaban por todas partes.

Cuando Matilde había puesto las noticias, el informativo había abierto con la llamada de socorro. #SéUnReyMago #LongLifeTheKing #DonaMédulaDonaVida #KoldoGetWellSoon y otros *hashtags* parecidos se habían apoderado de las redes y de las conciencias.

—Hay colas en hospitales de todo el mundo para donar médula, Legs —le contó su madre emocionada—. Se salvará, ya lo verás.

Allegra no pudo seguir conteniendo las lágrimas. Miró hacia el cielo y le dio las gracias a un Dios al que tenía muy abandonado, pero que, por suerte para todos, no era rencoroso.

Finalmente tuvo que colgar porque la avioneta medicalizada acababa de llegar al aeropuerto de Saint-Denis. Una ambulancia estaba preparada para hacer el traslado. El piloto del helicóptero se había encargado de recoger su equipaje en la casa colonial y la esperaba a la salida del hospital para acompañarla al aeropuerto.

Allegra había dejado de insistir para que le permitieran ver a Koldo. Le había dicho que estaba inconsciente y que, debido a su bajo nivel de defensas, cuanto menos

contacto tuviera con otras personas, mejor, así que se limitó a asegurarse de que el traslado se hacía cuanto antes.

Se despidió del piloto, dándole las gracias por todo.

—Espero que se recupere pronto —le deseó él—, y que vuelvan para completar el viaje.

Con el corazón en un puño, Legs asintió, le dio las gracias de nuevo y subió a la avioneta.

Clínica Universitaria de Navarra, 7 de enero de 2017

—Lo siento. —El jefe del servicio de trasplantes sacudió la cabeza.

—¿Están seguros? —exclamó Allegra. Veinticuatro horas más tarde, el estado de Koldo se había agravado—. No pueden haber examinado todas las donaciones. ¡Sigar buscando! ¡Alguna tiene que ser compatible!

Nico y Marta se habían desplazado a Pamplona para acompañarla. Matilde y Ricardo se habían quedado con los niños, aunque Sofia, la canguro de los pequeños, se había ofrecido a quedarse a dormir con ellos para que los abuelos también pudieran acompañar a su hija en esos momentos. Marta se lo había planteado a su hermana, pero Legs prefirió que no vinieran. No estaba de humor para hablar con nadie, ni siquiera con su madre. Nico lo comprobó en persona cuando trató de ponerle las manos sobre los hombros para consolarla y ella se lo quitó de encima con brusquedad.

La actividad desde que habían regresado de la isla Reunión había sido frenética. Todo estaba listo para efectuarle un trasplante de médula a Koldo; todo, menos el donante. Aunque los profesionales involucrados estaban impresionados por la cantidad de donaciones que se habían hecho para salvar al *skater*, por desgracia, ninguna de ellas era compatible. Tampoco las de Marta, Nico o la propia Allegra. Su médula podría salvar a otros pacientes, pero a Koldo no.

—Por supuesto que seguimos buscamos —la tranquilizó el médico—, estamos conectados con el Centro Nacional de Trasplantes las veinticuatro horas y ellos están en contacto con el resto del mundo, pero el tipo HLA del paciente es poco común. Me imagino que todos los parientes han sido testados, pero, por si acaso, me gusta insistir en el tema. A menudo, por absurdas disputas familiares se deja de lado a parte de la familia. ¿El paciente no tiene algún hermano o medio hermano? Muchas veces hay hermanos secretos que sólo los más íntimos conocen. Eso ampliaría las posibilidades.

—No —murmuró ella—, que yo sepa, no. —Se llevó el puño a la boca y se mordió los nudillos—. Pero deje que me informe. Si tiene alguno, lo traeré aunque sea a rastras.

El doctor asintió con solemnidad.

—No tarde mucho —dijo, y Allegra sintió que se le doblaban las rodillas.

Mientras el médico se retiraba, Nico y Marta la sujetaron uno de cada brazo.

—Siéntate. —Nico la guio hacia una de las sillas de la sala de espera—. Si te mareas, va a ser peor.

—Ve a buscarle un café —le pidió Marta—, bien cargado de azúcar.

Nico fue a por cafés y Allegra no perdió ni un instante en buscar entre los contactos del teléfono de Koldo hasta dar con el nombre que buscaba. Al tercer timbrazo, respondieron.

—Pero ¡qué alegría me das, hombre! —exclamó Santi, el trabajador social que había ayudado a Koldo en el centro de menores y le había regalado su primer monopatín—. Te vi en las noticias y me llevé un susto de muerte.

—No soy Koldo —replicó ella con un nudo en la garganta—, soy su novia. Está ingresado en Pamplona; necesita ayuda urgente.

—Joder —susurró el hombre al otro lado de la línea—. Claro, ¿qué puedo hacer?

* * *

Barakaldo, Bizkaia

Horas más tarde, Santi llamaba a la puerta del piso de un barrio humilde. El trabajador social, que actualmente era el director del centro de menores donde el *skater* había pasado tres años encerrado, había llamado a Eulari —la abuela de Koldo— por teléfono, pero la amargada mujer no había querido saber nada de su nieto.

Santi llamó a Allegra para comunicárselo, pero ella se negó a aceptar la derrota. Nico y Marta la acompañaron a Barakaldo y Santi se reunió con ellos frente a la casa.

Los cuatro aporrearon la puerta hasta que la anciana les abrió de mala gana para evitar que los vecinos siguieran asomándose a ver qué pasaba.

—Largo de aquí o llamo a la policía. ¡Ésta es una casa decente y cristiana!

—¿Decente y cristiana? —Allegra no pudo contenerse y soltó toda la frustración que llevaba dos días acumulando—. ¿Qué tiene de cristiano olvidarse de los que son sangre de tu sangre y dejarlos morir sin mover un dedo por salvarlos?

—No grite. En esta casa ya nadie grita.

—No, no hay gritos. Se ocupó de eliminar cualquier cosa que le recordara a su hija, ¿no? —La mujer dio un paso atrás como si hubiera recibido un puñetazo y palideció—. Aunque para eso tuviera que encerrar a un chico inocente.

—¿Qué sabrás tú? ¿Quién te envía...? ¿Satanás?

Allegra la miró fijamente. Los ojos de la anciana eran dos pozos de oscuridad. Vio soledad, una soledad profunda y arraigada, pero también culpabilidad y miedo. Tan concentrada estaba en su duelo de miradas con Eulari que no se fijó en que Santi

desaparecía escaleras abajo.

—No, no soy ninguna enviada de Satanás. Su nieto Koldo está enfermo y la necesita.

—¡Ja! Ya sabía yo que acabaría bajando del burro y viniendo con las orejas gachas, el muy tozudo y desagradecido. Después de todo lo que hice por él, así me lo paga —exclamó con voz temblorosa—. Hijo de su madre tenía que ser.

—Señora... —Allegra se dio cuenta de que no sabía el apellido de la abuela Eulari—, déjenos pasar. No querrá que los vecinos se enteren de todo, ¿verdad?

Ella se negó.

—Di lo que tengas que decir y márchate, que éstas no son horas de andar por las casas. ¿Qué pasa? ¿Qué ha hecho ahora? ¿Está en la cárcel?

—¿No lo ha visto en la tele?

—¿La tele?, ¿ese invento del demonio? No, no la miro.

—No, su nieto no está en la cárcel. Si se hubiera molestado en visitarlo, sabría que nunca se drogó. Su nieto es una gran persona; se ha abierto camino en la vida sin que nadie lo ayudara... —Legs miró a su alrededor—. Excepto Santi... ¿Dónde se ha metido, por cierto?

Como si la hubiera oído, en ese momento apareció de nuevo en la escalera. No volvía solo, había ido a buscar al cura de la parroquia de la esquina, pensando en que iba a ser la única manera de que la abuela los escuchara.

—¡Padre Zacarías! —exclamó Eulari asombrada—. ¿Por qué se ha molestado en venir? No he preparado nada. ¿Quiere un cafecito?

—Tranquila, hija, no te molestes, pero déjanos entrar en la casa y escuchemos lo que tienen que contarnos; parece que es urgente.

* * *

—Sí, la conozco —asintió el padre Zacarías diez minutos más tarde—. La Fundación Niños Perdidos tiene muy buena fama; realiza una labor encomiable. ¡Caramba con Koldo, quién lo iba a decir!

—¿Mi... mi nieto? ¿Mi nieto es un empresario millonario y un filántropo? ¿Y ha puesto mi nombre a uno de los centros?

Allegra se echó hacia adelante en el sofá y le tomó las manos.

—Su nieto, Eulari, se está muriendo. Necesita un trasplante de médula. Por favor, abra su mente y su corazón. No es momento de guardar rencores ni de pensar en el qué dirán. ¿Existe la posibilidad de que Koldo tenga algún hermano? ¿O un primo? ¿Cualquier otro pariente?

Pamplona, Navarra

Koldo no tenía hermanos ni primos ni tíos. Sus padres habían sido hijos únicos y habían muerto jóvenes. Eulari era su única pariente viva.

La vuelta al hospital la hicieron en dos coches. Marta quiso ir con su hermana en el asiento de atrás para abrazarla y darle fuerzas, pero Allegra se negó. No quería que nadie la consolara. No era momento de llorar, era momento de luchar. Si los demás querían rendirse, que lo hicieran. Ella no.

Santi llevó a la abuela Eulari y al padre Zacarías, y los tres insistieron en hacerse las pruebas de compatibilidad en cuanto llegaron al centro, en plena noche. La abuela y el cura pasaban de la edad aconsejada para ser donantes, pero la situación era tan desesperada que hicieron una excepción.

Sentados a una mesa del bar, esperaban los resultados. El padre Zacarías y Eulari rezaban el rosario. Nico abrazaba a Marta, que se había reclinado en su pecho. Santi le estaba contando a Allegra anécdotas del paso de Koldo por el centro de menores.

Un ruido de pisadas en el pasillo que llevaba al bar hizo que todos se volvieran a la vez hacia la puerta. Allegra se puso en pie de un salto.

El médico encargado del caso se acercó a ellos. Allegra trató de leer en su expresión si traía buenas noticias o si estaba a punto de sentenciar a muerte a su corazón.

—¿Qué? —exclamó cuando él hizo una pausa mirando al suelo—. ¡Hable, por Dios!

Eulari se santiguó.

—Traigo buenas y malas noticias.

«¡Lo mato!», se dijo Allegra. Marta, que la conocía bien, la agarró del brazo para impedir que hiciera alguna tontería.

—Las malas noticias son que ninguno de ustedes es compatible con el paciente.

La abuela, que había visto en el trasplante la posibilidad de hacer algo por su nieto, se echó a llorar. El padre Zacarías se apresuró a consolarla.

—Las buenas son que ha aparecido un donante compatible en Chile —añadió con una media sonrisa esperanzada—. Estamos agilizando los trámites para que la médula salga cuanto antes hacia aquí.

Allegra quiso gritar de alegría, pero la voz se le quedó trabada en la garganta. Se lanzó al cuello del médico y lo abrazó con fuerza.

Él le dio unas palmaditas de ánimo en la espalda antes de sujetarla por los hombros y apartarla un poco para poder mirarla a los ojos.

—El estado del paciente es muy precario, pero hasta que llegue la médula no podemos administrarle la quimioterapia; su organismo no lo resistiría. —Allegra sintió que estaba montada en una montaña rusa. Cualquier pequeña subida en los ánimos iba seguida de un desplome aún mayor—. No quiero darles falsas esperanzas. La probabilidad de supervivencia en este momento es baja..., muy baja, pero no vamos a tirar la toalla.

—¿Puedo pasar a verlo, por favor? ¡Por favor!

El médico soltó el aire.

—Sí, de hecho, venía a proponérselo. Entre y hable con él. Dígale que la médula está en camino; pídale que aguante. —Se volvió hacia la abuela y el sacerdote—. Y ustedes, sigan rezando. Vamos a necesitar toda la ayuda posible, venga de donde venga.

—¡Vamos! —Allegra se despidió de su hermana y de Nico con la mano y salió a toda velocidad detrás del médico.

Cuando desaparecieron pasillo abajo, Marta se volvió hacia el arquitecto que había reconstruido las paredes de su corazón con su amor y hundió la cara en su pecho.

Él la rodeó con sus brazos fuertes, queriendo protegerla del dolor, de la enfermedad y de los problemas del mundo.

—Tienes que descansar, Marta. Por ti y por el pequeño. Vamos, te llevo al hotel más cercano. —Se volvió hacia los demás—. Y ustedes también; tienen que descansar.

—No, Nico, quiero estar cerca de Legs —se negó Marta—, por si me necesita.

—No hace falta que vayan a un hotel —los interrumpió el padre Zacarías—. Hay una congregación de religiosas del Santo Ángel no muy lejos de aquí. Estarán encantadas de acogernos.

—No queremos molestar, padre —dijo Nico.

—No es molestia. Si las hermanas se enteran de que he estado aquí y me he alojado en un hotel, no me lo perdonarán y deberé darles un sermón sobre la necesidad de perdonar a nuestros semejantes.

—Id vosotros —dijo Santi—. Yo me quedo aquí. Dame tu teléfono, Nico. Si hay cualquier novedad, os aviso enseguida.

* * *

Cubierta con una especie de bata de papel de arroz verde, con patucos y gorro del mismo material, Allegra entró en el box de la UCI donde mantenían a Koldo desde que había llegado.

Aunque llevaba casi dos días sin pensar en nada más que en estar con él, cuando lo tuvo delante no supo cómo gestionar las emociones que le despertaba verlo así, conectado a mil máquinas. ¡Ése no era su Koldo!

Ahogó un sollozo y le acarició la mejilla con la mano cubierta por unos finos guantes, que, aunque también eran del color de la esperanza, le resultaron odiosos porque no podía notar el roce de su piel.

Aunque su corazón lo reconoció y a sus ojos seguía siendo el hombre más guapo del mundo, verlo tan estático la descolocaba. Porque Koldo era VIDA, pura vida en movimiento. Koldo era pasión por el deporte, por el riesgo, por la velocidad. Era deslizarse por la barandilla porque era absurdo bajar la escalera andando pudiendo volar. Era parar a una desconocida en medio de una ciudad y robarle un beso.

Sonrió al recordar aquellos momentos. «No me gusta besar a una chica sin saber su nombre, Legs. Precioso nombre, por cierto. Me temo que esta noche voy a soñar con tus piernas rodeando mi cintura.»

—¿Te acuerdas? —le preguntó con la voz rota—. ¿Te acuerdas, mi amor?

Aunque le había parecido un crío y se había negado a admitir la revolución que el desconocido había iniciado en su vientre, su subconsciente —mucho más sabio que su cerebro— se había encargado de mostrarle en sueños lo bien que podían pasárselo juntos.

Y, cuando él le preparó la cita perfecta, poniendo el mundo a sus pies y descubriéndole que la vida podía ser mejor que cualquier película, ya nada volvió a ser igual. Koldo desapareció y ella perdió la fe en el amor. La decepción fue demasiado grande. Prefirió ponerse una coraza de indiferencia y rechazar los intentos de reconciliación del *skater*. En toda su vida, ningún hombre había tenido tanto poder sobre sus emociones. Si tras una sola cita se había sentido morir por su ausencia, ¿qué podía pasar si le daba una nueva oportunidad de pisotear sus sentimientos?

No había querido arriesgarse a comprobarlo, pero el resultado había sido igual de letal. Cuando conoció a Darío, el tenor encontró en ella a una mujer cínica, con la autoestima por los suelos, que se refugiaba en el alcohol y en la música para huir del desierto helado que se había instalado en su corazón. Sólo los abrazos de sus sobrinos y el amor del resto de su familia habían impedido que se congelara totalmente.

—Koldo, ¿me oyes? ¿Me sientes? —Le apretó la mano—. Soy yo, tu Legs. Soy tuya porque me has amado como nadie. Me quisiste en la distancia y no te olvidaste de mí ni un solo día. No te rendiste cuando rechacé tus mensajes ni cuando te hablé con crueldad. Mantuviste la fe en lo nuestro cuando yo la había perdido y supiste cómo llegar de nuevo a mí.

Allegra alzó la vista hacia la pantalla de las constantes vitales, buscando alguna reacción que le indicara si la estaba oyendo, pero todo permaneció igual.

Alguien se le acercó por la espalda y la invitó a sentarse en una silla.

—No, quiero verle la cara.

—Ahora bajaré la cama para que puedas verlo, pero siéntate. Si te mareas, nos vas a dar más trabajo.

Se sentó; no quería que dejaran de ocuparse de él por su culpa.

—Háblale; no dejes de hablarle —le aconsejó la enfermera.

—¿Puede oírme?

—No lo sé, pero la experiencia nos dice que es menos probable que nos abandone si hay un ser querido hablando en la habitación.

Legs no necesitó oír nada más. Sin dejar de acariciarle la mano, el brazo o la cara, le habló. Le contó lo que había sentido al conocerlo. Tras asegurarse de que no había nadie en el box, le contó el sueño erótico que había tenido con él y con Vin la primera noche. Revivió la bajada en *skate* de la montaña de Montjuïc y las emociones del resto de la cita.

Luego llegaron los momentos de oscuridad. No se guardó nada. Sin importarle quién pudiera oírla, le contó cómo se había refugiado en el alcohol y en el sexo con desconocidos para tratar, sin éxito, de borrarle el recuerdo de su piel.

Le habló de Brasil, del despegue de los Sauryn como grupo y de cómo el trabajo se había convertido en su droga favorita con la que olvidarse del vacío de su vida amorosa.

—¡Perdóname! —le rogó—. Debería haberte escuchado. Debería haberte dado una oportunidad. —No pudo más y se echó a llorar—. ¡Lo siento, Koldo, lo siento tanto! Todos te hemos fallado. Tus padres malgastaron su vida con la droga en vez de cuidar de ti. Debiste de ser un niño maravilloso, ¡aún lo eres! Lograste salvar a ese niño a pesar de todo. Lo salvaste y, luego, cuando te convertiste en el hombre que eres ahora, el hombre al que amo más que a mi vida, te dedicaste a salvar a otros niños; a buscarles hogares y a construir centros donde su bienestar fuera lo más importante, donde se sintieran queridos, donde no sintieran que eran un error, una molestia, un estorbo...

Una vez más, los sollozos ganaron la partida y Legs no pudo seguir hablando. Se secó las lágrimas con el antebrazo, porque no quería soltar la mano de Koldo. Había pensado que lanzarse en *skate* desde el castillo de Montjuïc era lo más escalofriante que iba a experimentar en la vida. ¡Qué equivocada estaba!

La mano con la que se aferraba a Koldo como si fuera un salvavidas temblaba sin control. Estaba helada y agotada; estaba aterrorizada. Inclino la cabeza y apoyó la frente sobre su mano. Sabía que no debía entrar en contacto, pero no pudo evitarlo. Bebió de esa mínima conexión con su piel fría como si él fuera un cargador y ella un móvil a punto de quedarse sin batería.

Los párpados le pesaban toneladas. Entre la falta de sueño y las lágrimas que no paraban de brotar, necesitaba cerrar los ojos, aunque sólo fueran unos segundos. Pero no se dio permiso; no podía dormirse, él la necesitaba.

—No me dejes, Koldo —susurró—. Ni se te ocurra dejarme. Mi vida con Darío era en blanco y negro, pero no dolía. Tú me obligaste a ver el mundo en colores y ahora quieres dejarme aquí, ciega y sola. ¡Ni se te ocurra! ¡No te atrevas a dejarme sola!

Una vez más, la angustia le desbordó el pecho y llenó el box en forma de sollozos y lágrimas. Con los labios pegados a la mano de Koldo, lloró y lloró hasta vaciarse. En algún momento de la noche notó que alguien le echaba una manta por los hombros. Un instante más tarde, al apretar la mano, sintió el vacío.

Abrió los ojos alarmada. La cama estaba vacía. Koldo no estaba.

—¡Koldo! ¿Dónde está Koldo? No, no puede ser..., ¡noooooo!

Una semana más tarde

—Hola, Legs, ¿cómo estás? —le preguntó Santi en la entrada del hospital—. Y ¿cómo está nuestro chico?

Ella se acercó a saludarlo con dos besos.

—Acabo de llegar; no lo he visto aún, pero ayer los médicos estaban muy esperanzados. La recuperación está yendo muy deprisa.

—No puedo decir que me extrañe, este chico todo lo hace a la carrera. Querrá batir algún récord.

—No, ya he hablado muy seriamente con él; a partir de ahora se va a tomar la vida con mucha más calma.

—Cuando lo vea, me lo creeré —replicó Santi sacudiendo la cabeza.

—¿Al final has venido solo?

—No. Eulari ha ido un momento al baño; está muy nerviosa. Tiene miedo de la reacción de su nieto. Sube tú, enseguida vamos.

Allegra no se lo hizo repetir. Cada momento que pasaba lejos del *skater* era un suplicio. Los segundos transcurridos desde que se había despertado sola en la habitación de Koldo hasta que una enfermera la tranquilizó diciéndole que se lo habían llevado a quirófano y que todo estaba yendo bien fueron los más largos de su vida.

Mientras subía en ascensor a la habitación, pensó en la abuela de Koldo. La muerte de su hija la había destrozado y no había podido soportar la idea de perder a su nieto de la misma manera; por eso había preferido encerrarse tras una coraza de intransigencia y mantener a todo el mundo a distancia. Se estremeció al pensar que esa mujer podría haber sido ella. Si Koldo no hubiera derribado sus barreras, si el trasplante no hubiera llegado a tiempo, si su organismo hubiera rechazado la médula... No quería ni imaginarse qué podría haber pasado.

Al entrar en la habitación, una de las enfermeras la miró y se tapó los oídos, aguantándose la risa.

El grito desesperado de Allegra al despertarse y no encontrar a Koldo en la habitación se había hecho famoso entre el personal sanitario, que le había puesto un mote.

—Buenos días, Valquiria —la saludó—. ¿Qué tal esa garganta?

—En plena forma. Si necesitáis que le pegue algún grito a algún paciente pesado, estoy a vuestra disposición.

La enfermera le dio una palmadita afectuosa en el hombro y se marchó sonriendo.

Koldo no estaba solo. Por suerte, le habían dado una habitación grande e individual porque las visitas eran constantes.

Un chico rubio de pelo ondulado se volvió hacia ella al oír la palabra *Valquiria*.

—¿*Valquiria*? ¿Te has aficionado a la ópera al fin? —exclamó Darío—. Ya sabía yo que eras un diamante en bruto.

Pero ella no lo miró porque la vista se le había ido a una chica que se había acercado —demasiado— a Koldo y se había sentado en su cama para mostrarle el móvil.

—Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —comentó Legs, haciendo un gran esfuerzo de contención. Lo que le pedía el cuerpo era dar un salto sobre la cama y apartar de Koldo las zarpas de esa mujer, de la que no se fiaba ni un pelo.

—Allegra, no te pongas celosa, mujer, enseguida te lo devuelvo. Mientras estabas fuera, Koldo y yo hemos estado haciendo unas cosillas...

Sí, era ella, Martina Martinelli, la que cuando aún se llamaba Martina Fernández había sido su mejor amiga en el colegio. Cuando las dos se enamoraron del mismo chico, las cosas se habían torcido para siempre. El chico eligió a Allegra y Martina no lo superó. Empezó a copiarla en todo. Legs pensó que se le pasaría, pero no fue así. Se italianizó el apellido, se hizo representante, le copió el grupo, se llevó a uno de los miembros de los Sauryn... ¡¿Es que nunca la iba a dejar en paz?!

—¡Martina! ¡No sé de qué vas, pero aparta las manos de Koldo si no quieres que te las corte!

—Tranquila, me las he lavado con jabón esterilizador de ese —replicó ella con tranquilidad.

Legs abrió mucho los ojos.

«¿Es boba o se lo hace? ¡No! Que no te engañe, no tiene un pelo de tonta.»

—Ya veo lo mucho que te alegras de volver a verme, mala amiga. —Darío se había acercado a ella con una sonrisa radiante y la hizo desaparecer en un abrazo de oso—. A mis brazos, tigresa.

—No es una tigresa, es una leona —gruñó Koldo—. Mi leona, así que las manos quietas, tenor.

—Vaya par; sois tal para cual —comentó Martina—. Pues acércate, *leona* —añadió en tono burlón—. Tengo algo que enseñaros.

Legs dirigió a su rival una mirada que decía: «A ver lo que enseñas, zorrón».

Marta y Nico habían regresado a Barcelona, pero Allegra seguía hospedada en la congregación de religiosas del Santo Ángel. Antes de volver al hospital, le había

comentado a la madre superiora que Koldo quería hacer una donación al centro, como agradecimiento por haberlos acogido a todos sin esperar nada a cambio durante esos días. La madre superiora, encantada, había salido corriendo a pedirle a la hermana repostera que le preparara unos garroticos.

Mientras tanto, Darío y Martina habían llegado al hospital y no habían perdido el tiempo. Martina se había hecho fotos con Koldo y las había subido a sus redes. También había grabado un breve vídeo en el que el *skater* daba las gracias a todos los que lo habían apoyado y animaba a todo el mundo a donar médula para que más personas pudieran superar la enfermedad.

—Mira, Legs, desde que he subido la foto con Koldo, he ganado mil seguidores en Twitter y dos mil en Instagram. ¡Y no paran de aumentar!

Allegra puso los ojos en blanco.

—Claro, ahora te pondrás como una moto diciendo que te quito las cosas, pero, de verdad, tía, llevas aquí una semana. Podrías haber subido cientos de fotos de Koldo. Si no lo haces tú, alguien tendrá que hacerlo, ¿no? Los seguidores tienen derecho a saber cómo está.

Pero Legs se había sentado en el otro lado de la cama y sólo tenía ojos y oídos para Koldo. Martina era un ruido de fondo, que hablaba de trepecientos miles de seguidores, de la fama, de que había hecho la campaña de su vida, de que le llovían las ofertas profesionales..., pero Allegra no la escuchaba porque Koldo, su Koldo, le estaba dirigiendo la mirada que reservaba sólo para ella y, cuando él la miraba así, el resto del mundo desaparecía.

Un año antes, a Allegra se la habrían llevado los demonios por el descaró de la Martinelli y esa obsesión por quitarle todo lo que era suyo, pero las cosas habían cambiado mucho durante ese tiempo. Ahora tenía mucho más claras sus prioridades, y había algo que ni Martina ni nadie podría arrebatarse nunca, y era el amor de Koldo.

—¿Has dormido bien? —le susurró él como si estuvieran solos en la habitación.

—No. La cama estaba helada sin ti.

Esta vez fue Martina la que puso los ojos en blanco.

—Parejita, guardaos el almíbar para cuando os quedéis solos. Tenéis visitas, no seáis maleducados —los reprendió con su voz cantarina, que recordaba a un jilguero.

Allegra sintió que la leona que vivía en ella sacaba las uñas y, por primera vez en su vida, se solidarizó con el lindo gatito de los dibujos animados. En su mente, *Piolín*-Martina desapareció entre los barrotes de sus garras con una nube de plumas amarillas.

Koldo la besó en los labios.

—Luego más —murmuró con una sonrisa.

En ese momento, llamaron a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó Santi, asomando la cabeza.

Allegra le había contado a Koldo la visita a casa de su abuela y, aunque no le había hecho ninguna gracia, había entendido que las circunstancias fueron desesperadas. Legs se había enfrentado a él con los brazos en jarras, diciéndole que lo volvería a hacer una y mil veces, y Koldo no había podido enfadarse con ella. La quería tanto que era inútil resistirse, y había algo en el hecho de ver a la muerte tan de cerca que hacía que perdonar fuera mucho más fácil.

Santi lo sabía. Allegra y él lo habían estado hablando y, cuando creyeron que estaba lo bastante recuperado, decidieron que era el momento de dar un paso más en la rehabilitación. Porque el cuerpo y el alma están tan estrechamente unidos que el uno sin la otra no puede funcionar. Y Koldo nunca se recuperaría del todo hasta que hiciera las paces con su pasado.

—¡Santi! ¡Menuda sorpresa! ¡Claro, macho, pasa! ¿Conoces a Legs? —Al ver que ambos asentían, siguió hablando—: Ah, sí, ya me contó...

Allegra miró al trabajador social y le dio ánimos con la mirada.

—Darío, Martina, os invito a un café. Estos dos tienen que ponerse al día.

—¿Ya nos echas? ¿Tanto miedo tienes de que tu *skater* caiga rendido a mis pies? —protestó ella.

Darío se acercó a Martina y le pellizcó el culo.

—Ya vale de tanto provocar. Eres peor que Carmen.

—¿Carmen? ¿Mi prima?

—No, Carmen la de Merimée. —Darío le guiñó el ojo a Allegra—. Es mi nuevo reto. Antes de Semana Santa, quiero llevarla a la ópera.

Legs miró a Martina, aguantándose la risa.

—Te va a encantar —comentó.

—Sí —replicó ella—, estoy segura. Tanto como a Darío el café de la cafetería.

El tenor simuló un escalofrío.

—¿Por qué es imposible encontrar un buen café en este país? Al final tendré que irme a vivir a Italia.

Koldo se volvió hacia él.

—Ven a verme antes de irte, Darío. Tengo un proyecto de cafeterías y..., sí, tengo la sensación de que tú eres la persona perfecta para encargarse de ellas.

Al salir de la habitación, Allegra le apretó el brazo a Eulari para darle ánimos.

—Gracias por venir. Ha sido muy valiente.

—No me lo agradezcas todavía —replicó la anciana con franqueza—. Estoy pensando en salir corriendo.

—Pues me quedo con usted hasta que salga Santi. Pareja, id tirando. Enseguida voy.

—De verdad —protestó Martina—, esta gente no sabe qué hacer para quitársenos de encima. Así agradecen que vengamos a verlos.

—No, hija, ve con tus amigos; yo espero aquí.

—Tranquila, Eulari. Mi... *amiga* ya ha conseguido lo que ha venido a buscar. No sufra por ella.

—Qué malpensada eres, Legs. —Martina le guiñó el ojo antes de meterse en el ascensor.

Cuando Santi abrió la puerta al cabo de unos minutos, le indicó a la anciana que entrara en la habitación con un gesto de la mano.

Allegra le apretó el brazo para darle ánimos y asintió en silencio. Luego se apoyó en la pared del pasillo y esperó, al lado de Santi, cruzando los dedos.

Un cuarto de hora más tarde, una Eulari con los ojos rojos abrió la puerta y los hizo entrar. Aunque la conversación que mantuvieron quedó entre ellos, el brillo aliviado en la mirada de nieto y abuela les dijo lo que necesitaban saber.

Allegra se acercó a la cama y abrazó a Koldo feliz y emocionada. El orgullo y la desconfianza eran enemigos tan poderosos como la propia enfermedad. Una vez más, había salido victorioso de la batalla.

—Estoy muy muy orgullosa de ti, cariño —le susurró al oído con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos, vio un león de peluche al otro lado de la cama—. Anda, y ¿éste quién es?

—Es *Leo*. Me había olvidado de él, pero la abuela lo ha estado cuidando por mí todo este tiempo. —Eulari asintió en silencio; estaba tan emocionada que no podía hablar—. Ya ves, mi afición por los leones viene de lejos.

—Vaya, así que en realidad lo que soy es una sustituta de tu peluche, ¿es eso lo que me estás diciendo, *skater*? —Allegra fingió indignarse para aligerar el ambiente.

—Ajá —exclamó Martina, que se había hartado de esperar en la cafetería—. Problemas en el paraíso: mi especialidad. No necesitas seguir aguantando a esta malcarada, Koldo. Soy la solución a tus problemas, la representante ideal.

—¡Ni se te ocurra meterte entre mi nieto y su novia, descocada! —Eulari levantó el bolso amenazadoramente.

—¡Broma, era broma! —Martina se refugió entre los brazos de Darío—. Saque el ladrillo del bolso, doñita, que nadie se va a interponer entre esos dos. ¿No lo ve? Si hasta se oyen campanas de boda con sólo mirarlos.

Martina y Darío intercambiaron una mueca de terror y se estremecieron al mismo tiempo cuando ella pronunció la palabra «boda».

Koldo y Allegra tal vez habrían estado de acuerdo o tal vez no, pero habrían tenido que dejar de besarse para decirlo, y no tenían la menor intención de hacerlo.

Epílogo

Primavera de 2018, Barcelona

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia.

Pero Nico no pudo besar a la novia, porque ella se le adelantó. Marta le rodeó el cuello con los brazos y lo devoró con la pasión propia de una leona. Él no se quedó atrás. La abrazó por la cintura hasta que el espacio que los separaba desapareció por completo.

—Ahora entiendo que tengáis cinco niños —comentó el cura, y carraspeó al ver que no le hacían ni caso—. Hijos míos, está muy bien que sigáis el precepto de creced y multiplicaos al pie de la letra, y más ahora que vuestra unión ya ha sido bendecida ante Dios y los hombres, pero ¿y si esperáis a salir de la casa del Padre?

Mientras Nico y Marta, ajenos a todo, se besaban apasionadamente frente al altar de la basílica conocida como la Catedral del Mar, Matilde se secaba una lagrimilla y Ricardo exclamaba con fuerza, para disimular la emoción:

—¡Ahora sí, coño! Así se hacen las cosas. —Su mujer le dio un codazo en el costado—. ¿Qué pasa? Si no los pincho un poco, la niña seguiría casada con bodas de chichinabo. —Se volvió hacia su otra hija, sentada a su otro lado—. Y, ahora que Marta ya es una mujer decente, no voy a parar hasta verte a ti de blanco, Allegra, que lo sepas.

—¡Válgame Dios! —exclamó ella, fingiendo preocupación. La preciosa niña de rizos cobrizos que tenía en brazos alargó las manos hacia Koldo, que la recibió encantado—. ¡Lo que faltaba! —comentó—. ¿Tú también, Guillermina?

—Soy un imán para las mujeres. —Koldo le dio un beso en la mano a la pequeña, que le daba palmaditas en la boca.

—¡Pero si aún no tiene un año!

—Es pequeña, pero ya sabe lo que te gusta —replicó él ufano, mordisqueando la mano de la niña—. ¡¿A que sí, Mérida?! ¿Quién te va a enseñar a ti a patinar, eh?

Siguiendo con la tradición de regalar una película a cada miembro de la familia, la Navidad anterior habían decidido que la más adecuada para la bebida de rizos cobrizos que había llegado para alegrar la vida de los Sierra León era *Brave*. Todos tenían su diminutivo para la pequeña: unos la llamaban *Mérida*, otros *Guille*, otros *Mina*; sólo el tiempo diría cuál de ellos acababa cuajando.

Durante el embarazo, Marta no había querido saber el sexo del bebé para

mantener la sorpresa. Cuando nació, hubo muchas y animadas discusiones sobre el nombre que le pondrían. Tanto Nico como Marta estaban seguros de que sería un niño, al que pondrían el nombre de Guillermo, por William Wallace y las buenas noches que el disfraz de *highlander* les había hecho pasar, y cuando resultó ser una niña, Marta se negó en redondo a que su hija se llamara Florence.

En la puerta de la iglesia, el comando encargado de tirar pétalos de flores a la salida de los novios se impacientaba.

—¿Vienen ya? Tardan más que los Reyes Magos —protestó Benito.

Arturo asomó la cabeza en la iglesia.

—No, siguen besándose.

—Puj —exclamó Benito—. ¡Qué asco! —Se volvió hacia Abril y Anastasia— Vosotras no hacéis eso, ¿no?

Anastasia miró a su hermana con una sonrisa delatora. Abril, roja como los pétalos de rosa que llevaba en una cestita de mimbre, alargó la cabeza.

—¡Ya vienen! ¡Preparados!

A unos metros de distancia, la fotógrafa no dejaba de disparar, captando recuerdos de los que más adelante disfrutarían todos, sentados en el amplio salón de la nueva casa de los Sierra León, una de las casas de la urbanización ecosostenible que Nico y Nacho habían logrado al fin hacer realidad. Las casas se habían vendido tan bien que los arquitectos estaban iniciando los trámites para construir una segunda urbanización.

—¡Vivan los novios! —gritó Arturo, tirando un puñado de pétalos.

—¡Vivaaaaaan! —Benito se acercó a su madre, que salía de la basílica radiante de felicidad.

Marta se inclinó y lo abrazó, pero el niño se soltó enseguida.

—¡Mami, déjame, que tengo que tirar flores!

Mientras el chiquillo los bombardeaba con pétalos, Nico, exultante de felicidad, tomó a Marta en brazos y dio varias vueltas en redondo, momento que la fotógrafa captó, creando preciosas imágenes de un torbellino blanco rodeado de pétalos de colores y de niños que saltaban.

Lo que no captaron las fotos fueron las palabras de Nico susurrándole al oído de su tres veces esposa que no podía esperar a quedarse a solas con ella para darse un atracón de Tarta Nupcial.

Hacía un día precioso y habían decidido que lo mejor sería desplazarse hasta el restaurante paseando tranquilamente. Así que Nico y Marta abrieron el paseíllo, seguidos de cerca por los niños, Koldo y Allegra, los cuatro suegros, que se peleaban por llevar el cochecito de Guillermina, Javi y Sofía y el resto de los invitados.

El banquete se celebró en un moderno chiringuito de la playa de la Barceloneta,

donde los niños entraban y salían a jugar en la arena cuando se cansaban de estar quietos y donde la fotógrafa sacó divertidas instantáneas de los invitados.

Tras los entrantes a base de marisco y pescadito, el arroz con bogavante y la tarta nupcial, lo que más apetecía era tumbarse en la arena para bajar la comida. Unos se echaron en las tumbonas; otros prefirieron disfrutar de las copas cómodamente sentados en las sillas.

Koldo y Allegra estaban sentados junto a Darío y Martina. Para sorpresa de todos la relación entre las dos parejas se había afianzado durante los últimos meses. Koldo tenía un gran instinto comercial, y un comentario en casa de Allegra que a ella le había pasado totalmente desapercibido se había quedado dando vueltas en la cabeza del *skater* y empresario.

Cuando Darío se había quejado de la calidad del café en el hospital de Pamplona, Koldo lo recordó y, más tarde, mientras Allegra y Martina arreglaban sus diferencias, el *skater* le había propuesto su idea: una cadena de cafeterías de calidad, con un aire casero y café como el de antes. Darío se había subido al carro entusiasmado y había aportado un montón de ideas. Le había propuesto ligarlas al mundo de la música y Koldo le había dado carta blanca. Motivado por la libertad de movimientos que Koldo le daba, el número de locales no dejaba de crecer. Se llamaban «Café a Cappella», y su característica distintiva eran las mesas camilla donde los camareros colocaban una cafetera Orolej acabada de hacer para que los parroquianos disfrutaran de un café como el que tomaban en casa de su abuela. Se acompañaba de bizcochos caseros, rosquillas..., la especialidad de cada ciudad. Y cada establecimiento tenía su abuela madrina que velaba por que todo estuviera en orden. De las antiguas radios sonaban temas de los años setenta y ochenta, mezclados con alguna aria mítica, como la de *Norma*, cantada por la Caballé en Nueva York. Darío no perdía la esperanza de que algún día el mundo reconociera el valor de la ópera.

Para Allegra, la música ya no era una fuente de trabajo, sino únicamente de placer. Cuando se lo pidió, Martina estuvo encantada de quedarse con la representación de los Sauryn. Desde el trasplante, los negocios de Koldo no habían hecho más que crecer, y Allegra estaba encantada de ayudarlo. El *skater* se había retirado de la competición y lo que había perdido en patrocinadores lo había ganado en libertad y tranquilidad. Había participado en campañas solidarias y lo habían nombrado embajador de Unicef. Su fama había aumentado, y su prestigio hacía que a su abuela se le cayera la baba hablando de él a sus compañeras de banco en la parroquia de Barakaldo.

Allegra se había instalado en Los Ángeles, donde los Niños Perdidos la habían recibido con los brazos abiertos. Dedicaba todo su tiempo a su nueva familia y, aunque añoraba a sus padres, a su hermana y a sus sobrinos, nunca se había sentido

tan feliz ni tan plena.

Cuando Koldo la había llevado a visitar las fábricas de ropa y accesorios para *skaters*, ella le había propuesto abrir una línea para niños y bebés, lo que había hecho que él le dirigiera una mirada esperanzada. Legs se había apresurado a aclararle que no, que no estaba embarazada, pero lo tranquilizó. Siguiendo los consejos de los médicos, Koldo había congelado semen antes de someterse a los tratamientos de quimio y radioterapia. Si no lograban tener un bebé de manera natural, buscarían ayuda. De todos modos, Allegra no perdía ninguna oportunidad de recordarle que no necesitaban ni unos papeles ni un hijo biológico para ser lo que ya eran: una gran familia.

Koldo quería que se casaran cuanto antes; quería compartirlo todo con ella. Sabía en lo más hondo de sus huesos que era el amor de su vida, pero ella no tenía prisa. Tenía miedo de que él quisiera dejarle el futuro asegurado con una boda. Temía que, una vez que hubieran firmado los papeles, se abandonara y dejara de luchar día a día por su vida. Era un miedo absurdo, lo sabía, pero no podía quitárselo de encima. Por eso le había dicho que hasta que pasara un año de la intervención no quería ni oír la palabra «boda». Se acercaba la fecha y, aunque el miedo siempre estaba presente, Koldo estaba cada día más fuerte. Allegra sabía que su *skater* ya había empezado a maquinar. Estaba segura de que le estaba preparando una boda sorpresa y se le formaba una sonrisilla bobalicona en la cara cada vez que se ponía a pensar con qué la sorprendería esta vez.

Cuando el sol empezó a esconderse tras la montaña de Montjuïc, la fotógrafa se acercó de nuevo al grupo.

—Nico, Marta, antes de irme me gustaría tomaros unas fotos caminando por la orilla con la puesta de sol.

La pareja aprovechó para despedirse. Esa noche la pasarían en una *suite* del hotel Vela —uno de los regalos de boda de Koldo y Allegra—, antes de volar a Ibiza, donde tomarían un ferry a Formentera, lugar que habían elegido para pasar tres días de luna de miel, lejos del mundo. No había sido fácil persuadir a Marta para que dejara a Guillermina, pero todos se habían confabulado para convencerla.

—Chicos, portaos bien —dijo Marta, abrazando a sus pequeños—. Os echaré mucho de menos.

—Tú ocúpate de que Marta no nos eche de menos, papá —susurró Abril al oído de su padre, que la miró sin saber si echarse a reír o encerrarla en una torre y tirar la llave.

—Disfruta mucho de tu luna de miel, papi —lo tranquilizó Anastasia—. Yo me encargo de vigilar a Abril hasta que vuelvas.

—¡Chivata! ¡Vendida!

Nico las abrazó con fuerza.

—Mi bailarina y mi *pezqueñina* —les dijo, sintiendo un amor tan grande que no le cabía en el pecho—. Sabéis que nadie podrá ocupar nunca vuestro lugar en mi corazón, ¿verdad?

—Claro. Igual que tú siempre serás nuestro papi —respondió Anastasia, acariciándole la mejilla.

«¿Te queda claro, Melenitas?» El Nico competitivo no dejaba pasar ni una oportunidad de darle en las narices al nuevo marido de la madre de sus hijas.

—¿Les has contado ya dónde pasaremos las próximas Navidades todos juntos, cuñado? —intervino Koldo.

Los cuatro niños se volvieron hacia Nico expectantes.

—Vuestro tito Koldo nos ha invitado a su casa de Los Ángeles para que conozcamos a su familia y... Anda, díselo tú, Legs.

Ella rodeó la cintura del *skater* con el brazo y preguntó:

—¿Quién se apunta a vivir una aventura en miniatura en el parque Disney de California?

La tranquila playa se llenó de gritos emocionados.

—¡Sí! —exclamó Benito—. ¡*Bichos!* ¡Me encanta *Bichos!*

—A Wendy también —comentó Koldo, poniendo los ojos en blanco—. He visto esa peli mil veces. Te va a encantar el parque.

Los niños siguieron dando brincos por la playa, y hasta la pequeña Guillermina se unió a la excitación general. La fotógrafa aprovechó el momento para llevarse a la feliz pareja antes de que oscureciera.

Los niños y los abuelos fueron los siguientes en retirarse. Desde que se habían mudado a vivir fuera de Barcelona, Sofía —la joven fanática de *Mamma Mia!*— ya no era la canguro de los niños, pero conservaban la amistad y se veían de vez en cuando. Cuando Marta los invitó a la boda —a ella y a su novio, Javi—, Nico les pidió que se quedaran a ayudar a los abuelos durante sus tres días de ausencia. La pareja aceptó encantada y eso fue decisivo para que Marta pudiera relajarse y disfrutara de su luna de miel. Una cosa era dejar a los abuelos con dos niños ya criados y otra era soltarles a la pequeña *banshee* pelirroja que habría agotado hasta al ejército de William Wallace. Nico había contratado también una furgoneta taxi que llevó al grupo a su nuevo hogar, situado en plena naturaleza, a una hora de distancia de Barcelona.

Koldo, Allegra, Darío y Martina se desplazaron a otro chiringuito y pidieron una nueva ronda de copas para disfrutar un rato más de la tranquilidad de la playa. Allí se les unió Vin, que estaba pasando unos días en Barcelona. La luna había hecho su aparición y brillaba sobre las tranquilas aguas del Mediterráneo.

Darío, que durante la tarde había dedicado a la novia un tema de la ópera *Los pescadores de perlas* —la preciosa aria *Je crois entendre encore*, que había dejado a todos con lágrimas en los ojos—, quiso dedicarle otro tema a Allegra.

Aprovechando que el local tenía un piano, se arrancó a tocar y a cantar *City of Stars*, [2] el tema de la película *La La Land*, acompañado de Martina, que al parecer tenía una vena musical escondida que el tenor había sacado a la luz.

Allegra se echó hacia atrás en el asiento, dio un trago a su daiquiri y suspiró, disfrutando del momento. El suspiro hizo que la entrepierna de Koldo se pusiera en alerta. Protegido por la penumbra, le llevó la mano a la pantorrilla, por detrás de la rodilla, y le levantó la falda del vistoso vestido floreado con mucho vuelo que había elegido para la ocasión.

Sobresaltada, Allegra pegó un pequeño brinco. Aunque los cantantes no se dieron cuenta, a Vin, sentado a su otro lado, no le pasó por alto. Aún no sabía cómo había salido el tema a la conversación, pero hacía un rato Allegra había confesado que, en sueños, había hecho un trío con los dos. Vin le dedicó una mirada cómplice a Koldo y le guiñó el ojo. El *skater* asintió imperceptiblemente.

Cuando Vin le acarició la otra pantorrilla, ella se atragantó con el daiquiri y le dirigió una mirada de advertencia. La que le devolvió el brasileño, en cambio, era tan ardiente que podría haber creado un agujero en la capa de ozono del tamaño de la selva amazónica.

¿Era ella o la temperatura acababa de subir veinte grados de golpe?

No tuvo tiempo de responderse, porque la mano de Koldo siguió ascendiendo de manera lenta pero inexorable.

Allegra se estremeció violentamente. Por suerte, la copa que sostenía con las dos manos estaba casi vacía o se la habría echado por encima. Soltó una mano y fue en busca de los dedos expertos de Koldo para detener su avance, pero los dedos de Vin ascendiendo por su otro muslo le provocaron una sobrecarga de sensaciones que la dejó paralizada.

Las corrientes eléctricas que estaban generando los dos hombres ascendieron por sus muslos, superaron sin dificultad la barrera de las ingles, se unieron en su vagina y formaron un torbellino que se elevó hasta su útero en segundos.

Allegra cerró los ojos y gimió. Era oficial: acababa de entrar en combustión espontánea.

Los dos hombres se entendían sin necesidad de palabras. Con una mirada, Koldo le dejó claro al brasileño que el sexo de Legs era coto vedado. Vin tenía claro que Allegra tampoco habría querido que llegara más allá, así que se limitó a disfrutar de la sensualidad del momento: de la dulce voz del tenor, que tan bien contrastaba con la de Martina, más grave; de la brisa marina, del reflejo de la luna sobre el agua y de ver

a su mejor amiga tan feliz.

Allegra, excitadísima por la situación, había dejado la copa. Saber que la mesa que tenían delante los ocultaba de miradas indiscretas hizo que fuera capaz de dejarse llevar y disfrutara haciendo realidad una de sus fantasías favoritas.

Cuando el dedo corazón de Koldo se deslizó por debajo de su braga y alcanzó el clítoris, que había empezado a clamar por su atención, Legs se agarró con fuerza a los reposabrazos de la silla y contuvo un gemido.

La respiración se le alteró. Abriendo mucho las ventanas de la nariz, inspiró con fuerza mientras Koldo se ocupaba de acariciarla, rodeando el clítoris rítmicamente y adentrándose de vez en cuando unos milímetros en la suavidad de sus húmedos labios.

Cada vez le costaba más controlarse. Echó las caderas hacia adelante, rogándole en silencio que entrara en ella. Cuando él le dio lo que necesitaba, soltó el aire en un sonido a medio camino entre un gemido y un jadeo.

Vin le acarició el brazo y le sopló aire caliente en el oído.

Allegra dejó de oír la música, ya que los latidos de su corazón acallaban cualquier otro ruido. Con los ojos cerrados, se perdió en el vaivén del oleaje que creaban los dedos de Koldo entre sus piernas.

Cuando no pudo soportar más el placer que le proporcionaban los dos hombres al mismo tiempo, ladeó la cabeza. Koldo, atento a sus necesidades en todo momento, se acercó a ella, que ocultó la cara en su pecho.

Vin sonrió y, con un dedo, recorrió de arriba abajo el brazo desnudo de su amiga, cuyo vello erizado era una prueba evidente de que el asalto vasco-brasileño a los sentidos de Allegra había sido un éxito.

Sin apartar aún la mano de su sexo convulso, Koldo la abrazó con su otro brazo, susurrándole al oído palabras que quedaron entre los dos.

Allegra tardó un poco en volver a bajar al nivel del mar. Cuando abrió los ojos, la oscuridad no pudo disimular el rubor de sus mejillas.

—Ah, *vermelha* como una jabuticaba, *garota* —murmuró Vin—. Preciosa.

—Anda, que ya os vale —protestó ella, que no acababa de creerse lo que había pasado.

Se volvió hacia Koldo, que le estaba dirigiendo una mirada ardiente.

—¿Te ha gustado el aperitivo, Legs? —le susurró.

—Me ha sabido a poco, *skater*.

—Eso tiene remedio.

Koldo se levantó para llevársela de allí, justo cuando Darío y Martina llegaban al final de la canción.

Darío sonrió encantado al pensar que el vasco se levantaba para aplaudirle.

—Espera, *skater* —susurró Allegra uniéndose a los aplausos generales.

—Suerte que Martina sólo tenía ojos para *o seu* tenor, porque si te hubiera visto hace un momento, Legs, habría querido imitarte con una *repetição* de la jugada.

—Y tú estarías encantado de hacer realidad sus deseos, ¿me equivoco, *garoto*?

—Las *mulheres* sois diosas —replicó Vin, guiñándole el ojo a la camarera que se acercaba a comprobar si necesitaban más alcohol, momento que Koldo aprovechó para dejar la cuenta saldada con generosidad—. Adorarlas es lo menos que podemos hacer.

—¿Te ha gustado la canción, Allegretta? —Darío y Martina volvieron a la mesa y se sentaron.

—Ha sido... muy especial. Nunca volveré a escucharla de la misma manera.

Darío sonrió muy complacido. La cara de satisfacción de Allegra y el brillo en los ojos de Vin y de Koldo no engañaban: habían disfrutado de su actuación.

—Nosotros nos vamos —dijo el *skater*—, tenemos un asunto pendiente. Tomaos otra copa a nuestra salud.

Allegra abrazó a sus amigos antes de salir del local detrás de él, que se había adelantado para detener a una bicitaxi de las que circulaban por el paseo marítimo y la esperaba, ya sentado.

Al verla, le ofreció la mano.

—¿Adónde me llevas? —preguntó Legs.

—¿Confías en mí?

Ella tomó su mano y sonrió.

—Confío en ti, *skater* —susurró, subiendo al vehículo mientras ambos recordaban su primera cita—. Mi vida y mi corazón están en tus manos.

Él la acogió entre sus brazos.

—Gracias por confiármelos. —Inclinó la cabeza y la besó—. Son el tesoro más valioso que un hombre puede tener. Los cuidaré hasta mi último aliento.

—Y yo disfrutaré del viaje, porque falta mucho mucho tiempo para que llegue ese día.

—Ya veo que piensas darme mucha guerra, leona.

Legs le acarició la erección por encima de los pantalones.

Koldo tragó saliva con dificultad y golpeó el techo del triciclo.

—¡Rápido! Si llegas antes de cinco minutos, doblo la propina.

El ciclista se llevó dos dedos a la frente antes de ponerse de pie sobre los pedales.

—¡Oído! ¡A toda marcha!

Notando el aire en la cara, Legs se echó a reír. La vida les sonreía, y estaba dispuesta a disfrutar cada segundo.

—Me encanta verte reír, mi Allegra, mi Allegríssima, mi *molto vivace* Allegra o

como se diga.

—¿Quieres que llame a Darío y se lo pregunte?

—Ni se te ocurra. Ni a Darío, ni a Vin ni a nadie. Esta noche no pienses compartirme con nadie más.

Ella se sentó de lado sobre su regazo y le acarició el pelo moreno, que le rozaba los hombros. Luego le recorrió el cuello con las uñas, de arriba abajo.

Koldo gruñó.

—¿No llegamos aún?

—¡Un minuto! —respondió el ciclista.

—Con nadie, *skater*. Esta noche, estas uñas sólo te arañarán a ti.

Él le tomó la mano y se la llevó a la boca, mordiéndola.

—Mi leona —susurró.

—Mi fiera —murmuró ella, apartando la mano y mordiéndole el labio inferior.

El portero del hotel, acostumbrado a ver de todo sin inmutarse, hizo ademán de abrirles la puerta del vehículo, aunque no había.

—¿Los señores llevan equipaje?

Koldo bajó del bicitaxi, pagó al exhausto ciclista, tomó a Allegra en brazos y se dirigió a la puerta.

—Tenemos todo lo que necesitamos, gracias.

El otro portero miró a su compañero y se encogió de hombros.

—Nunca falla: cuanto menos equipaje llevan, más felices son —fue lo último que oyó Allegra antes de entrar en el hotel.

Mientras subían en ascensor a la planta 40, Koldo se llevó la mano al bolsillo.

Ella alzó una ceja.

—¿Qué llevas ahí? ¿El rotulador-bala? ¿Qué tienes tú con las balas y los hoteles? Deberías hacerte mirar esa obsesión.

Él le dirigió una sonrisa ladeada y le dio una palmada en el trasero.

—Ese culito y yo, Legs, tenemos algo pendiente, pero no hay prisa, ya llegará nuestro momento.

—Siempre tan arrogante, *skater*.

—No es arrogancia; es que te conozco, y una mujer tan sensual como tú ha nacido para disfrutar. Pero no me distraigas, fiera, que estaba tratando de ponerme serio.

Buscó un vídeo en su *smartphone* y se lo mostró. En él se veía a Koldo descendiendo en *Lobo* por una de las colinas de Los Ángeles seguido de los Niños Perdidos. Al llegar a un llano, uno de ellos le daba una brocha atada a un palo. Otro llevaba un cubo de pintura blanca en la mano. Koldo hacía piruetas mientras pintaba. Al acabar, Gale, que era la que estaba grabando, se acercaba al suelo y acababa el vídeo con un primer plano de las palabras: «Cásate conmigo, Legs».

A Allegra se le formó un nudo en la garganta. Quería responder, pero no podía. Él lo notó y fue al rescate.

—Pensamos que no estaría de más recordarte que estamos esperando a que seas nuestra Queen. Eres una leona dura de roer.

A continuación, Koldo abrió la mano y le mostró un anillo.

—Anda, devuélveme el mío.

Emocionada, ella levantó la mano, se quitó el anillo con los cinco lobos que había comprado para él y lo devolvió al dedo de su legítimo dueño. En su lugar, Koldo le puso un anillo casi idéntico, pero en vez de cinco lobos, estaba adornado con cinco leonas.

—¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¡Es... es perfecto! —exclamó ella, echándole los brazos al cuello y perdiéndose en su boca.

Él la empotró contra la pared y elevó la temperatura del ascensor durante unas cuantas plantas, levantándole la tela del vestido y acariciándole el muslo hasta que ella se olvidó de dónde estaban.

—¿Vas a hacer de mí un hombre decente de una vez, Legs? —insistió—. Si no nos casamos, tu padre es capaz de venir a Los Ángeles a obligarnos. Y, con la de armas que hay por ahí, miedo me da.

Ella se echó a reír.

—Tú no le tienes miedo a nada, Koldo; eso es lo que más me gusta de ti.

—Te equivocas. Tengo miedo de que dejes de quererme algún día.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se dio impulso. Él la agarró por las nalgas y la mantuvo clavada a la pared del ascensor.

—Creo que antes te cansarás tú de patinar que yo de ti, *skater*.

—¿Eso es un «sí»?

Allegra sonrió.

—Sí, claro que sí. ¿Lo dudabas?

Koldo abrió la boca para demostrarle con un beso lo que su respuesta significaba para él. Cuando el «ping» anunció que habían llegado a su planta, gruñó.

—Vamos —lo animó ella sin despegar los labios de los suyos.

Entre risas y besos, se dirigieron tambaleándose hacia la habitación. Si se hubieran cruzado con otros clientes, habrían pensado que estaban borrachos, pero no era el alcohol el culpable de que no pudieran andar derechos. Estaban embriagados, pero de amor y de felicidad.

Una vez en la habitación, ninguno de los dos se preocupó por mirar los muebles ni las vistas. Sólo tenían ojos el uno para el otro.

—Me encanta tu vestido, Legs, pero desde que te he visto con él, de lo único que

tengo ganas es de quitártelo.

Ella levantó los brazos y guardó silencio mientras él la liberaba de la prisión que era la ropa.

—Y tú estás demasiado guapo para mi salud mental, como siempre. —Allegra le desabrochó los botones de la camisa y le besó el tatuaje de la leona antes de recorrerle el torso y el abdomen con la punta de los dedos, haciéndolo estremecer—. Con ropa y sin ella.

Koldo la sujetó con fuerza por los brazos, la empujó hasta la cama y se abalanzó sobre ella.

—¡Sí! —exclamó Legs, feliz—. ¡Al fin solos, *skater!*

Él estaba demasiado excitado para seguir hablando. La besó en la boca, sin delicadeza, penetrándola con su lengua y mordiéndole el labio inferior antes de apartarse. Deslizándose por su cuerpo como si fuera una rampa, se detuvo en el *half pipe* que formaba el valle entre sus pechos y se balanceó en él, dividiendo su atención entre ambos.

Cuando ella empezó a gemir y a remover las caderas porque le molestaba la escasa tela que se interponía entre los dos, él se la quitó con brusquedad y volvió a tumbarse sobre ella. Aunque no solía perderse ninguna oportunidad de darse un festín con su sexo, esta vez no podía esperar más.

Sujetándole la cara entre ambas manos, la miró fijamente a los ojos y se clavó en ella.

Allegra echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca extasiada.

—¡Qué ardor! Si llego a saber que la música de piano te excitaba tanto, te habría regalado un disco de Jaime Cullum.

Koldo la sujetó por las nalgas y echó las caderas hacia adelante al mismo tiempo para demostrarle que la única melodía que necesitaba eran sus jadeos, y la única percusión, los latidos de su corazón.

Ella siguió su ejemplo. Koldo no tenía estudios, pero le había demostrado una y mil veces que era una de las personas más sabias que conocía.

—La música es de las mejores cosas de la vida —susurró él—, y está al alcance de todo el mundo, pero no necesito música para excitarme. Sólo te necesito a ti. Tú eres todo lo bueno de la vida: la música, la risa, la pasión, eres mi alegría, Allegra.

Ella le acarició la nuca y lo besó antes de replicar:

—Pero yo sola no soy nada. Sin ti, en mi corazón se hace el vacío, y en el vacío no se oye la música. Cuando pensé que te había perdido, me apagué; perdí la música y la pasión. Me convertí en Allegra *ma non troppo*. No me dejes nunca, *skater*.

—Nunca, mi amor.

La pareja se fundió en un beso apasionado que alimentó la hoguera que había

prendido en el vientre de ambos y que despertó a la leona que vivía en Legs.

De un empujón, lo apartó lo suficiente para salir de debajo de su cuerpo. Montó sobre sus caderas y buscó su pene para no pasar separada de él ni un segundo más de lo necesario. Cuando lo notó clavarse en lo más hondo de su vientre, soltó un gruñido triunfal.

Koldo estaba a punto de perder el control. La agarró por las caderas y la abrasó con la mirada, animándola a abandonarse con él.

—Soy tuyo, Legs.

—Soy tuya, Koldo.

Allegra lo montó con decisión, abrazándolo con todo su cuerpo hasta que ambos salieron disparados en un intenso orgasmo. Cuando Legs empezaba a volver a la Tierra, él le mordió un pezón y le retorció el otro con los dedos, intensificando así las contracciones y alargando el placer de ambos.

Con la cara apoyada en su pecho, ella suspiró, disfrutando de la sensación de plenitud.

—Cuando creo que no puedo quererte más, me demuestras que me equivocaba.

Él le acarició el pelo alborotado, apartándoselo de la cara.

—Y pienso seguir demostrándotelo toda la vida.

Allegra lo abrazó con fuerza antes de relajarse. Los párpados le pesaban. Con el viaje y los nervios de la boda, llevaban varias noches durmiendo poco.

Koldo retiró el edredón sobre el que se habían tumbado y la cubrió con él. A su lado, siempre se sentía querida y cuidada.

Los párpados de Allegra volvieron a cerrarse como si pesaran varias toneladas. Koldo la acogió de nuevo entre sus brazos y le dio un beso de buenas noches.

—Descansa mientras puedas, Legs —le susurró—. No sé cuánto tiempo voy a aguantar sin despertarte otra vez para hacerte el amor.

Ella sintió un cosquilleo en el vientre y un agradable calorcillo en el corazón. Había dejado de preocuparse por el tiempo. No sabía dónde pasarían la siguiente noche ni el resto de sus noches. No sabía si la vida les reservaba un futuro contado en años, en meses o en semanas, pero sabía que, cualquiera que fuera el tiempo que la vida les hubiera asignado, lo pasarían juntos. No necesitaba nada más.

—Buenas noches, *skater*.

Agradecimientos

Gracias a Esther Escoriza por creer en la historia de las hermanas León y por hacer que algo tan complicado como es sacar un libro parezca tan fácil.

Gracias a Dona Ter, Bela Bellini y Tiaré Pearl, por sus buenos consejos y por acompañarme en esta aventura.

Gracias a todas las lectoras que os enamorasteis de Koldo en *Quiero una boda a lo Mamma Mia* y que habéis hecho posible que su historia vea la luz.

Y mil gracias a todos los que, al acabar estas páginas, dejéis unas estrellitas o un comentario en alguna plataforma de venta. Con vuestra colaboración, Koldo podrá seguir saltando con su *skate* de e-reader en e-reader. ¡Gracias!

Biografía



Lara Smirnov es una autora empeñada en alegrarles el día a sus lectoras. Le gusta hacerlas viajar por escenarios exóticos, despertarles una sonrisa y provocarles un agradable calorcillo en el corazón o en otras partes del cuerpo. Si lo logra y las lectoras se lo cuentan por las redes sociales, la hacen muy feliz.

Además de *El Golfo de Cádiz* y *la Estrecha de Gibraltar*, ha publicado *Golfeando* en el sello digital Zafiro y *Quiero una boda a lo Mamma Mia*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.facebook.com/LaraSmirnovAutora?fref=ts>

https://twitter.com/lara_smirnov

<https://www.instagram.com/larasmirov/>

Notas

[1] *Wish You Were Here*, Decca Music Group, interpretada por Ed Sheeran. (N. de la e.)

[2] *City of Stars*, Interscope Records, interpretada por Ryan Gosling y Emma Stone. (N. de la e.)

Allegra ma non troppo

Lara Smirnov

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: GaudiLab / Shutterstock

© Fotografía de la autora: Archivo de la autora

© Lara Smirnov, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17354-0

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.

www.victorigual.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NOVELA ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

